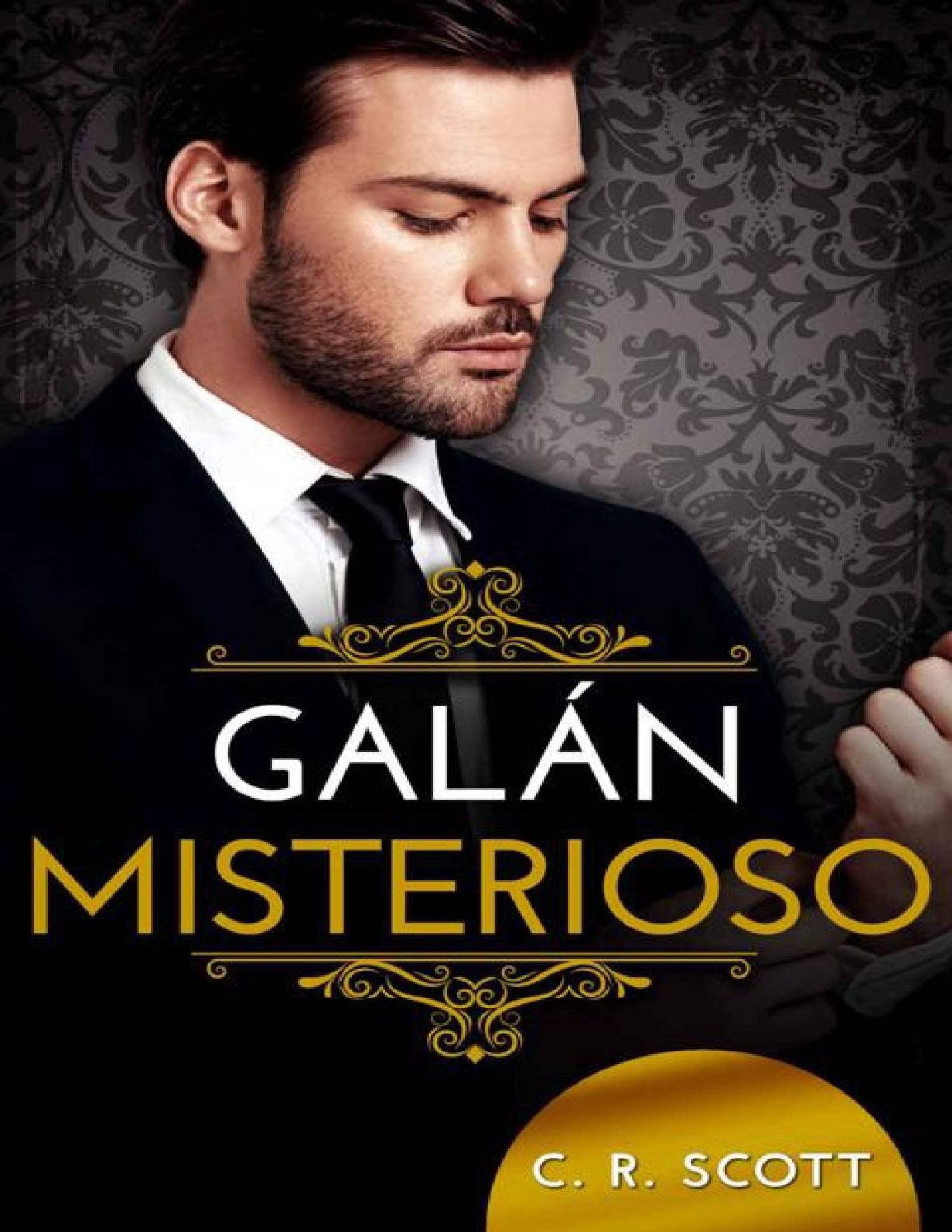




GALÁN
MISTERIOSO

C. R. SCOTT

Galán Misterioso

por C. R. Scott

Capítulo 1

~Samantha

—¿Y? —pregunta Nick, girando lentamente para que pueda mirarlo desde todos los ángulos—. ¿Qué tal me queda? —me guiña un ojo.

—¡Muy gracioso! —sonríe—. En primer lugar, has estado en suficientes eventos como este para saber por ti mismo que un esmoquin a medida te queda genial.

—¿Y segundo? —sonríe frotándose la barbilla.

—En segundo lugar, me llevas contigo, no al revés. Te han invitado a esta gala exclusiva. Yo sólo soy tu acompañante.

Se me acerca con una sonrisa y me hace señas para que me dé la vuelta. Obedezco y dejo que me suba la cremallera de mi brillante vestido de satén azul oscuro.

—La compañera más encantadora que se pueda imaginar —dice en voz baja en mi cuello, seguida de una suave carcajada que consiste en poco más que una audible expulsión de aire.

Me volteo hacia él.

—Justo después de tu amada, por supuesto.

Nick suspira.

—Sí, es una pena que Linda no haya podido venir con nosotros. Pero Los Ángeles no está a la vuelta de la esquina y tiene guardia de urgencia en la clínica veterinaria durante el fin de semana.

Tomo mi bolso de mano y compruebo brevemente si llevo todo lo que podría necesitar. Luego tomo la tarjeta de mi habitación.

—Suerte la mía, porque esta noche vuelvo a sumergirme en el deslumbrante mundo de la alta sociedad.

Salimos juntos de mi habitación de hotel. Nick abre la puerta y es el primero en entrar en el pasillo. Cierro la puerta detrás de mí y se bloquea automáticamente.

—Podrías formar parte de la alta sociedad mucho más a menudo —dice mientras caminamos por el pasillo lujosamente amueblado y nos acercamos al ascensor—. Y también vivir una vida mucho más... digamos relajada.

—Sí, ya lo sé. El equipo que diriges es cada vez más grande, al igual que tu responsabilidad profesional, y ahora ganas lo suficiente como para mantenerme a mí también. Ya lo hemos hablado.

—Samantha, me gustaría poner el mundo a tus pies. —Pulsa el botón—. Si tan sólo me dejaras. Le doy un golpecito cariñoso en la nariz.

—Y sabes que disfruto de mi trabajo en el bufete y quiero seguir mi propio camino. —Entramos en el ascensor—. Para mí es emocionante ir a eventos lujosos como éste de vez en cuando, pero eso es suficiente para mí. Ser completamente mantenida por mi hermano mayor no me atrae.

Vuelve a suspirar, pero al final acepta mi deseo como otras veces en las que me lo ha propuesto... aunque con una protesta mental que puedo ver en sus ojos.

Y eso es lo que me gusta de Nick.

Su cuidado por mí y por nuestros padres.

Que todavía hoy tiene el corazón en su sitio y un alma buena. Aunque el éxito podría haberlo arruinado, como parece ocurrir con algunas otras personas que tienen mucho dinero y gozan de cierta reputación.

—¿No piensa Linda lo mismo? —le pregunto con una sonrisa—. Ella tampoco ha dejado todavía su trabajo de veterinaria. Seguro que de vez en cuando tienes la misma discusión con ella.

Se rasca la nuca.

—Bueno, parece que estoy rodeado de mujeres independientes.

—Y eso te gusta en secreto —me burlo de él.

—Tal vez. —Nick se ríe—. Sí, puede ser.

La limusina negra se detiene justo delante de la alfombra roja.

—Gracias —le dice Nick al conductor, abre la puerta del coche y se baja. Me tiende una mano para ayudarme a salir del coche.

—Gracias —digo mientras acepto su ofrecimiento y dejo que me apoye.

Nick vuelve a cerrar la puerta del coche, se acerca al chófer y le da una propina a través de la ventanilla bajada. Los dos dicen unas palabras sobre cómo el chófer debe estar a la espera para que podamos llamarle en cualquier momento para el viaje de vuelta.

—Hm —digo cuando Nick se vuelve hacia mí—. Esta vez la entrada no está plagada de fotógrafos. Así que lo que dijiste es realmente cierto, esto es puramente una gala de sabiondos.

—Así es, Milady. —Me tiende el brazo para que me una a él y caminamos juntos por la alfombra roja—. *Líderes en Tecnología* es un evento nocturno de lujo para todos los grandes nombres de la industria informática.

—Los grandes de la informática son los héroes del siglo XXI, y tú eres uno de ellos.

—Desde luego, no me considero un héroe —responde—. He acabado en la industria que me ha interesado desde que era joven.

—Y da la casualidad de que hoy en día se puede llegar lejos como informático, incluso teniendo tu propia asistente.

—Claro que no me importa ganar bien —admite—, pero me alegro de que los ingenieros superiores como yo no seamos perseguidos tan insistentemente por los medios como los actores

o los músicos.

Entramos en el *Teatro Orpheum* y seguimos por la alfombra roja.

—Tus actos siempre son noticia. Porque haces del mundo un lugar mejor poco a poco con tus inventos. Piénsalo. Tú y tu equipo están optimizando las impresoras 3D. Eso mejorará la vida de innumerables personas —sonríó—. Y por eso eres definitivamente un héroe para mí, hermano mayor.

Nick se ríe y me abraza mientras caminamos.

—Eres un encanto. Pero trabajas en un bufete de abogados. Aunque, como he dicho, ya no tienes que trabajar. Supongo que eso también te convierte en una heroína.

Le quito importancia.

—Basta ya de estarnos halagando, ¿sí? Mejor brindemos. La champaña es una parte esencial de una recepción de gala, ¿no? Por eso, afortunadamente, es una de las bebidas incluidas en la entrada de esta gala.

—Por fin está aquí otra vez, la *Samantha de la alta sociedad* —dice sonriendo y coge dos copas de champán de la bandeja de al lado, que pasa zumbando junto a nosotros de la mano de un camarero con esmoquin blanco. Nick me da una de las copas y levanta un poco más la otra, brindando—. Por una velada especial entre hermanos.

Con una sonrisa, choco mi vaso contra el suyo.

—Brindo por una noche inolvidable —digo.

Entramos en la sala principal y miro a mi alrededor con asombro.

Decoraciones doradas mires donde mires. Cortinas de terciopelo rojo y grandes cuadros en las paredes. La orquesta toca música clásica europea. Camareros con esmoquin blanco se pasean por todas partes, sirviendo a los invitados exquisitos aperitivos y exquisitas bebidas. Se les reconoce fácilmente entre toda la gente rica con sus finos trajes de noche oscuros. Y, Dios mío, ¿hay una gran fuente de chocolate al fondo? Pero lo más destacado es, sin duda, que el *Teatro Orpheum* se ha transformado por completo. Ya había estado aquí una vez, para una presentación teatral. Para el espectáculo de esta noche, sin embargo, se han retirado los asientos. Un discreto y elegante espectáculo de luces se proyecta en la pared trasera del magnífico escenario.

—Tengo que decirlo, ustedes nerds saben cómo organizar una fiesta.

Nick se ríe en voz baja, casi sensualmente.

—Pero no pensarás que los técnicos podemos hacer algo así, ¿verdad?

¡Vaya, qué telón de fondo!

¿Podría superarse?

La atracción física es importante, porque sin ella no es posible.

- Lector Dominika P.

Capítulo 2

~ *Evan*

—Llego tarde —respondo la llamada.

—Que tengas una buena noche también, Evan. Siempre es refrescante charlar contigo.

Miro por la ventanilla con una sonrisa y dejo vagar mi mirada por el paisaje que pasa a mi lado sin centrarme realmente en nada. ¿Qué sentido tiene? Conozco Los Ángeles de noche como la palma de mi mano.

—Lo siento, Patricia. Ha sido un día muy largo. Por eso llego tarde. ¿Cómo estás?

—¿Qué pasa? —Es su contra pregunta.

Cuando vibra mi celular, lo reviso y leo brevemente una noticia de última hora, luego me dirijo a mi conductor—: Hank, ¿puedes ir por *Sunset Boulevard*, por favor? Se está desatando el infierno en la 101.

—Por supuesto, señor, el navegador por satélite aún no ha actualizado la nueva situación del tráfico, pero acabo de oírlo en la radio.

Le miro a los ojos por el retrovisor y le hago un gesto con la cabeza.

—¿Evan? —Suenan desde mi celular y me lo vuelvo a poner en la oreja.

—No pasa nada, es que tenía algo que hacer en la oficina y no he salido a tiempo.

—Y eso un viernes por la noche. Parece que todo sigue igual contigo.

—¿Qué me da el honor de saber de mi hermana?

—Imagínatelo, papá se comprometió.

—¿Con Georgia?

—¿Con quién más? —responde ella.

—No tengo ni idea. Estoy empezando a perder la secuencia de sus historias de mujeres.

—Como si tuviera más mujeres que tú, Evan.

—Cuando se trata de matrimonio, definitivamente tiene ventaja.

Patricia suspira:

—Sí, por tres cuerpos, se podría decir. Es un romántico empedernido.

—Eso lo hace oficial —digo—. No sólo tienes una madrastra, sino que pronto yo también la tendré.

—E incluso tengo dos madrastras. Pero ¿es mi madre en realidad tu madrastra también, aunque estuvo casada con papá antes que con tu madre?

—Ni idea. —Sólo puedo repetir—. Es demasiado complicado para mí y no me importa de todos modos.

—Lo principal es que papá sea feliz.

No sé cómo responder a eso.

—Seguro que te contará lo del compromiso en persona la semana que viene en la reunión familiar en Hamptons y te pedirá oficialmente que seas su padrino.

Hank gira hacia *Sunset Boulevard*.

—¿Así que pensaste en avisarme, o cómo debo entender tu llamada?

—Por así decirlo.

—Mi respuesta seguirá siendo no.

—Pero... ¡Evan!

—¿Qué quiere oír de mí? —respondo con cierta tensión—. Fui su padrino la última vez. Cuando se comprometió con Sarah.

—Como todos sabemos, esa boda nunca se realizó, así que no cuenta.

—¡Claro que cuenta! No puedo seguir el ritmo como dije.

—Evan... —murmura Patricia.

—Primero se casó con tu madre y la dejó embarazada. Unos años después, repitió el juego con mi madre. Luego se comprometió con Sarah. Y ahora esta Georgia se supone que es la mujer de su vida. ¿Puede tal vez decidirse?

Patricia permanece en silencio.

—Ni siquiera hablo de las aventuras casuales que tuvo entre medias. Pero lo que quiero decir es que un “compromiso para toda la vida” es algo diferente a cambiar de esposa cada pocos años.

—¿Es así? —dice y me irrita lo divertida que suena de repente—. ¿Por eso te molesta tanto? No es sólo papá el romántico aquí, ¡tú también!

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar por la ventanilla. Me doy cuenta de que nos acercamos al *teatro Orpheum*.

—La cuestión es que tengo que distanciarme de un comportamiento tan errático. En cuanto a eso, papá no me deja otra opción.

—Por favor, piénsalo.

—Oye, por mí puede hacer lo que quiera, pero no puedo dejar que esa imagen me salpique.

—¡Evan, por favor!

Respiro hondo.

—Lo pensaré, pero no puedo ni quiero prometerte nada más.

—¡Gracias! Es todo lo que puedo pedir. La esperanza es lo último que muere, y te volveré a llamar el lunes, te guste o no.

Levanto una comisura de los labios.

—Eres demasiado insistente con el tema de papá, lo sabes, ¿verdad?

—Como he dicho, quiero que sea feliz.

—Probablemente lo sea a su manera. Con o sin mi bendición —respondo.

—Pero con la bendición de su único hijo, sería mil veces más bonito.

—Su único hijo hasta ahora. —No puedo contenerme—. Veamos si sigue así.

—Eres imposible, Evan —me reprocha.

—Y, sobre todo, estaré allí. Tengo que dar por terminada la noche, ¿de acuerdo?

—Ah, sí, vas a ir a esa gala, ¿verdad? —pregunta melancólica—. ¿Cuál era?

—*Líderes en tecnología*, no hace falta que lo recuerdes.

—¡Así es, ese evento informático! Los ingenieros estarán allí, pero con esmoquin, ¿no?

—Todos los empresarios de alta tecnología del país, sí. Por eso es importante para mí dar la cara allí. Para hacer o profundizar contactos. *Por ejemplo, me encantaría hablar con Melinda Banks esta noche.*

—Trabajo en redes —comenta con desgana—. Aprendí esta palabra mágica de ti hace muchos años. Y que la mejor forma de establecer contactos sigue siendo en persona y con una copa de champán. Incluso hoy en día... e incluso como persona experta en tecnología.

—Patricia —digo con urgencia.

—¿Sí, Evan?

—Pensaré en lo del padrino, pero definitivamente hoy no.

—¡Ya lo entendí! —afirma ella, sonando un poco ofendida—. Sólo quería charlar un poco con mi hermanastro, ¿es tan malo?

—No, claro que no. Lo que me lleva de nuevo a mi pregunta original: ¿Cómo estás?

—Bien. Lo suficiente para que empiece a pensar en cómo puedo ayudar a papá a ser feliz.

—Me doy cuenta —digo con una leve sonrisa.

—Señor, hemos llegado —dice Hank, y el coche se detiene.

—Ya veo, ¿viene tu amigo de la universidad? —pregunta Patricia retomando el tema del evento.

El escalofrío más frío me golpea.

—¿Qué?

—Bueno, había un tipo con el que estudiaste por aquel entonces. Él también quería especializarse en impresoras 3D. Y la impresión que me causó fue que él también tenía lo que hay que tener para dirigir su propio equipo en una empresa de informática y hacer carrera como tú.

Se me aprieta el estómago.

—Eran inseparables durante mucho tiempo y compartían habitación de estudiantes —continúa desprevenida—, pero no sé si has vuelto a coincidir con él en los últimos años. Por eso me preguntaba si volverías a verlo esta noche.

—Patricia, realmente tengo que...

—¡Nick! Ese era su nombre.

—Sí. Quizá él también esté allí. Ya veremos, pero realmente tengo que colgar ahora, de lo contrario no apareceré en la gala.

—De acuerdo. Entonces, por favor, saluda a Nick de mi parte.

Aprieto los labios con fuerza.

—Diviértete y... ¿Evan?

—Sí...

—Piénsatelo, pero de verdad.

—Nos vemos el lunes.

La atracción física es lo primero que ocurre -o no ocurre- entre dos personas.

- Lector Birte B.

Capítulo 3

~ *Samantha*

—¡No, en absoluto! —dice el caballero, que, por supuesto también lleva un esmoquin negro azabache, agitando un puro—. No puede decirme eso.

—Pero es una realidad —responde Nick—. ¿No lo has visto en las noticias?

El hombre mira a mi hermano con incredulidad y frunce el ceño. Sigue preguntándose si le estamos tomando el pelo.

—Es verdad —coincido con Nick—. La primera vez que se imprimió un trozo de carne fue hace varios meses.

—De acuerdo —dice el hombre, agitando la mano—. Por supuesto que me he enterado. La primera hamburguesa de carne de la impresora 3D, sí, eso sí que fue una sensación. Pero estabas hablando de imprimir una pizza entera. Una pizza comestible. Con todo tipo de ingredientes para el relleno. Y para las masas.

—Será mejor que te prepares, Henry, el desarrollo está avanzando mucho. Algún día llegará —dice Nick.

—Seguro que pronto tendremos las posibilidades técnicas. Pero la pregunta más importante es: ¿queremos eso? ¿La comida de la impresora?

—¿No sería incluso mejor que la comida enlatada? —interroga Nick—. En algún momento, las impresoras 3D serán tan baratas que todos los hogares tendrán una.

—Al menos una, es como la televisión —digo.

Henry Miles, de 43 años, que dirige una exitosa empresa de alta tecnología que no tiene nada que ver con las impresoras, sigue mostrándose escéptico.

—En eso estoy de acuerdo, pero la gente no tendrá una impresora 3D para fabricar comida, sino ropa y otros artículos cotidianos.

—La comida también puede verse como una mercancía —discrepa mi hermano, haciendo girar ligeramente su vaso de whisky—, es decir, siempre que se supone que la comida es funcional.

—¿Te refieres a cuando hay que prepararla rápidamente?

—Así es. Al fin y al cabo, el consumidor promedio no puede ir todos los días a un restaurante y dedicarle dos horas. Y menos durante el día, cuando están en el trabajo o tienen que hacer las tareas domésticas.

Henry entrecierra los ojos y asiente con un gesto de aprecio apenas perceptible.

—Eres un pensador práctico, Nick, lo reconozco.

Mi hermano se ríe.

—Gracias, lo tomaré como un cumplido de un hombre de negocios. —Luego vuelve a ponerse

más serio—. Entiendo tu objeción, Henry. Comer debe ser divertido y agradable. Lo ideal sería tomarse su tiempo, sentarse en buena compañía y quizá incluso disfrutar preparándolo uno mismo, pero eso no siempre es posible. Y precisamente para este reto cotidiano, una comida impresa puede ser la solución. Para las masas, eso es.

—Pero entonces el desarrollo tiene que acelerar, porque he oído que la carne impresa hasta ahora no sabe demasiado bien.

—No es algo que pueda hacerse realidad de la noche a la mañana —admite Nick—. Al fin y al cabo, estamos hablando de una dimensión completamente nueva del suministro de alimentos a la población mundial. El primer paso fue reproducir la consistencia y el aspecto.

—Ese es el requisito previo básico para que la gente acepte esta innovación en primer lugar —coincide Henry.

—Así es. Y lo hemos conseguido. Ahora se trata del segundo paso: el sabor.

—Cada cosa a su tiempo. Estoy muy familiarizado con este fenómeno.

—Y no hay que olvidar las posibilidades adicionales que esto abre —continúa Nick, mientras otros curiosos invitados vestidos con finos trajes de noche se reúnen a nuestro alrededor y lo escuchan—. Un plato de la impresora se puede personalizar, a diferencia de los platos precocinados de lata.

—¿Por ejemplo? —pregunta una mujer mayor con el pelo rubio recogido y pendientes de brillantes casi más grandes que sus orejas.

—Si alguien tiene una alergia —dice mi hermano—. Entonces se pueden sustituir ingredientes individuales de un plato por otros. Simplemente con un clic.

El grupo murmura con interés.

—Y puedes añadir vitaminas extra —recuerdo—. Esto da un nuevo sentido incluso a los ingredientes menos saludables sin que la gente tenga que cambiar sus hábitos alimentarios, algo difícil de todos modos.

—Sería una auténtica bendición para el sistema sanitario —reflexiona la mujer.

Su compañera asiente y dice—: Y por todos los animales que ya no necesitan ser sacrificados.

—Exactamente, los productos animales pueden cultivarse en el laboratorio y luego ensamblarse en la impresora 3D con una consistencia específica deseada —responde Nick.

—¿Así que pronto sólo nos servirán comida impresa? —pregunta el hombre mayor—. Lo dudo mucho. Mirando por aquí, tengo que decir que no necesariamente se come sano en una gala como ésta. Usted también acaba de disfrutar de las gambas, Sr. Robertson, ¡lo he visto con mis propios ojos! —Se ríe.

—Que quieras llevar una dieta más respetuosa con los animales es cosa tuya, por supuesto —responde mi hermano con calma—. Las innovaciones técnicas sólo crean mejores o más oportunidades para hacerlo.

—Y hay que tener en stock los ingredientes sintéticos y suplementos adecuados —señala Henry—. Como una especie de recambio de cartuchos de tinta para la impresora.

—Eso es cierto, probablemente no deberías usar la misma impresora para imprimir tus platos que la que usas para hacer tus herramientas para el garaje —dice Nick.

—Yo digo que la tendencia hacia las segundas impresoras 3D está aquí para quedarse —interrumpo con una sonrisa.

Henry levanta más alto su copa de vino tinto.

—Así que si de repente te encuentras sosteniendo un martillo que sabe a mozzarella, sabrás que tienes algo mezclado.

Todos se ríen.

Miro a mi hermano mayor y siento orgullo hacia él. Esta conversación también me demuestra lo importante que es su trabajo para la salud futura de innumerables personas.

El grupo se dispersa. Henry, la mujer mayor de los grandes pendientes y su acompañante avanzan por el magnífico vestíbulo del teatro y entablan conversaciones triviales con otros invitados sobre innovaciones técnicas.

Los miro por un momento antes de sentir la mirada de Nick sobre mí. Su mirada y su amplia sonrisa. Así que me volteo hacia él y sonrío.

—¿Qué pasa?

—Tomó nota mental de las vitaminas que podrían añadirse.

—¡Por supuesto! —Un camarero pasa junto a nosotros y cambio mi copa de champán vacía por una nueva de la bandeja—. Siempre te escucho.

Intercambiamos cálidas miradas.

—Y... ¿te diviertes?

—¿Estás bromeando? —Hago un gesto con la cabeza en cierta dirección—. Valió la pena volar a Los Ángeles sólo por la fuente de chocolate gigante.

Se ríe.

—Pero no podría vivir aquí. Hoy me he vuelto a dar cuenta al llegar.

—¿Hace demasiado calor para ti en la costa oeste?

—Quizá eso también. —Me encojo de hombros—. No sé. La mentalidad es diferente en Nueva York. Menos... superficial, ¿quizás?

—Pero no hay que olvidar dónde estamos —dice—. Aunque los... ¿qué has dicho? sabiondos estén aquí... una gala sigue siendo una gala. Aquí no encontrarás conversaciones realmente profundas.

—Está bien y es el cambio adecuado para el fin de semana. Como he dicho, es sólo mi intuición. En general, en lo que respecta a Los Ángeles. Estoy completamente enamorada de Nueva York y no quiero vivir en ningún otro sitio.

Nick pasea su mirada por la habitación.

—Hay que reconocer que todos esos fanfarrones que sacan músculo en la playa tampoco son para mí.

Le pongo la mano en el hombro y le sonrío.

—Bien, entonces espero que te quedes en Nueva York mucho tiempo en vez de que te cace una empresa de Silicon Valley.

Baja la cabeza y se ríe, pero esta vez con moderación.

—Al parecer fue una suerte que el trabajo en Silicon Valley no funcionara entonces.

—Claro que sí —respondo con tanta fuerza que no tiene más remedio que volver a mirarme—. Es culpa suya que no te quisieran entonces. Seguro que ahora se arrepienten por eso. Pero me alegro. Significa que podemos seguir viéndonos regularmente.

—Además, probablemente nunca habría conocido a Linda de otro modo —añade con voz suave, una sonrisa soñadora curvando sus labios.

Cuando lo oigo decir eso, sólo puedo asentir y sonreírle.

Nick inspira y está a punto de decirme algo cuando una mujer de mediana edad con un reluciente vestido de noche gris se une a nosotros.

—Sr. Robertson —saluda a mi hermano y le estrecha la mano.

Sus ojos se abren de par en par.

—Oh, Sra. Banks. Mucho gusto. Me alegro de verla aquí.

—Nunca pierdo una oportunidad como ésta. En mi opinión, debería haber una gala como está mucho más a menudo.

—Amén a eso. —Me señala—. ¿Puedo presentarte? Mi hermana, Samantha Robertson. —Luego se voltea hacia mí—. Sam, ella es Melinda Banks, una renombrada inversionista de la industria.

—Encantada de conocerle —le digo y le doy la mano.

—Lo mismo digo, Sra. Robertson. —Su mirada rebota entre nosotros varias veces—. Sí, no se puede perder el parecido. Los mismos ojos verdes y redondos. Al menos, si sabes y prestas atención. Suele pasar con los hermanos. —Sus ojos permanecen fijos en mí—. ¿También trabajas en ingeniería?

Sacudo la cabeza.

—No, soy pasante en un bufete de abogados.

—Bien. ¿También en Nueva York?

—Sí, ¿por qué? ¿es de allí también?

—No, soy de Los Ángeles, así que me alegro de poder hablar por fin con tu hermano en persona otra vez. —Su mirada se ha posado de nuevo en él—. Sr. Robertson, ¿tiene un minuto para mí en privado? —Luego me mira de nuevo—. Siempre que pueda llevarme a su hermano para una

charla confidencial.

—Por supuesto —le digo.

—Excelente, Sr. Robertson, le espero en el vestíbulo. Hay un socio mío fuera que me gustaría presentarle. Tiene algunas preguntas para usted, si no le importa.

—Enseguida voy, Sra. Banks.

Se da la vuelta y se marcha.

Nick espera un momento hasta que ella está más lejos. Luego se inclina hacia mí.

—Esa es Melinda Banks —me dice en voz baja al oído—. *La Melinda Banks*. Tiene un capital increíble y podría hacer posible la producción de nuestra nueva generación de impresoras 3D.

—¿Podría? —pregunto, mirándole.

—El acuerdo está como firmado —me dice y sigue observándola—. Solo queda solicitar la patente la semana que viene y que las autoridades lo aprueben todo.

—Ah, sí —murmuro—. La patente de tu nueva tecnología para que las impresoras sean mucho más eficientes.

—Y más barato de producir al mismo tiempo, es cierto. Llevo mucho tiempo trabajando en esto, incluso durante mis estudios. Y ahora por fin estamos a punto de pasar a la producción con este invento.

—Entonces definitivamente deberías tener una charla con ella si te pregunta sobre eso. Aparte de que probablemente te divertirás mucho hablando con ella de todas esas cosas.

Nick me mira de nuevo.

—¿De verdad puedo dejarte sola un momento?

—Eh... —Levanto una comisura de los labios—. Ya me conoces. Estaré bien y me divertiré. ¿O aún no he mencionado la fuente de chocolate?

Se ríe a carcajadas.

—Pero deja un poco para los demás y no te derrames encima.

Suspirando, sacudo la cabeza.

—De alguna manera siempre seré la hermana pequeña para ti, ¿no?

—Por supuesto. —Me pone la mano en la nuca y me da un beso en la frente—. Hasta luego entonces.

—Sí, hasta luego. —Me despido de él con una cálida sonrisa.

Nick empieza a moverse, pero luego se detiene y me mira de nuevo.

—Estás adorable con ese vestido, ¿te lo he dicho ya?

—Estaré bien —afirmo divertida y le hago un gesto para que se vaya—. ¡Vete ya! No se hace esperar a una dama. Y menos cuando le has solicitado una inversión tan grande.

—Te escribiré cuando termine.

Como despedida final, me señalo a mí misma y luego a la fuente de chocolate.

Nick me suelta otra carcajada y se va.

—¡Oh, ahí está, Sra. Robertson! —Una voz que he oído antes llama mi atención. Henry, el hombre de negocios de antes, se acerca a mí. Es curioso que también se dirija a mí por mi apellido, aunque insiste en que siempre le llame por su nombre—. ¿Dónde está su hermano?

Tomo aire para responder.

—Oh, no importa. —Se me adelanta—. Sabe, todavía hay un puesto libre en la mesa de juego de la habitación de al lado. ¿Qué le parece, le gustaría?

Lo pienso un momento, porque de hecho tuve una cita con la fuente de chocolate más grande que he visto nunca, en la que te sirve un camarero.

—¿Cuál es exactamente el juego? —*Mi cara de póquer no es la mejor.*

—Blackjack.

—Hm...

—Ya sabe, el juego en el que se supone que tienes que superar la puja de la banca con tus cartas, pero no superar los veintiún puntos.

Bueno, mis habilidades en teoría de la probabilidad también son limitadas, pero...

—¿Sabe qué, Henry? Si me lo pide tan amablemente, no puedo negarme. —Le ofrezco que me acompañe y caminamos codo con codo hasta la habitación contigua.

Inmediatamente acepta la oferta y se pone en marcha, riendo.

—Ojalá mi mujer fuera tan fácil de atender cuando le pido algo amablemente.

—¿Qué le pidió la última vez?

—Poder comprar una cadena hotelera.

—¿Y a su mujer no le gustó?

—Pero sólo era una cadena muy pequeña.

—¡Indignante!

Los dos nos reímos.

La atracción física es la base de todo lo demás.

- Lector Ramona E.

Capítulo 4

~ *Evan*

Mi primera copa de la noche debería ser un whisky con hielo. No es que necesite desesperadamente algo fuerte, pero me pueden perseguir con champán y vino; y el agua me parece sencillamente aburrida en un evento como éste. También me abstuve de parar a uno de los camareros que se apresuraban a pasar y preguntarle si podía traerme el whisky. Si quieres una gota especialmente exquisita, acércate tú mismo al camarero del catering, intercambia unas palabras con él y dale una propina adecuada. A mí siempre me ha salido bien y además es divertido.

—Aquí tiene, señor —dice el camarero, colocando el vaso de whisky escocés frente a mí en el mostrador de nogal, improvisado, pero de gran calidad—. Si quiere un buen whisky escocés, pruebe éste: la edición *Vintage* de *Excalibur*.

—*Excalibur*, una buena marca de Glasgow. No he oído hablar de la edición *Vintage*, al menos no lo recuerdo.

—Esta edición ha madurado durante más de cuarenta y cinco años y, por tanto, tiene su precio. Tomo el vaso en la mano, lo agito un poco y miro el líquido.

—Hmm, un color bastante neutro.

—Sí, exactamente medio campo, diría yo. Ni muy oscuro, ni muy claro.

—Tú eres el experto —digo con una sonrisa—. Pero yo pedí con hielo.

Menea la cabeza.

—Pruébelo sin.

—Sé que los gustos difieren en este sentido, pero esa es exactamente la cuestión: yo prefiero beber whisky con hielo.

—Opino lo mismo, señor, pero debería hacer una excepción con esta edición.

—¿Sí? —Me acerco el vaso a la nariz y huelo el whisky—. ¿Huelo a mango?

—Y otras frutas, exactamente. Este whisky tiene un sabor tropical.

Sigo levantando el vaso como si brindara por él, luego doy el primer sorbo y dejo que se derrita en mi lengua.

—Nuez en el final.

El camarero sonrío satisfecho.

—¡Eso es!

Levanto de nuevo la copa para agradecerle su elección. Pero, por supuesto, rebusco en mi cartera para pagar la bebida y añadir la propina habitual.

—Eso es.

El camarero toma el dinero.

—Muchas gracias, señor.

—Sr. Dumont. —Suenan una voz masculina detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo una cara familiar.

—Sr. Hayes, buenas noches. —Cojo el vaso con la otra mano y saludo al empresario de 55 años con un firme apretón de manos.

—Qué bueno verte aquí. No sabía si estabas en la ciudad.

—Por supuesto, no voy a perderme a los *Líderes en Tecnología*.

—Especialmente ahora que tú mismo eres un *líder*. —Sus ojos se entrecierran—. Felicidades por tu ascenso a director general. Como puedes ver, estoy bien informado. —Guiña un ojo.

—Gracias, pero no sé si ascenso es el término adecuado. Al fin y al cabo, yo mismo fundé la empresa que ahora dirijo.

—Razón de más para felicitarte, porque es un paso valiente, señor Dumont. Yo también empecé así, como usted sabrá. Y no me hizo ningún daño. —Se ríe rotunda y cómodamente.

También tengo que sonreír.

—No, desde luego que no, Sr. Hayes. —*Después de todo, como propietario de una empresa de telecomunicaciones, ahora puede llamarse multimillonario.*

—Y para una empresa de este tamaño, se necesitan inversores a los que hay que convencer —prosigue—. En este sentido, creo que el término “*ascenso*” es totalmente apropiado.

Asiento agradecido y sonrío.

—Estoy seguro de que llegarás lejos. Incluso más lejos que antes. Con tu empresa de informática para impresoras 3D.

—Cuando un hombre de negocios de éxito como usted dice eso, me alegra tomarlo como un buen augurio. Sólo por eso merecía la pena que viniera.

Se ríe de nuevo y aparta la mano bruscamente.

—Dime, ¿has visto a Melinda Banks esta noche? —Tomo el siguiente sorbo de whisky.

—¿Sra. Banks? ¡Veo que sigue en modo trabajo, Sr. Dumont! ¿Lo ve? Así es como sé que va a dar en el clavo con su negocio. Bueno, ya he visto a la Sra. Banks hoy, pero eso fue hace media hora. —Mira alrededor de la habitación.

Mierda... No es que se haya ido otra vez, eso sería una pena. No tengo una petición específica para ella, pero Melinda Banks es un inversor tan influyente en la industria que realmente quiero recordarle de nuevo cuando tengo la oportunidad.

—¿Dónde puede estar? —murmura el Sr. Hayes.

También dejo que mi mirada se pierda entre la multitud. Me molesta no haberla visto todavía. Pero secretamente, también estoy buscando a otra persona. Una persona a la que mi hermanastra Patricia me acababa de recordar en nuestra llamada telefónica.

Nick Robertson.

Por supuesto, sería cualquier cosa menos una locura si él también estuviera aquí. Aun así, espero sinceramente que esté demasiado ocupado en la costa este para haber venido. Tampoco necesito que nuestros caminos se crucen esta noche. Eso no nos haría ningún bien a ninguno de los dos. Me alivia no haberlo visto en ningún sitio todavía tampoco.

—Quizá esté en la habitación de al lado. —El Sr. Hayes vuelve a llamar mi atención—. Puede ponerse interesante en las mesas de juego a estas horas.

—Posiblemente, ¿me disculpas?

—Pero sólo si vuelve a verme más tarde. Soy un hombre curioso y me gustaría saber más sobre qué más tiene planeado para su empresa.

—Con mucho gusto. Iré a verte.

Satisfecho, asiente y se da la vuelta.

Yo, en cambio, vacío mi vaso y lo dejo sobre la encimera.

—¿Qué quiere? —pregunta el camarero.

—Tenías razón. Otra vez sin hielo, pero esta vez con un chorrito de agua, por favor.

—Una excelente elección, señor.

Equipado con una nueva bebida, que he vuelto a pagar, paseo por el vestíbulo. Cada vez que mi mirada se cruza con la de alguien conocido, le dirijo un saludo con la cabeza o incluso entablo una breve conversación. Sin embargo, tengo cuidado de no perderme en demasiadas charlas, porque al fin y al cabo tengo un objetivo, y no soy conocido por perder de vista mis metas. Entre medias, hago que un camarero me traiga un whisky normal y corriente. Al cabo de unos veinte minutos, llego a la sala contigua, donde no suena música clásica, sino el ruido de fondo de las mesas de juego.

Me detengo y busco a una persona muy concreta. La mujer de mis deseos... por el momento. Después de que el Sr. Hayes afirme haberla visto en la gala hace una hora, espero divisarla en algún lugar por aquí.

Pero de momento no parece que tenga suerte. Por más que mi mirada recorre atentamente la habitación, no veo a Melinda Banks por ninguna parte.

Sin pronunciar palabra, atravieso el vestíbulo y paso por delante de las primeras mesas, donde el *blackjack* es el juego favorito. Es interesante todo lo que ocurre aquí. Todo lo que el banco recaude hoy se donará a una buena causa. Pero está claro que los invitados que se han reunido aquí están interesados sobre todo en el juego. Los ojos chispeantes siguen los movimientos de las manos del crupier, la adrenalina recorre sus cuerpos, todo es cuestión de emoción, de riesgo, de apostar. El trasfondo benéfico es más bien un extra, incluso puede que a algunos les resulte completamente indiferente.

Me acerco a una de las mesas y observo el ajetreo.

—Señoras y señores —dice el vendedor—. Subimos la puja mínima otros cien dólares. La puja máxima se mantiene en cinco mil. Sus apuestas, por favor. —Me mira—. ¿Quiere entrar, señor? Ahora sería un buen momento. Para facilitar las cosas, jugaremos con una proporción de pago constante de uno a uno.

—No, gracias. —En vez de eso, le doy otro sorbo al whisky.

El crupier asiente en señal de confirmación.

—Sus apuestas —pregunta a los jugadores participantes.

No colocan fichas, sino que colocan su dinero directamente en el centro de la mesa para pasar a la siguiente ronda.

—Deberías pensártelo dos veces antes de participar —me dice una señora mayor con unos pendientes enormes—. El banco ha ganado todas las últimas rondas.

—¡Exacto! —dice el hombre de la misma edad que está a su lado, que podría ser su compañero—. Ahora debe ser el momento de que uno de nosotros recoja las ganancias.

Por desgracia, el cálculo de probabilidades no funciona así, pienso, pero me lo guardo para mí.

—Entonces me contendré aún más, porque no quiero privarla de su beneficio—respondo en cambio con una sonrisa cortés.

La señora se ríe.

—Muy amable de su parte. Pues tenga cuidado.

Comienza la ronda. El crupier reparte dos cartas a cada jugador y las pone boca arriba. A continuación, saca una carta para sí mismo y también la pone a la vista de todos. Ahora los jugadores deciden lo que quieren hacer: que su plan se acerque más a 21 puntos que la banca sin pasarse de la raya y conseguir más puntos sin querer.

—Golpea —dicen la reina y la mayoría de los demás jugadores, ya que aún están algo lejos de los 21 puntos y les gustaría que les repartieran otra carta. Sólo un jugador dice "Plantarse" directamente y no quiere arriesgarse a comprar de más con otra carta.

El crupier reparte más cartas, de nuevo para él.

El acompañante de la anciana recibe dos veces la misma carta y la divide diciendo "Dividir". Ahora tiene dos montones y, por tanto, el doble de suerte para ganar. Esto hace que él y la señora se pongan especialmente eufóricos, mientras que el crupier permanece tranquilo.

La ronda sigue su curso. Uno a uno, los participantes llegan a la conclusión de que prefieren no añadir otra carta. Por último, el crupier también muestra su mano final y una vez más gana a todos los jugadores con un aterrizaje de precisión.

—¡Qué tontería! —exclama la señora.

—Es una pena —digo—. Tengo los dedos cruzados por usted.

—Entonces me pregunto si me traes suerte o mala suerte.

Me río con cautela.

—Es una buena pregunta.

—Vamos a llegar al fondo de esto, ¿qué te parece? —ofrece, cogiendo el siguiente fajo de billetes de su bolso de lentejuelas.

Lo ignoro.

—En otra ocasión, tengo que irme. Buena suerte. —Aprieto con fuerza el vaso de whisky y sigo mi camino.

—Lástima —murmura la señora después de mí.

Y aún puedo oír al crupier diciendo—: Sus apuestas, por favor.

Vuelvo a pasear por el vestíbulo buscando a Melinda Banks. Entre medias, vacío mi vaso y se lo doy a una camarera sin pedir nada nuevo. Busco a la señora Banks entre la multitud, pero por desgracia sigo sin divisarla. Tal vez se haya marchado de nuevo. Pero no creo que lo haya hecho. ¿Dónde más podrías hacer varios contactos a la vez que aquí? No, debo mantener los ojos abiertos para encontrarla. Este pensamiento sigue rondando por mi cabeza cuando ocurre algo para lo que ni los ojos más vigilantes podrían haberme preparado. Acabo de pasar por delante de una mesa de juego cuando alguien que había estado de pie junto a la mesa se gira bruscamente en mi dirección y choca conmigo.

La atracción física te tienta a hacer cosas imprudentes.

- Lector Jana P.

Capítulo 5

~ *Evan*

—¡Oh! —jadea sorprendida la persona al toparse conmigo.

De repente, una belleza desconocida está frente a mí, tan cerca que su perfume floral me llena la nariz, aunque probablemente sólo lo haya rociado discretamente sobre su escote.

—Lo siento, yo... —dice, pero luego se sienta y baja la cabeza irritada.

Sólo entonces me doy cuenta de que mis manos han cobrado vida propia y se posan sobre sus hombros como si la abrazara con fuerza... como si quisiera estrecharla entre mis brazos y tenerla cerca de mí cada segundo. Aunque estoy más que sorprendido de mi propio comportamiento instintivo, aún no puedo separarme de ella y dejar de mirar esos brillantes ojos verdes.

—¿Estás bien? —le pregunto. Después de todo, ella debe haber sentido el impacto más que yo.

—Sí, no ha pasado nada —responde, apartándose de la cara un mechón de pelo castaño que se le había soltado al chocar—. Pero me sentiría aún mejor si me soltaras.

—Disculpa. —Levanto las manos demostrativamente después de quitárselas finalmente de los hombros—. Pero entonces tal vez la próxima vez deberías tener más cuidado antes de irte.

Sus ojos se entrecierran ligeramente.

—Puede que sea cierto y te pido disculpas por eso, pero eso no te da derecho a tocarme.

—Eso también fue un descuido, pero deberías darte cuenta.

Con la misma brusquedad con la que comenzamos nuestro intercambio de palabras, ahora hay un silencio entre nosotros que inmediatamente me hace sentir incómodo. Seguimos frente a frente e intercambiando miradas. Ni siquiera entiendo muy bien qué está pasando. Así que hemos chocado, literalmente. Eso pasa, sobre todo en una multitud como ésta en un espacio reducido. Pero ¿por qué no nos hemos seguido cada uno por nuestro lado? Nos hemos disculpado tres veces. Y, sin embargo, la proximidad de esta extraña mujer me excita; parece que he provocado algo muy parecido en ella. No me parece que se sienta cómoda tan cerca de mí. Bueno, en realidad el sentimiento es mutuo. Lo que hace aún más estúpido que siga allí inmóvil y sin decir nada más.

—Como dije —dice finalmente y es la primera en volver a hablar—. Siento el percance.

Esa sería la *disculpa número cuatro*. Ninguno de los dos está realmente molesto, diría yo.

—No pasa nada.

Asiente con la cabeza y aprieta un poco sus sensuales labios. Inmediatamente lo interpreto como un gesto de despedida, sólo para que al momento siguiente pase a mi lado y me deje allí de pie. Pero antes de que eso ocurra, el caballero que estaba junto a ella en la mesa se vuelve hacia nosotros.

—¿Qué está pasando aquí? Sra. Robertson, dijo que quería una nueva bebida... ¡Oh, Sr. Dumont!

También lo reconozco en ese momento.

—Henry, viejo amigo.

Nos damos la mano con una sonrisa.

—¡Por fin estás aquí! Pensé que no nos harías el honor esta noche.

—¿Cómo iba a perderme la diversión de verte jugar al blackjack, Henry?

Se ríe tímidamente.

—Sra. Robertson, no necesito presentarle al Sr. Dumont, parece que ya se conocen.

Automáticamente volvemos a mirarnos.

Robertson. De todos los nombres, preferiría no oír ese esta noche. Pero si esta belleza es la única Robertson con la que tengo que tratar en la gala, no me voy a quejar. Por supuesto, sería estúpido que la llamaran así porque es la mujer de Nick. Como ya no tenemos absolutamente ningún contacto, no me habría dado cuenta si se hubiera casado y definitivamente no me invitaría a su boda. Y no veo un anillo en su dedo. Así que, independientemente de si Nick está casado o no, esta hermosa mujer que está frente a mí en este momento no es su pareja. No, aparentemente no tengo motivos para quejarme.

—Podría decirse —digo mientras estos pensamientos pasan por mi cabeza.

—*Conocernos* sería sin duda una exageración —admite.

—¿En serio? —pregunta Henry—. Pero sus caminos podrían haberse cruzado mucho antes, concretamente a través de... —Hace una pausa y luego lo deja—. ¡Pero basta de negocios! No estoy aquí por eso.

¿Qué iba a decir?

—Sr. Dumont —continúa—. ¿Nos acompañará a la mesa?

Levanto las cejas.

—Bueno...

—Si me disculpan —dice la Sra. Robertson y finalmente quiere seguir adelante.

Disculpa número cinco, pienso para mis adentros.

Entonces veo que se nos acerca un camarero con una bandeja.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunto a la Sra. Robertson.

—¿Perdón?

—Querías otra copa, ¿no? —Señalo al camarero que se acerca.

—Oh, sí, hm... sólo champán, por favor.

El camarero está más cerca de mí, así que lo intercepto y tomo una copa de champán de su bandeja. Sin palabras, se la tiendo.

—Gracias —dice y acepta el vaso.

Asiento con la cabeza, sin apenas darme cuenta.

—¿Entonces, Sr. Dumont? —Henry Miles, el conocido empresario, retoma su oferta para que me una al juego—. ¿Quiere verme en acción o no?

Inmediatamente, vuelve a mí el impulso de declinar agradecido. Después de todo, no quiero perderme a Melinda Banks si vuelve a aparecer.

—Para ser sincera, me gustaría no participar, Henry —declina la Sra. Robertson.

—¡En absoluto, querida!

—Me duele la cabeza por las matemáticas a estas horas... —Me mira—. Y no es por el champán, te lo aseguro.

Me hace sonreír con su dulce manera de asegurármelo.

—Perdonen —dice el crupier de la mesa—, pero ¿quién de ustedes pasa a la siguiente ronda?

—¡Yo, por supuesto! —dice Henry con decisión.

—Muy bien, señor, pero necesitamos al menos un participante más, no hay suficientes jugadores en la mesa en este momento.

—¿Qué? —dice Henry asombrado.

—Pero también podemos esperar —sugiere el crupier.

—¡Ni hablar! —Henry nos mira a la Sra. Robertson y a mí—. No me van a dejar colgado ahora, ¿verdad?

Ella y yo volvemos a intercambiar miradas. Y cuando por fin mueve la cabeza con impotencia, me tiene a mí.

—De acuerdo —me oigo decir y me acerco a la mesa de juego. Me llevo la mano derecha al bolsillo del pantalón y saco la cartera para poner sobre la mesa doscientos dólares, la puja mínima del momento—. Me apunto.

—¡Maravilloso! —Henry aplaude.

La Sra. Robertson esboza una sonrisa de satisfacción; a más tardar en ese segundo me doy cuenta de que me habría dejado vencer sólo por esa sonrisa, por la razón que fuera.

—¿Sus apuestas? —pregunta el crupier a los demás participantes, que están absortos en una conversación porque han tenido que esperarnos—. Vamos a ello, damas y caballeros.

Henry es también uno de los que ahora se plantean cuánto dinero quieren apostar. Así que me dirijo a la Sra. Robertson.

—¿Usó la probabilidad en sus rondas?

Su dulce sonrisa me electriza literalmente.

—Lo intenté y fracasé miserablemente.

—¿Cuánto dinero dejaste en el banco?

La indignación brilla en sus ojos verdes.

—Una pregunta bastante indiscreta, ¿no crees?

No es la pregunta más indiscreta que se me ocurriría en este momento, tengo otra que me ronda por la cabeza. Mejor me guardo este pensamiento para mí.

También me abstengo de ceder al impulso que desde hace tiempo ha surgido en mí de dejar que mi mirada se pasee demasiado llamativamente por los contornos de su vestido azul oscuro y brillante.

—Disculpa —sale de mi boca en su lugar. *Disculpa número seis*, más aún no he terminado—, pero no sería un secreto. Todos en esta sala podrían teóricamente haber contado cuánto dinero estás usando.

—¿Todos? —Levanta una comisura de los labios—. Dudo mucho que ese... —Señala a un anciano en la esquina más alejada—. Podría haberlo hecho.

Lo entiendo, pequeña. Eres cualquier cosa menos indiscreta. Esa es otra razón por la que te irá tan bien en un evento como este sin escolta.

—No a distancia, por supuesto. Por eso quería decir teóricamente —digo.

—¿Qué me importa lo que sea teóricamente posible?

¡Dios, me pone de los nervios! Sea esa su intención o no.

—Sabes exactamente a dónde quería llegar —respondo.

—Ejem... —interviene dubitativo el crupier—. Señor...

—Dios mío, he perdido cuatrocientos dólares —dice la Sra. Robertson.

El doble de la oferta mínima, por lo que veo.

—Señor... —repite el crupier.

La miro un momento y trato de interpretar si esto es mucho para ella o no.

¿Acaso eres la compañera de alguien, pequeña? Y si es así, ¿dónde está ahora el afortunado?

—Da igual —continúa ella—. Es por una buena causa.

Asiento con la cabeza.

—Así es.

—¡Señor!

Como esta vez el crupier me habla tan alto, desgraciadamente no tengo más remedio que volverme hacia él.

—Su turno.

El hecho de que no me diera cuenta probablemente esté escrito en mi cara.

—Los demás están esperando —añade el crupier.

—Pues yo me divierto —oigo decir a Henry, seguido de una carcajada.

Me doy cuenta de que alterna la mirada entre la Sra. Robertson y yo. Al parecer, le hace más que gracia cómo me comporto por culpa de ella.

Y de alguna manera tengo que bajar la cabeza y sonreír.

Luego me recompongo y vuelvo la vista a la mesa y a mis dos primeras cartas, que hace tiempo

que están allí: un tres y un siete. Diez puntos, un buen comienzo. Luego miro las demás cartas para comprobar cuáles ya han sido repartidas y, por tanto, no se pueden volver a repartir.

—*Hit* —le pido al croupier que me reparta otra carta.

Él sigue las instrucciones y yo obtengo una reina. Eso hace... *maldita sea, no la mires, memoriza las cartas, idiota...* veinte puntos.

Comienza la siguiente ronda. Uno tras otro, todos anuncian su próxima jugada y dan así instrucciones a la banca. Henry también se decide por una tercera carta y alcanza así también los veinte puntos. Sin embargo, la banca también tiene ya veinte puntos y ganaría en caso de empate: la tensión aumenta.

Vuelve a ser mi turno, así que examino detenidamente las cartas expuestas. Utilizando el conocido sistema alto-bajo, las clasifico mentalmente en tres grupos. Luego, con un gesto de la mano, indico que quiero otra carta.

—*Hit* —confirma el crupier y me da la siguiente carta.

Aparece un as en la mesa.

Vaya, vaya.

—¡Eso es! —exclama Henry.

—Pero ¿sabes lo que dicen de la gente que tiene suerte a la primera? —comentó otro de los participantes.

Por supuesto, *mala suerte en el amor*.

El crupier se ríe.

—Señor, ¿supongo que no necesito preguntarle si quiere que el as se cuente como un punto o como once puntos?

Sí, claro. En realidad, es una pregunta superflua. Si cuento el as como *un* punto, obtengo exactamente 21 puntos y muy probablemente habré ganado la ronda. Con once puntos adicionales, en cambio, me habría pasado. En ese caso, habría perdido mis doscientos dólares y no tendría ninguna posibilidad de ganar otros doscientos dólares de la banca.

—No lo sé —respondo de todos modos y miro a la Sra. Robertson—. ¿Qué le parece?

La atracción física estimula la imaginación.

- Lector Tanja W.

Capítulo 6

~ *Evan*

Al parecer, no estaba preparada para esto.

—¿Has olvidado que ya no quiero seguirte el juego?

—No tienes que hacer cuentas —añado—, sólo tienes que decidir si debo ganar o no.

—¿Quieres que lo decida yo?

Sí, lo digo con los ojos.

—Hm —sale de su boca sensualmente, luego mira las cartas y bebe un sorbo de su espumoso champán. Luego recoge mis palabras—. No sé... —Me arranca otra sonrisa—. Quiero decir... ¿qué acabo de decir?

La veo a ella, sólo a ella mientras repito lo que dijo hace unos minutos.

—Todo lo que recibe el banco es por una buena causa.

—Exactamente.

Así que hay huéspedes a los que sí les interesa este trasfondo. Alguien que es más que un simple buscador de emociones.

—Ahí tienes la respuesta —digo y me vuelvo hacia el crupier.

Caras atónitas me miran.

—¿Está seguro, señor?

—Ya lo has oído.

—Muy bien. Sobrecomprado.

La ronda llega a su fin y el banco acaba ganando.

Sin embargo, Henry se ríe y aplaude.

—Señor Dumont, ¿qué le pasa? —Se acerca y me da una palmada en el hombro—. Ha sido una jugada interesante. Nunca había visto a nadie perder con una mano ganadora.

—Bien. —Mi atención se vuelve hacia la Sra. Robertson—. Aparentemente su encantadora compañera es buena para una o dos sorpresas.

—Mi compañera —murmura Henry, antes de aumentar el volumen y reírse de nuevo—. ¡Que mi mujer no te oiga decir eso! —Me da otra palmada en el hombro.

Y la Sra. Robertson... permanece en silencio con expresión serena.

Entiendo.

Así que no puedo averiguar si está aquí sola.

Lo interesante es que me gustaría saberlo.

—Hablando de eso, debería buscar a mi esposa. Sra. Robertson, Sr. Dumont, por si no les vuelvo a ver hoy, ha sido un placer —se despide Henry.

—El placer ha sido mío —responde ella y le estrecha la mano.

Henry aprovecha para agarrar los delicados dedos de ella con ambas manos y sujetarlos con fuerza.

—Eres una mujer muy hermosa.

Se ríe, y con su risa sale el sol.

Respiro con inquietud.

—Es verdad, Henry, pero por favor no presiones así a la Sra. Robertson, ¿quieres?

Sus cejas grises se mueven hacia arriba.

—Eso es lo que dice el hombre correcto.

—¿Perdón?

—Sí, sí...

—No te preocupes —le dice sonriéndole—. Henry puede hacerlo. Cuando dice esto, el énfasis está sin duda en *Henry*.

Me aclaro la garganta.

—¿Oyó eso, Sr. Dumont?

Desgraciadamente sí, probablemente mis expresiones faciales me están delatando ahora mismo.

Se ríe satisfecho.

—Que tengas una buena noche.

—Igualmente. —Rápidamente vuelvo mi atención hacia ella—. Este Henry...

Ella sonríe.

—Sí, un tipo encantador. Especialmente con esa costumbre.

Me lo pienso un momento.

—¿Quieres decir porque insiste en que le llamen por su nombre, pero prefiere llamar a los demás por su apellido?

—Exactamente.

—Sí, tiene gracia. A menudo me he ofrecido a llamarle por su nombre de pila.

Después guarda silencio.

—¿Qué piensas, deberíamos intentarlo?

Una sonrisa inquieta.

—¿Qué quieres decir? —Pero entonces parece entender a dónde quiero llegar—. Ya veo. —Pero vacila—. Hm... —dice volviendo a sonar su voz pura—. No lo sé.

Comprendo. No se me permite saber su nombre de pila sin más.

Empieza a moverse.

—Tal vez sería mejor no robar la estafa de Henry. —Con estas palabras y un atisbo de sonrisa, que aún puedo vislumbrar, me deja allí de pie.

Mi cuerpo empieza a moverse por sí solo y la sigo.

—Perdona, ¿te he desanimado ahora? —*Disculpa número siete*—. Entonces claro que no insisto

en saber tu nombre de pila, porque asustarte sería un precio demasiado alto.

Aunque me encantaría saber su nombre de pila.

Cuando la alcanzo y la oigo reír tranquilamente, me siento increíblemente aliviado.

—No te preocupes, no me has desanimado. Pero como te dije, ya fue suficiente blackjack para mí.

Sin palabras y como si esto también fuera un reflejo mío desde hace tiempo, le quito el vaso vacío y lo pongo en la bandeja del camarero que pasa.

—¿Así que ahora vas a la mesa de póquer?

El hecho de hacerla reír de nuevo me produce sentimientos de felicidad que no puedo explicar por mi vida.

—Como si tú no tuvieras que pensarlo también.

—Así que no quieres pensar más esta noche. Ahora por fin lo entiendo, de verdad. —No tengo ni idea de adónde va realmente, pero hace tiempo que la sigo como un perro fiel.

—Bien, entonces espero que no vuelvas a obligarme a decidir la victoria o la derrota por ti.

—¿Obligarte? —Me hago el indignado—. Esa no era mi intención, por supuesto.

Se detiene y me mira profundamente a los ojos.

—Y aun así lo hiciste.

—Perdóname. —*Disculpa número ocho*. Yo también me detengo y soporto su intensa mirada —. Eso ciertamente se interpuso en tu plan de dejar de pensar.

—Efectivamente. —Me mira brevemente la boca—. Pero nada me apetece más que relajarme esta noche.

Tengo que tragar.

—Relajarte, ¿quieres?

Ella asiente.

—Realmente quiero dejarme llevar, Sr. Dumont. Por eso estoy aquí.

Maldita sea. ¿Intenta decirme lo que pienso?

¡Si tan sólo pudiera estar seguro de eso! Pero de alguna manera, mi cerebro ha estado actuando raro desde que acaba de decir mi nombre. Pero definitivamente no quiero decir nada inapropiado. Porque, como ya me he dado cuenta, no podría soportar nada peor en este momento que asustar a esta mujer y permitir que se aleje de mí.

Ladea ligeramente la cabeza y me dedica una sonrisa divertida.

—¿Has perdido la lengua?

También me permito una fugaz mirada a sus labios.

—No sería la primera vez que me ves...

—¡Sr. Dumont! —Me interrumpen. El Sr. Hayes se acerca a mí—. Ahora que le veo la persona que buscaba está en la sala principal justo delante del escenario.

—¿Ahora mismo?

Asiente con la cabeza.

—Te vi allí hace un minuto y ella estaba hablando con Henry Miles. Estoy seguro de que la alcanzarás si te vas ahora.

Mierda. Mi mirada oscila entre la Sra. Robertson y el Sr. Hayes.

—Dijiste que era urgente que hablaras con ella.

—¿He dicho yo eso? —pregunto, mi atención ha decidido ahora permanecer leal a la Sra. Robertson.

—Bueno, al menos eso parecías —responde el Sr. Hayes—. Pero tal vez lo entendí mal.

—No —murmuro, luchando por apartar los ojos de la Sra. Robertson. Entrecierro los ojos brevemente y me ordeno concentrarme. Por fin vuelvo a mirar al señor Hayes—. Lo has interpretado absolutamente bien. Estoy aquí por ella.

La expresión de sus ojos cambia.

—Bueno, a una mujer siempre le gusta oír eso —dice el Sr. Hayes con una sonrisa.

—Por motivos de trabajo —añado, sin dejar de mirarla a los ojos.

Levanta ligeramente la cabeza; lo que piensa de mí ahora, por desgracia, permanece oculto para mí. El Sr. Hayes se encoge de hombros.

—Por supuesto, ¿para qué si no? No supuse que fuera, bueno, su tipo, Sr. Dumont. —Sonríe de nuevo.

La Sra. Robertson baja los ojos.

Oh chico...

Luego me mira de nuevo y me dedica una sonrisa que no me trago.

—Parece importante, no deberías perder el tiempo.

—Sí —digo en voz baja y aprieto los labios.

—Encantada de conocerte. —Me estrecha la mano.

Tomo su mano, dejo que se entrelace con la mía.

—Yo también, Sra. Robertson.

Asiente tímidamente y añade—: Sr. Dumont. —a manera de despedida.

Por primera vez desde que nos encontramos, volvemos a tocarnos. Parece que ha pasado una eternidad... como si por fin pudiera volver a sentir su piel contra la mía. Ya noto que empiezo a sudar ligeramente.

Dejo que pase tanto más a regañadientes cuando aparta la mano y me exige que la suelte.

Lo que sigue es nuestro último contacto visual antes de separarnos. Ella hace un gesto apenas perceptible con la cabeza, que yo devuelvo de inmediato.

—Vamos —dice el Sr. Hayes y me pone la mano en la espalda para que me mueva—. Yo también necesito volver a la otra habitación. Ven conmigo.

—Con mucho gusto.

Y así dejo atrás a la Sra. Robertson.

Porque tengo que ver a Melinda Banks. De lo contrario, la echaré de menos hoy y no podré hablar con ella cara a cara sobre una posible inversión en mi empresa. Eso sería imprudente.

Realmente desaconsejable.

La atracción física puede producirse sin palabras.

- Lector Sophie R.

Capítulo 7

~ *Samantha*

[*¿Estás bien?*] le escribo a Nick mientras pienso en cómo debe continuar mi velada.

Mientras tanto, me he unido a la anciana de los grandes pendientes en la mesa de juego y observo las rondas de blackjack. Es bastante entretenido, sobre todo cuando la señora y su acompañante empiezan a discutir. No se puede llamar discusión a lo que hacen. Es más bien un divertido juego verbal previo. Los dos no están casados, como he sabido después, pero son inseparables desde hace más de cuarenta años.

—¡Vuelve a casa conmigo! —le amenaza con voz llana.

—Por supuesto que iré a casa contigo, vivimos juntos.

—Pero la cuestión es si te dejaré entrar hoy.

El anciano se hace el horrorizado.

—¿Por qué te enfadas conmigo? El banco nos estafa todo el tiempo.

—Podrías esforzarte más, así el banco no ganaría siempre.

—¿Y tú? —gesticula salvajemente—. ¡estás perdiendo!

Sacude la cabeza y mira a su alrededor antes de volverse hacia su compañero.

—Esa no es la cuestión.

—¡Claro que se trata de eso! ¿Dónde está la justicia si no?

Como respuesta, se limita a encogerse de hombros y resoplar.

—Sus apuestas —se atreve a decir el crupier.

—¡Imposible! —dice el anciano a su dama del corazón—. ¡Vuelve a casa conmigo!

—Por supuesto ¡vivimos juntos!

—¡Por favor! —ruega el crupier—. ¡Sus apuestas!

—¡Sí! —refunfuñan los dos de forma sincronizada.

Tengo que reírme.

—Si no le importa que lo diga, ¡ustedes dos son muy lindos!

La señora me sonríe.

—Eso todavía no es nada. Tiene que verlo jugando bingo.

—¡Debes estar hablando ahora mismo! —se queja.

Y la “discusión” continúa. Vuelvo a reírme, divertida.

El crupier suspira.

—Lo que se burla, se ama, y viceversa.

Cierto, pienso para mis adentros, antes de que una sensación de hormigueo recorra mi cuerpo. Un intercambio de palabras burlón, eso es exactamente lo que tuve con el Sr. Dumont, ¿es

posible?

Ya no puedo decir quién de los dos empezó.

Pero eso ya no importa, porque ha seguido adelante.

Así que no me hago ningún favor pensando en él. En cómo me dejó sin aliento cuando de repente estuve delante de él y me abrazó. Lo avergonzada que me sentí en su presencia, y lo mucho que lo disfrutaba. Lo nerviosa que me puso oler su loción. Cómo me cautivó la inquietante expresión de sus profundos ojos marrones. Cómo se me puso la piel de gallina bajo el vestido al oír su voz profunda y masculina. O lo bien que me lo pasé charlando con él.

Tan inesperado como fue mi encuentro con el Sr. Dumont, terminó abruptamente. Porque está ocupado. Con otra mujer. Negocios o placer, ¿qué importa? Sólo estropeo el resto de la noche pensando en él todo el tiempo y perdiéndome lo que ocurre a mi alrededor.

¡Oye, estoy en Los Ángeles! ¡En una gala exclusiva con fuente de chocolate y blackjack! No hay necesidad de pensar en un atractivo desconocido con el que he intercambiado unas pocas burlonas, palabras.

Absolutamente. Ninguna. Razón.

—¡Ja! —exclama el anciano—. ¡Gané!

Entonces vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que sigo en la mesa de juego y de que el hombre acaba de ganar al banco.

—¿Ves? —le dice a su dama del corazón, sonriendo con satisfacción—. Sólo debes tener paciencia.

—Y basta de cambio. —No puedo evitar decir.

Todos se ríen.

—¿Por qué has tardado tanto? —le reprocha sin embargo la señora.

—¡Ey! —se queja—. ¡Tú todavía no has ganado nada!

—¡No seas descarado!

Mi celular vibra. Por fin. Mi hermano ha contestado.

[Lo siento, estoy hablando con un socio de la Sra. Banks. ¿Vas a estar bien?]

Respiro hondo y respondo

[Sí. Sólo quería saber si todo iba bien.]

Luego me vuelvo hacia la señora y su compañero.

—Voy a por algo de beber. —*Algo más fuerte que el champán.*

—Hasta pronto entonces —dice la señora y vuelve a concentrarse en el juego—. ¡Ahora voy ganando!

Me alejo de la mesa y permanezco atenta al próximo camarero. Unos pasos más adelante, alguien me pone de repente delante una copa de champán.

—¿Es esto lo que buscas? —dice una voz clara y profunda.

Su voz.

Incluso antes de mirarlo a los ojos, la constatación de que ha vuelto me hace sonreír. Automáticamente.

—Sr. Dumont.

—Sra. Robertson.

—No esperaba volver a verte tan pronto.

Se ríe encantadoramente.

—¿Prefieres que me vaya otra vez?

—¡No! —jadeo, sorprendentemente rápido y alto—. Eh, quiero decir... ¿han terminado ya su conversación?

Sus ojos se entrecierran.

—¿Qué conversación? —Levanta una comisura de los labios.

Lo miro, hipnotizada.

Él... no fue con esa mujer en absoluto, a mitad de camino ha venido de vuelta... ¿a mí?

Me aclaro la garganta. Y después de ordenarme un poco, finalmente le tomo la copa.

—Gracias, pero si te soy sincera, esta vez buscaba otra cosa.

—Define otra cosa.

Me encojo de hombros.

—¿Vodka, quizás?

De repente me coge de la mano y tira de mí.

—¡Eh! —me quejo riendo y dejo que lo haga conmigo—. ¿Adónde vamos?

—Por tu vodka quizás.

Vuelvo a reír con curiosidad.

—¿De acuerdo? —Al pasar junto a un camarero, le pongo la copa llena de champán en la bandeja mientras caminamos.

El Sr. Dumont tira de mí hacia el vestíbulo principal y yo lo sigo. En un momento dado tenemos que detenernos porque hay demasiada gente delante de nosotros, y él aprovecha inmediatamente para entrelazar más fuertemente mis dedos con los suyos. Cogidos de la mano, nos abrimos paso entre la multitud como si fuéramos una pareja.

La emoción me recorre el cuerpo. Sentir su calor y su fuerza me acelera el corazón. No me cuestiono lo que está ocurriendo ahora. Me siento bien. Se siente correcto y simplemente hermoso. Quiero disfrutar al máximo... esta noche mágica. Y aparentemente no soy la única que se siente así. Al menos me gustaría pensar que sí.

Finalmente, la visita continúa y podemos entrar en la sala principal. El Sr. Dumont me guía y yo... puedo dejarme llevar. Como me hubiera gustado estar delante de él. ¿Intentaba provocarle? Sí, eso es lo que quería. No podría decir en ese momento lo que esperaba de él. También fue

como un reflejo: atraerlo para que saliera de su caparazón. Y parece que reaccionó. Al fin y al cabo, ha vuelto, me abraza con fuerza como si no quisiera volver a perderme de vista y está a punto de arrastrarme a una incertidumbre hormigueante. Para ello, se ha abstenido de hablar con una mujer a la que, al parecer, buscaba antes. El Sr. Dumont es un invitado a esta gala, no como acompañante como yo, sino porque ha sido invitado en persona. Es un hombre de negocios, un aspirante a empresario con una creciente responsabilidad y una cierta riqueza. Se le nota en la cara. En él y en la gente que habla con él. Así que si es algo relacionado con los negocios lo que le conecta con la mujer con la que quería hablar, podría ser incluso un sacrificio especialmente grande que ha hecho por mí. Al menos eso es lo que me gusta decirme a mí misma.

Llegamos al pasadizo entre las dos salas y lo atravesamos. Una pareja de ancianos viene hacia nosotros por el pasillo y observo que el hombre sonríe al señor Dumont.

—Ah, Sr. Dumont.

—Sr. Stevens, buenas noches. —El Sr. Dumont le estrecha alegremente la mano. Su mano libre. Porque ni siquiera piensa en soltarme un segundo. Repite el mismo juego con la mujer—. Sra. Stevens. Me alegro de volver a verla.

Ella asiente.

—Igualmente.

—¿Puedo presentarle? —El Sr. Dumont me señala—. Sra. Robertson.

Doy a la pareja una sonrisa y también un apretón de manos, aunque me despego de mi acompañante.

—Hola, mucho gusto.

—Encantado de conocerla, Sra. Robertson. —El Sr. Stevens me saluda con la cabeza. Su mirada se desplaza entre el Sr. Dumont y yo varias veces.

¿Podría ser que se esté preguntando si realmente estamos juntos? ¿Y podría ser que esto no nos moleste en absoluto?

—¿Qué le parece la gala de este año? —pregunta el hombre en su lugar.

El Sr. Dumont sonríe y vuelve a cogerme la mano.

—Cada vez es más grande.

—Cierto.

—Pues a mí la fuente de chocolate me parece estupenda —digo.

Los demás se ríen.

—¿Es su primera vez aquí, Sra. Robertson?

—Sí, no trabajo en la industria de alta tecnología, así que es mi primera vez.

—Ya veo —responde el Sr. Stevens—. Usted es una encantadora acompañante. Si me preguntas, ese es el trabajo más importante de todos.

Su mujer asiente.

—Ah, sí. Nunca subestimes el efecto de una mujer elegante.

Sonrío.

—No podría estar más de acuerdo —dice el Sr. Dumont, casi en un susurro, y puedo sentir su mirada clavada en mí sin tener que mirarlo antes a los ojos.

—¿Desde cuándo se conocen, si se puede saber? —quiere saber la Sra. Stevens.

—Oh, sólo desde hace un momento —digo sin pensarlo y hago un gesto con la mano.

Caras de perplejidad por parte de la pareja.

—¿Ah sí?

El Sr. Dumont se aclara la garganta.

—Sabe, perdí a mi acompañante de verdad —le digo divertida—. Así que busqué un sustituto.

—Le guiño un ojo.

El Sr. y la Sra. Stevens se ríen.

—¡Eso es! —dice.

—Es lo mejor que puedes hacer en una situación así —dice ella—. Bueno, que pasen una buena velada. Tenemos que ir al Blackjack. —Se marcha con su marido, que se despide de nosotros con un gesto de la mano.

—Buena suerte —le dice el Sr. Dumont.

—Parecen simpáticos. —comento y también quiero ir más allá, pero en otra dirección.

Pero el Sr. Dumont no me deja. Se queda quieto, justo en medio de la transición, y como pronto me doy cuenta, es mucho más fuerte que yo. No podré moverme hasta que él quiera.

—¿Qué pasa? —quiero saber.

—¿Su... qué acaba de decir... acompañante sigue aquí, Sra. Robertson?

Cuando oigo al Sr. Dumont preguntarme esto y lo miro a los ojos oscuros, me estremezco ligeramente porque la expresión de su rostro perfectamente dibujado parece haber cambiado.

—Eh, sí... —murmuro y tengo que tragar saliva—. Pero está ocupado.

—¿Ocupado? —Con un movimiento confiado, me acerca más a él—. ¿Demasiado ocupado para una mujer tan encantadora en un lugar como éste?

Mi pulso se dispara, siento calor y frío al mismo tiempo.

—Oh, bueno, él...

Estamos increíblemente cerca y me mira los labios.

—¿Él qué?

Oh Dios, yo...

¿La gente pasa por delante de nosotros ahora mismo?

No tengo ni idea.

Yo lo veo y él me ve.

—No es ese tipo de compañero —digo en voz baja.

—¿Qué significa?

Inhala. Exhala.

—No.

La expresión de su rostro vuelve a cambiar.

—No más detalles —exijo.

Todo en él sugiere que quiere protestar.

—Estoy aquí con usted. Por eso se lo pregunto, Sr. Dumont, ¿hay algo más que necesite saber, o va a enseñarme por fin adónde vamos?

La atracción física es una aventura.

- *Lector Mareike S.*

Capítulo 8

~ *Samantha*

No habría creído posible vivir algo así hoy en día, pero el Sr. Dumont sigue haciéndome sentir que soy la única mujer del mundo. La forma en que me mira me cautiva por completo.

—Tienes razón —murmura con una sonrisa.

Al instante siguiente tira de mí y sigue su camino.

Lo alcanzo en el vestíbulo principal. Caminamos juntos y pasamos junto a los invitados que charlan. De vez en cuando observo que alguien mira al Sr. Dumont a los ojos y lo saluda con una inclinación de cabeza, que él devuelve con la misma discreción. Muchos de los presentes parecen conocerlo, al menos por su nombre y su aspecto, y le tienen en gran estima, pero ya me había dado cuenta de que se había ganado cierta reputación en el sector de la alta tecnología. Sin embargo, me sorprende a mí misma sonriendo alegremente ante la idea de que los demás invitados puedan pensar que soy su cita.

Me guía por el vestíbulo. Después de unos instantes, me doy cuenta de que nos dirigimos al bar, donde se puede pedir algo enseguida. No debería sorprenderme. Le he dicho que, para variar, no quería champán. Aunque no me hubiera importado pedir un vodka al camarero de al lado.

Cuando llegamos a la barra, disolvemos instintivamente nuestro tacto familiar. El Sr. Dumont apoya el antebrazo en la barra y yo lo miro expectante.

—Señor, señora —nos saluda cortésmente el camarero y nos hace un gesto con la cabeza.

Sonrío.

—Buenas noches.

—¿Le prepararé un gimlet a esta encantadora dama? —le pregunta el Sr. Dumont.

—Muy bien. —Se pone a trabajar.

—¿Un qué? —le pregunto a mi acompañante, que acaba de hacerme este pedido.

—Es ginebra con zumo de lima ligeramente azucarado —dice.

—Oh, ni siquiera lo conozco.

—Esta bebida no es tan conocida como el vodka tonic, pero es una refrescante alternativa a él.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Sabe sobre tragos, ¿verdad, Sr. Dumont?

Me devuelve la mirada con urgencia.

—Tengo conocimiento.

Tengo que tragar saliva.

—Yo también. —Luego me río—. Aun así, no conozco el gimlet.

Él también se ríe.

—Pienso cambiar eso.

—¿Ginebra y zumo de lima a partes iguales, o un poco más de ginebra? —pregunta el barman.

—A partes iguales —exige inmediatamente el Sr. Dumont—Y ningún otro ingrediente, por favor.

—Por supuesto que no. —El camarero termina de mezclar la bebida.

—Hm —digo pensativa y me doy golpecitos en la barbilla con una sonrisa.

El Sr. Dumont no lo pasa inadvertido.

—¿En qué estás pensando ahora mismo?

—Bueno, ahora me toca a *mí* pensar qué podemos pedir para ti.

Exhala divertido, sonando más que acalorado.

—No lo doy por sentado.

—No voy a dejar que nadie me quite la diversión —aclaro.

Asiente alentador.

—Adelante. ¿Qué se te ocurre?

Nuestras miradas vuelven a entrelazarse.

—Hm...

Su atención se desplaza hacia mi boca y se lame brevemente el labio inferior antes de volver a mirarme a los ojos.

—Ahora tengo curiosidad.

—Bueno, un whisky raro sería la elección obvia... —empiezo mis pensamientos—. Pero definitivamente ya lo has tomado hoy.

Tomo como aprobación el hecho de que él y el camarero se miren satisfechos.

—Tal vez un tequila... —murmuro, intentando interpretar sus expresiones faciales mientras digo esto—. No, eso también sería demasiado obvio, me lo estaría poniendo demasiado fácil.

Pero ¿quizá le gusta la bebida que a Nick le gusta pedir como aperitivo cuando salimos a cenar?

Se ríe encantadoramente.

—No tengo intención de ponérselo difícil, Sra. Robertson, pero parece que disfruta analizándome.

No sería el único de nosotros que lo intenta, respondo con la expresión de mi cara.

Me has pillado, leí en sus ojos.

El camarero deja mi gimlet terminado y, habiendo oído la conversación, espera mi pedido.

—¿Va a ordenar, señora?

—Quiero... —empiezo con una sonrisa y señalo a mi acompañante—. Un Negroni.

—Enseguida.

El Sr. Dumont está satisfecho.

—Ginebra, vermut y Campari, adornado con una rodaja de naranja... no está mal.

—Para acompañar mi bebida —digo—. Y para ti.

—¿En qué sentido? —quiere saber, ladeando ligeramente la cabeza.

Ya estoy experimentando el próximo contacto visual intenso, gracias a él.

Entonces, ¿cómo encaja un Negroni con el Sr. Dumont?

Ahora podría decir todo tipo de cosas.

Algo tan inocuo como...

Ambos tienen clase.

O incluso algo como...

Ambos son la personificación de la masculinidad.

Sin embargo, algo más cruza mis labios cuando el Negroni está listo, tomamos nuestras copas y brindamos el uno por el otro.

—Ambos son agridulces.

Riendo, choca su vaso contra el mío.

—¿Por el sabor? —Se acerca inesperadamente a mí, me pone la mano en la cintura, me deja oler su loción y me habla en voz baja al oído—: Todavía no puedes saberlo.

Mi pulso se acelera. Sí, mi corazón se acelera como loco y parece que se me va a salir del pecho.

Tras dar otro paso atrás, se lleva el vaso a sus perfectos labios y bebe el Negroni que le he pedido. Me mira a los ojos con fervor mientras lo hace.

Me cuesta no soltar una risita nerviosa y, en cambio, sorbo mi gimlet con cierta confianza.

—¿Y? —quiere saber.

Tiro de mi labio superior y paso mi lengua sobre él.

—Sabe bien.

—¿Tan agridulce como te gusta?

—¿Y el tuyo? —le devuelvo la pregunta directamente.

—Sí. —Sin quitarme los ojos de encima, toma el siguiente sorbo—. Justo como me gusta.

De nuevo trago saliva de la emoción.

—Absolutamente de mi gusto —enfatisa de nuevo con voz sensual y penetra en mi alma con su mirada.

Oh, Sr. Dumont...

¿Cuándo empezamos a coquetear así exactamente?

No puedo decirlo.

Pero si lo pienso bien, probablemente no hemos hecho más que eso desde el primer segundo.

Nunca he experimentado nada igual.

—Así que no estás en la industria. —Es lo siguiente que dice.

Sí, es cierto, acabo de mencionarlo... antes de que se me ocurriera que probablemente sería

mejor no compartir más detalles.

—¿Puedes decirme con qué te gusta hacer para pasar el tiempo?

Sonrío.

—Fuentes de chocolate y gimlets, Sr. Dumont.

—¿Y en serio? —replica de inmediato y asiente alentador.

Una duda por mi parte.

—Pero sin duda tienes empleo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el momento, sólo estoy adivinando, ya que no me dejas otra opción.

—Por supuesto que tienes otra opción. Puedes disfrutar de tu bebida y hablar conmigo de algo más general.

—¿Y si eso no es suficiente para mí?

Frunzo ligeramente el ceño y exhalo.

—Te escucho.

Ahora soy yo quien apoya el brazo en el mostrador.

—Entonces tal vez no soy la persona adecuada para conversar.

—Lo dudo mucho —responde y pone su mano sobre la mía.

No sé qué me deja más sin palabras: si sus palabras exigentes o su tacto aún más dominante. Siento como si nuestro tiempo juntos hubiera alcanzado el siguiente nivel porque él así lo ha decidido.

Mi mirada se posa en sus dedos, que siguen apoyados en el dorso de mi mano, como si estuviera marcando su posesión. O aferrándose a su presa.

Cuando vuelvo a mirarlo a los ojos castaños, aparta sus dedos de mí, pero sólo lo suficiente para poder poner su mano junto a la mía y seguir tocándonos.

—Sra. Robertson.

—¿Sí, Sr. Dumont?

—¿Quieres que te deje en paz?

Levanto ligeramente la cabeza.

—¿Es eso lo que quieres? —respondo con otra pregunta.

—No. ¿Tú?

—¿Así que te irías si te lo pidiera ahora?

En realidad, una pregunta estúpida por mi parte, porque por supuesto no tendría otra opción en ese caso y tendría que...

—No —responde ante mi sorpresa—. No lo haría.

Intento reprimir una carcajada.

—¿Entonces por qué me lo preguntas en primer lugar?

Encoge sus anchos hombros y también sonríe.

—Por educación... y porque intento encontrar un tema de conversación con el que estés de acuerdo.

—A lo mejor no quiero hablar en absoluto —sale de mis labios, de nuevo sin que yo piense siquiera en lo que intento conseguir. Luego bebo otro sorbo del gimlet, que sabe realmente fantástico.

—Si no quieres hablar más... —me dice, cogiendo el vaso de mi mano para dejarlo en la barra —. Tendrás que bailar conmigo.

—¿Tengo que hacerlo? —Hago lo mismo, le quito el vaso y lo pongo en la barra.

Me quita la vista de encima un segundo, pero sólo para sacar la cartera y pagar al camarero. Cuando vuelve a guardar la cartera en el bolsillo de su esmoquin, su atención vuelve a centrarse en mí. Pero no dice nada más. Al menos no con palabras.

—Entonces supongo que no me queda más remedio que aceptar mi destino —digo con una sonrisa.

Me coge de nuevo de la mano y se dirige conmigo hacia la pista de baile, que está justo delante de la orquesta. Mil mariposas revolotean por mi estómago cuando me doy cuenta de que estoy a punto de ponerme a su lado y volver a sentir su mano en mi cintura. Y cuando me doy cuenta de que no puede dejar de sonreír, todas las mariposas agitan sus alas con entusiasmo.

—¿Qué le hace sonreír tanto, Sr. Dumont?

—El hecho de que acabes de decir que bailar conmigo es tu destino. —Con estas palabras y sin esperar respuesta, me arrastra a la pista de baile con él.

Con una transición fluida, nos colocamos en posición y nos sintonizamos con la danza que ya está en marcha. Casi acurrucados, nos movemos al unísono al ritmo de la música clásica. Me guía con confianza por la pista de baile. Hace tiempo que he perdido de vista a los demás invitados y apenas me fijo en la orquesta. Es como si estuviéramos los dos solos. En este momento mágico y perfecto.

Por eso ahora tengo una pregunta muy concreta en mente.

—¿Sabes moverte por Los Ángeles?

—Conozco la Ciudad de los Ángeles como la palma de mi mano —responde—. Sobre todo, la zona industrial de Santa Mónica.

Entonces mi suposición es correcta: vive aquí. Como la mayoría de los invitados a la gala. Muchas empresas de alta tecnología tienen su sede en Silicon Valley o Los Ángeles, es decir, en la Costa Oeste. Al parecer, su empresa también.

Y me acabo de dar cuenta de algo más. Santa Mónica está justo aquí, eso lo sé. Por eso probablemente haya reservado una habitación de hotel a poca distancia del *Teatro Orpheum* para

esta noche.

—Hablando de ángeles —continúa, mirando brevemente mis labios—. Baila como uno, Sra. Robertson.

Con eso, me arranca otra sonrisa avergonzada.

—Entonces me preparé bien para mi destino.

Vuelve a tener un aspecto delicioso mientras levanta una comisura de los labios.

—Podría acostumbrarme fácilmente a hablar contigo sobre el destino.

Siento calor y frío al mismo tiempo.

—En realidad, no quería hablar de nada.

Me ve, sólo a mí.

—Sí, de hecho, eso es lo que querías.

—Pero eso sería descortés por mi parte, ¿no? —Mi mano se tensa en su fuerte hombro y dejo que me lleve más lejos.

—No necesariamente.

—¿Ah, no? —respondo y lo miro llena de expectación.

Es entonces cuando siento que su mano ejerce mucha más presión sobre mi cintura y me da una especie de descarga eléctrica por todo el cuerpo que me hace estremecerme ligeramente.

—No tenemos que hablar más —dice—. Si...

¿Sí?

—Si prefieres hacer otra cosa.

La atracción física mejora todas las relaciones sexuales.

- Lectora Stefanie K.

9. Capítulo

~ *Evan*

No tenemos que hablar si prefieres hacer otra cosa.

Entendió perfectamente lo que intentaba decirle. Lo veo en sus redondos y brillantes ojos verdes. La única pregunta es: ¿anhela ella lo mismo que yo... O soy el único al que cada vez le cuesta más mantener la calma? ¿Y si ya no tengo ganas de contenerme cuando la tengo tan cerca de mí y me deja sentir su piel impecable y suave contra la mía?

—Sr. Dumont... —sale sensualmente de su boca, que me encantaría mordisquear.

Una vez más, agarro su mano y su cintura con más fuerza.

—Por favor, llámame...

—No. —Se atreve a interrumpirme—. Nada de nombres de pila.

El disgusto debería estar escrito en toda mi cara.

—Pero estoy harto de hablar contigo tan formalmente.

—Esa no es la cuestión —responde mientras sigo abrazándola y guiándola por la pista de baile.

Aprieto los labios.

—Sin detalles. —Recuerdo lo que acaba de decir.

Ella asiente.

—Escucha, no soy de aquí. No me siento como en casa en Los Ángeles y, como he dicho, no tengo nada que ver con la industria de alta tecnología.

—Pero... —quiero objetar, pero la mirada decidida de sus ojos me amordaza. Nunca había experimentado que una mujer tuviera tanto poder sobre mí porque a mí me gusta dárselo.

—Una noche inolvidable —dice.

Nos detenemos en medio de la pista de baile y nos miramos. Como si los demás a nuestro alrededor ya no existieran o como si la música hubiera dejado de sonar.

—*Una* —subraya.

Está claro lo que eso significa.

Una noche. No más. O eso... o nada en absoluto.

Sin romance. Sin planes de futuro juntos. Sin siquiera poder saber su nombre de pila. O el mío.

Sus ojos me desafían, llenos de expectación.

—¿Puedes soportarlo?

Me acerco a ella y miro sus labios seductores.

—¿Y tú?

Por fin. Por fin mis labios están sobre los suyos. Exigente, consigo lo que ansiaba desde nuestro inesperado encuentro.

Por fin.

Por fin puedo saborearla. Su sensualidad, su fuego, mezclados con un toque de gimlet: la mezcla perfecta.

En el ascensor, de camino a mi reino para pasar la noche, apenas puedo contenerme. Mis besos se intensifican y exploro su seductor escote con mis manos. Cuando mi pulgar roza su pecho, siento el escalofrío que mi tacto provoca en ella.

Maldita sea, apenas puedo contenerme... Mi virilidad ya presiona contra la tela de mis pantalones.

El ascensor llega a su destino, las puertas se abren... y vuelven a cerrarse poco después, mientras yo sigo clavándome a la mujer de mis sueños con las caderas contra el interior de espejos.

Alargo la mano para pulsar el botón de la puerta. Las puertas se abren de nuevo. Esta vez tiro de la belleza que me está volviendo loco a través de ellas. Suelto brevemente sus sensuales labios, pero sólo para conducirla a mi habitación.

Sin aliento, saco la tarjeta llave, la pongo delante del escáner y aprieto la manilla. Llenos de impaciencia, nos apresuramos a entrar y dejo que la puerta vuelva a cerrarse tras nosotros.

Aparte de la camisa, me deshice rápidamente de la ropa de la parte superior de mi cuerpo. Ya me quitó el corbatín del cuello y se lo quedó cuando estábamos en el ascensor. Ahora el trocito de tela vuela por la habitación en un arco elevado.

—Date la vuelta —le ordeno.

Ella obedece sin vacilar para que yo pueda abrir la cremallera de su vestido azul oscuro al momento siguiente.

Beso su cuello, le quito los tirantes de los hombros y dejo que el vestido se deslice hasta el suelo. Sonrío y me doy cuenta de que no lleva sujetador.

Mis manos avanzan y rodean sus pechos mientras muerdo su cuello con suavidad, pero con firmeza. Sus gemidos suenan como música para mis oídos y me hacen sonreír de inmediato. Igual que mi tacto la lleva al paraíso del placer, ella hace lo mismo conmigo, solo con sus dulces ruidos.

Mis dedos descienden lentamente, rozan su vientre plano, se enganchan en la tela de sus bragas y tiran de ellas para bajárselas por las piernas. Obedientemente, se quita las bragas y se vuelve hacia mí, expectante.

Me arrodillo frente a ella y la miro, contemplando sus ojos brillantes a la luz de la luna, mientras finalmente la libero de sus zapatos con movimientos cuidadosos. Por fin está desnuda

delante de mí. Qué espectáculo tan asombroso.

—Todavía llevas demasiado. —Se da cuenta y me acerca a ella—. Deberíamos cambiar eso.

Estoy de acuerdo con ella y me quito los zapatos.

Botón a botón, me abre la camisa, separa las solapas y besa la piel que deja al descubierto. Echo la cabeza hacia atrás y disfruto del juego de su lengua caliente sobre mi pecho.

Oh, ella es buena ...

En cuanto estoy totalmente expuesto y le dejo entrever mi excitada virilidad, la atraigo hacia mí con un tirón y aprieto los labios contra su boca, que tiene un sabor fantástico. Mi lengua explora todos los rincones de su boca y juega con ella. Paso a paso, la empujo hacia atrás por la habitación mientras la beso hasta que la parte de atrás de su cuerpo toca la ventana que va del suelo al techo. Cuando su piel entra en contacto con el cristal, se estremece.

—Date la vuelta —murmuro—. Disfruta de la vista.

Con una sonrisa llena de lujuria, obedece y se vuelve hacia el gran ventanal frente al que estamos. Me deja que le separe más las piernas, apoya las manos en el cristal y mira hacia el edificio del teatro donde nos conocimos.

Mis manos se aprietan entre sus pechos y el cristal. Hago girar sus pezones con los pulgares y los índices, noto cómo se endurecen y saboreo los sonidos excitantes que salen de su boca. Me excito al sentir el roce de sus nalgas en mi entrepierna.

Luego se vuelve hacia mí, levanta una pierna y la envuelve alrededor de mi muslo. La mueve lentamente arriba y abajo como si yo fuera una barra de pole dance.

Tiene una sonrisa en los labios, me mira y lleva una mano al centro. Me agarra con firmeza y exigencia.

¡Increíble, esta mujer me tiene loco!

Me doy la vuelta de espaldas a la ventana. El frescor del cristal contrasta con el calor que siento.

Ahora pone su lengua en acción y me lame el hombro, y un momento después siento el primer mordisco suave. Cada movimiento, cada caricia me electriza y me deja con ganas de más.

—Llévame a la cama —me dice con voz sensual.

Joder, sabe lo que quiere y eso casi me vuelve loco.

Como por control remoto, pongo en práctica sus palabras, la cojo en brazos y la llevo a la cama king-size, tumbándola sobre el colchón.

—Ven aquí —ordena a continuación.

Sigo sus instrucciones de nuevo y me tumbo a su lado.

Sonríe, levanta la mano, desliza los dedos por la parte superior de mi brazo y de ahí a mi erección, que apunta con fuerza en su dirección. Me estremezco cuando me toca el glande.

Ahora sí que tengo que controlarme, porque si ella sigue así y yo no me controlo, voy a venirme antes de lo que me gustaría.

Vuelve a poner en juego su pierna. Cuando la levanta para apoyar la rodilla en mi muslo, vislumbro su entrada, que brilla húmeda. Mi mano se siente mágicamente atraída hacia ella. Coloco los dedos en su brazo, los recorro, doblo la cadera y me dirijo a mi objetivo, justo entre sus labios.

—Mmh... —comenta sobre mi avance y su respiración se hace más pesada—. Sigue.

Así que empiezo a rodear su clítoris con el dedo. Entre medias, lo hundo en su vagina, que se siente cálida, húmeda y receptiva.

Hombre, no puedo soportarlo más...

La agarro por los brazos y le doy la vuelta. Se deja hacer con impaciencia y acerca el culo a mi vientre.

Mi mano rodea su rodilla y empuja un poco su pierna hacia arriba para darme acceso al lugar que mis dedos han estado explorando. Coloco el otro brazo bajo su torso para apretarla contra mí.

Ella frota su trasero provocativamente contra mi medio. Lo interpreto como una invitación. Con un movimiento fluido, me aseguro de que nos fundamos el uno con el otro. Mi miembro se introduce en su cálida y suave cueva y queda estrechamente envuelto por ella.

Me detengo un segundo y saboreo el momento antes de empezar a moverme. Empujones profundos y rítmicos. Una y otra vez.

Mi respiración se acelera, al igual que la suya. El calor inunda nuestros cuerpos y nos hace sudar.

La atracción física hace que tu corazón lata más rápido.

- Lector Alena S.

Capítulo 10

~ *Evan*

Acelero y aprieto aún más su cuerpo contra el mío. No quiero que se separe ni un milímetro de mí mientras subimos a la cima.

El objetivo se acerca, mis embestidas se vuelven más duras, más exigentes, más rápidas.

Justo cuando creo que no puedo aguantar más, su cuerpo empieza a retorcerse. Junto con su suspiro prolongado y las contracciones alrededor de mi miembro, llega al clímax. La suelto y la sigo, gruñendo mientras me derramo dentro de ella.

Con la respiración agitada pero feliz, la estrecho entre mis brazos durante un rato. Todo ha sido tan perfecto que aún no quiero dejarla marchar. Como si quisiera aferrarme al momento.

Vaya.

Simplemente wao.

Finalmente, se suelta con cuidado de mi abrazo, me da un fugaz beso en los labios y desaparece en el cuarto de baño, riendo alegremente, para refrescarse.

Cuando vuelve, también me voy un momento a la habitación de al lado, pero me aseguro de volver a la cama con ella lo antes posible.

Ahora está tumbada, relajada y mirando hacia arriba, y yo hago lo mismo. Nuestra respiración se normaliza y, de alguna manera, no puedo deshacerme de la sonrisa permanente, no, está pegada a mi cara por todos los sentimientos de felicidad.

—Así que, después de todo, me está permitido tocarte —me burlo de ella y giro la cabeza para volver a mirarla.

Se ríe dulcemente y me devuelve la mirada. La raya del pelo ligeramente sudorosa, que me tiene que agradecer, le queda perfectamente.

—Aunque no de improviso, como dije.

—¿Incluso si te chocas conmigo? —Enderezo la parte superior de mi cuerpo y apoyo la cabeza.

—Me atrajiste tan cerca de ti, con tanta fuerza, que no tuve más remedio que correr a tus pies.

—Oh, ¿así que fue culpa mía? —digo y me río alegremente.

Una culpa de la que no me arrepiento en absoluto.

Ella asiente.

—Me atrajiste. Como sea que lo hayas hecho.

—Mágico —murmuro y le robo un tierno beso.

—Magnético —bromea y se llame el sabor de mis labios.

Estamos radiantes de alegría.

—Pero fue igual al revés —susurro y dejo que mi nariz acaricie suavemente la suya—. Tú me

atraías. Si no, mis manos nunca habrían acabado sobre tus hombros.

—¡Me agarraste! —me reprocha con una sonrisa—. Como un depredador agarra a su presa. — Sus dedos se deslizan cariñosamente sobre mi barba recortada.

—Parece que te gusta la idea.

—¡Nunca! —afirma ella—. No quiero que nadie me toque de improviso, ni siquiera en un choque, ni siquiera tú.

Hace tiempo que no me lo creo y una mentira tan descarada no debe quedar impune bajo ningún concepto.

—Espera un momento —amenazo con un murmullo, luego la empujo hacia delante, me tiro encima de ella y le hago cosquillas por la cintura mientras mis labios mordisquean burlonamente su cuello.

Se ríe a carcajadas, se tensa, se retuerce.

—¡Socorro, no! —Sigue riendo e intenta apartarme, demasiado suavemente para ser en serio.

Cuando decido soltarla, dejo de hacerle cosquillas y la miro profundamente a los ojos verdes.

—Eso ha sido mezquino. —Me aparta un mechón de pelo oscuro de la cara.

—Eres mala.

—¿Por qué?

—Acabamos de hacer todas estas cosas y todavía no sé tu nombre.

—Robertson —dice, encogiendo sus delicados hombros.

Suspiro. *Sabe exactamente a dónde quiero llegar.*

—Tu nombre de pila. Dímelo. —*Por favor. Quiero saberlo.*

Pero, para mi decepción, niega con la cabeza.

—Entonces sabrías mi nombre completo y sería fácil para alguien como tú encontrarme.

—¿Alguien como yo? —pregunto horrorizado.

—Alguien con contactos.

Inhalo para responder.

—No finjas —me interrumpe con voz amable, pero con tono de reproche—. Aunque no estuviera en *Facebook*, que lo estoy, igual encontrarías dónde vivo y a qué me dedico.

—Nunca dije que quería volver a verte.

—Entonces, ¿por qué es importante mi nombre de pila?

Porque quiero decirlo la próxima vez que lo hagamos, pienso inmediatamente. Igual que tú deberías gemir mi nombre.

Pero entonces me doy cuenta de algo:

No hay próxima vez.

Lo dejó claro desde el principio.

Esa es la única razón por la que estamos aquí, tumbados juntos, desnudos y sudorosos en la

cama king-size de mi habitación de hotel, y se me permite mirarla mientras lo hago.

Ese era el trato.

—Por favor —le ruego, como sinceramente rara vez hago, y agarro un mechón castaño de su pelo para enrollarlo alrededor de mi dedo—. Dímelo.

Para enfatizar una exigencia, empiezo a colmarla de besos. No tarda mucho y mis besos hacen que su respiración se acelere de nuevo.

—Por favor. Quiero saberlo. Y quiero que me permitas decirte el mío.

Pero nada de esto me serviría si ella se lo tomara en serio.

—N-no...

Sigo besándola, por todas partes.

—Por favor.

—Mmh...

—Por favor.

—Tal vez...

Hago una pausa, con los ojos muy abiertos. *¿Qué acaba de decir?*

—Tal vez mañana.

Un violento cosquilleo recorre mi cuerpo.

—¿Mañana? —Acaricio su cabeza con ternura, acariciando su suave cabello—. ¿Te quedas esta noche?

—Si me dejas.

Tomo aire para decirle que es una pregunta completamente superflua.

—Y si dejas de preguntarme mi nombre de pila.

Me lo pienso un momento. Luego resoplo con desgana.

—Está bien, hoy no. —Me tumbo y la estrecho entre mis brazos—. No quiero arruinar la noche mágica.

—Exactamente.

Sacudo mentalmente la cabeza por el hecho de que me haga retorcerme así. Una vez más, me doy cuenta de que nunca había conocido a una mujer como ella. Esta constatación me hace feliz. Y por eso quiero perdonarla por la tortura que me está infligiendo. Por eso y porque podría tener razón. La incertidumbre es lo que hace esta noche tan excitante y especial. La extrañeza. La fantasía.

Pero mañana, pienso para mí. Mañana, pequeña.

Cuando salga el sol, mi primer acto oficial será obligarte a decirme por fin tu nombre de pila. Al menos esa es una de las primeras cosas que pienso hacer contigo.

Porque hay algo que cada vez tengo más claro: quiero que seas algo más que un encuentro pasajero.

Mucho más.

Sólo tienes que dejarme.

Mañana.

La abrazo más fuerte contra mí. Hace tiempo que se ha calmado. Ella y su respiración. Y ahora, por muy relajado que me sienta gracias a ella, también me pesan los ojos.

Los rayos del sol al amanecer me despiertan y me hacen abrir los ojos. Tardo uno o dos segundos en darme cuenta de que estoy de nuevo en mi habitación de hotel. Instintivamente estiro el brazo hacia un lado, pero mi mano se adentra en el vacío y aterriza en la sábana de la cama. Me despierto de golpe, me levanto de un salto y giro la cabeza.

Se ha ido.

¡Maldita sea, ya no está tumbada a mi lado!

Independientemente de que a mi cuerpo no le guste, salto de la cama y corro al baño.

—¡Oye! —grito de camino—. Si necesitas un cepillo de dientes... —Mis palabras se ahogan cuando no encuentro a nadie en la otra habitación y me doy cuenta de que estoy hablando solo.

Decepcionado, me paro en la puerta, miro las baldosas y jadeo.

¡Eso no puede ser verdad!

Me repongo y vuelvo a la cama. Mis ojos recorren apresuradamente la habitación.

Nada.

No hay absolutamente nada que sugiera que volverá de nuevo. Ya se ha llevado todas sus cosas. Su vestido, su pequeño bolso, sus tacones; pero no puedo encontrar un mensaje de ella. Ninguna nota con su número. No hay nada.

Atónito, respiro hondo y sacudo la cabeza.

Esta chica acaba de irse.

Hace unas horas, me prometió que hoy por fin me diría su nombre.

¿Y por qué?

Para que me rindiera, sí, me di cuenta.

Pero nunca tuvo intención de contarme esto ni ningún otro detalle sobre sí misma. Anoche decidió escaparse de la habitación del hotel por la mañana temprano, cuando yo aún dormía profundamente. Y como yo estaba más relajado gracias a ella de lo que había estado en mucho tiempo, su plan funcionó de maravilla.

¡Y ahora se ha ido!

¿Cuándo tomó exactamente esta decisión?

¿Incluso cuando salimos de la gala cogidos de la mano?

No lo sé.

Ahora ya no importa.

No, ni siquiera puedo sorprenderme, soy idiota.

Una noche única y perfecta.

Eso. Era. El. Trato.

Y esa noche ya ha pasado.

No se me permitió averiguar su nombre, dónde vive o a qué se dedica. Tampoco sabe *mi* nombre completo.

Así será imposible volver a encontrarlos. Se aseguró de ello.

Con pasos lentos, me dirijo al ventanal, donde hace unas horas me fundía extasiado. Con expresión seria, contemplo Los Ángeles por la mañana, mientras despierta lentamente a una nueva vida.

Fue una noche que no olvidaré en mucho tiempo.

Pero precisamente por eso se me ocurre otro pensamiento y subo la comisura de los labios en señal de satisfacción.

Porque probablemente tenía razón.

Sólo la singularidad y la incertidumbre hicieron que esta noche fuera tan mágica. El sexo con un desconocido al que nunca volverás a ver tiene algo inequívocamente excitante y atractivo.

Eso es exactamente lo que nos dio a los dos.

Con su disciplina, que podía mantener mejor que yo.

Si supiera más de ella o tuviera la perspectiva de volver a verla, probablemente habría recordado nuestra noche juntos de otra manera.

Menos... especial.

Así que sólo podré conservar este dulce recuerdo si mi antigua vida sigue su curso.

Sin ella.

La atracción física dificulta la concentración.

- Lector Nicki H.

Capítulo 11

~ *Samantha*

Finalmente, vuelvo a estar en la puerta de mi habitación de hotel. La noche ha sido completamente diferente a lo que había planeado, pero ¿cuándo se puede planear la vida? Espero que me perdone rápidamente por haberme buscado en vano en cuanto vuelva a estar delante de él.

Respiro hondo y llamo a la puerta.

Menos de tres segundos después, Nick abre de un tirón, abre ligeramente la boca y me mira interrogante.

—¿Dónde has estado?

—Buenos días a ti también. Me encantaría desayunar contigo en un minuto, pero ¿me dejas entrar primero? —Apretando los dientes, le hago a un lado y entro en la habitación.

Nick vuelve a cerrar la puerta y se gira hacia mí.

—Estaba muy preocupado.

—Pero te escribí anoche para decirte que no tienes que esperarme y que estoy bien.

—Pero eso podría haber significado otra cosa.

—Conocí a alguien, ¿sí?

Hace una pausa.

—¿Alguien?

—Sabes a lo que me refiero.

—Así que pasaste la noche con ese alguien.

Me paseo por la espaciosa habitación y miro a mi alrededor.

—Lo sé, para ti siempre seré tu hermana pequeña, pero sí, Nick, de vez en cuando me encuentro con un hombre y hago ciertas cosas con él.

Se apresura a esquivarlo.

—Por supuesto que me doy cuenta y no voy a discutir detalles.

—Bien, porque no voy a disculparme por disfrutar de la velada como yo quería. Además, espero no tener que recordarte que tú me abandonaste, no al revés.

—Hola —dice con voz suave, me acerca y me coge en brazos—. Me alegra saber que has pasado una buena velada. No estoy acostumbrado a que te enrolles espontáneamente con un desconocido, eso es todo.

Me encojo de hombros.

—Siempre hay una primera vez. —Lo aparto suavemente para poder volver a mirarlo.

—De acuerdo. Bueno, entonces... espero que fuera alguien que mereciera tanta confianza de tu

parte. Pero por tu aspecto, parece que te trató muy bien.

Oh, sí se me pasa por la cabeza y tengo que reprimir una sonrisa de felicidad. La noche fue increíble, y tengo que agradecersele al Sr. Dumont.

—Lo hizo —digo yo en su lugar—. Ha sido todo un caballero.

—Eso es lo que yo le habría aconsejado, porque menos que eso no sería suficiente para mi hermana.

Me río.

—Eres tierno.

—Aunque al parecer estabas ocupada de todas formas, siento que no nos viéramos en la gala. —Hace una mueca de culpabilidad y se rasca la nuca—. La conversación con la Sra. Banks duró más de lo que pensaba, y luego me presentó a otro inversor.

—Como tú dijiste —respondo con calma—. Supe cómo mantenerme ocupada. —Como si fuera algo natural, me dirijo a su maleta y elijo una corbata de su repertorio a juego con la camisa que ya se ha puesto.

Sonriendo, la coge y se la anuda al cuello.

—Gracias. Normalmente Linda siempre elige mis corbatas.

—Lo sé, hermano. Pero dime, ¿cómo te fue a ti?

—Bien —responde y se abrocha las mangas de la camisa—. Muy bien, de hecho. Tuve una buena charla tanto con la señora Banks como con el otro inversor.

—¿Qué significa eso en términos concretos?

—Que, si todo va bien, no sólo la Sra. Banks invertirá en cuanto se apruebe la solicitud de la patente, sino también su socio.

—Me alegro por él.

—¡Por supuesto! En estas circunstancias, la producción de las nuevas impresoras 3D podría comenzar a una escala aún mayor. Esto, a su vez, nos permitiría expandirnos aún más rápido.

—Y ganar aún más dinero —comento y guiño un ojo.

—Eso también. Pero ¿cómo ha sido eso? Estamos haciendo del mundo un lugar mejor con esta nueva generación de impresoras especialmente eficaces y rentables. Sin embargo... tienes razón, los inversores esperan un buen beneficio. Y yo también, no intento engañarte.

Sonrío.

—Bueno, entonces la gala también valió la pena para ti.

Como para mí. Porque probablemente nunca volveré a olvidar esa noche. Todo fue perfecto. Y cuando está en su mejor momento, debes irte.

Me pregunto quién inventó este dicho.

Las horas siguientes pasan volando. Nick y yo desayunamos juntos, luego vamos a un museo técnico, y después toca abrirse paso entre el terrible tráfico de Los Ángeles para que nos lleven de vuelta al aeropuerto. La facturación y el embarque tampoco son una tarea pesada, porque tengo a mi hermano a mi lado y, de alguna manera, nunca se nos acaban las cosas de las que hablar. Y eso a pesar de que trabajamos en sectores completamente distintos: él es ingeniero superior y yo asistente jurídico en un bufete de abogados. Desde que tengo uso de razón, nos conocemos bien y siempre he podido contar con Nick. Por eso me encantó acompañarlo, aunque Los Ángeles no sea precisamente mi ciudad favorita.

Sólo cuando estamos sentados en el avión y éste ha despegado, me tranquilizo y me doy cuenta de que mis pensamientos se desvían rápidamente hacia una persona en particular y amenazan con quedarse atascados en ella. Sin decir palabra, miro por la ventanilla y veo cómo Los Ángeles se hace cada vez más pequeña bajo nosotros.

—¿En qué estás pensando? —oigo que pregunta Nick.

Me vuelvo hacia él mas no respondo.

—¿En él?

—¿A quién te refieres? —pregunto alzando las cejas.

—Lo sabes muy bien. —Una sonrisa se dibuja en sus labios—. ¿Han quedado ya para la próxima vez?

Mi boca se abre ligeramente, pero al principio ningún sonido quiere salir de mí.

—No tienes que hacerlo, por supuesto —dice—. Sólo era curiosidad, podría haber sido. ¿Cómo se llama?

—Er...

—No lo ocultes tanto —exige—. Solemos contarnos todo. Cuando conocí a Linda, me pasé horas hablándote de ella.

Me río.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Estabas imparable y totalmente emocionado. Fue la primera vez que me di cuenta de lo mucho que te gustaba. Y estaban realmente maravillosos juntos. Eso me hace muy feliz, ¿te das cuenta?

—Buen intento, Samantha, pero no me distraeré tan fácilmente. Continúa. Habla. ¿Cómo se llama, de dónde es y a qué se dedica? Tú dices que eres una adulta. Así que, por favor. Hablemos de cosas de adultos. Quiero saberlo todo. Ahora.

—Nick...

—¿Vive en Los Ángeles? Entonces claro que ahora tienes un problema. Se ríe.

—¿Por qué?

—Bueno, sé cuánto odias la idea de tener que viajar a Los Ángeles regularmente.

—Por eso fue algo excepcional.

—¿Lo fue?

Asiento con la cabeza y quiero volver a mirar por la ventana.

—Entonces, ¿por qué no puedo quitarme la sensación de que ahora estás pensando en él otra vez?

Le miro de nuevo y sonrío.

—¿No se me permite hacer eso?

—Sí, sí.

—Gracias.

—Como dije, Samantha. Sólo trato de conocer esta faceta tuya. Porque realmente no te conozco siendo tan espontánea.

—¿Qué puedo decir? —Separo más las comisuras de los labios con una mirada soñadora—. Con él, fue... simplemente perfecto.

—¿Pero no dijiste el otro día que te gustaría volver a tener algo sólido?

—Sí, es cierto, pero tiene que ser con un neoyorquino.

—Lo entiendo. —Sacude la cabeza con una sonrisa—. No me lo puedo creer. Mi hermana pequeña ha crecido de verdad.

—Es bueno que te des cuenta de eso también. Sólo tengo veintinueve años.

Nos reímos.

Sin embargo, la siguiente vez que miro por la ventana y Nick no puede ver mis expresiones faciales, todas las risas y sonrisas desaparecen de mi cara.

Adiós, Sr. Dumont.

No puedo enamorarme de ti. No, absolutamente no. Eso sólo me torturaría. Tal vez incluso a los dos, dependiendo de lo serio que seas conmigo. De cualquier manera, no puede haber más que una noche mágica entre nosotros. Por eso tuve que irme antes de llegar a eso.

Una relación a distancia está descartada para mí.

Tengo que mantenerlo así.

Lo que queda es el dulce recuerdo de nuestra noche perfecta.

Me aportó mucho, también para mi autoestima, aunque esta aventura no me costó ningún esfuerzo, y quiero estar agradecida por ello.

La atracción física desconecta la mente.

- Lector Anna N.

Capítulo 12

~ *Samantha*

Papá es quien me abre la puerta y me saluda con una sonrisa.

—Hola, hija querida. —Me guiña un ojo y me da un abrazo.

—Hola, papá.

—Me alegro de verte. Tu madre y yo estamos deseando verte cada vez que sacas tiempo para venir al campo.

—Por supuesto. —Entro en casa—. Sabes que siempre que me invites a cenar, aquí estaré.

—Pero eso se debe más a las habilidades culinarias de tu madre que a las mías, ¿no? —bromea.

—¿Sabes cocinar? —contesto secamente, seguido de una sonrisa.

Se ríe.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal tu semana en el trabajo?

—Estoy bien, ¿cómo estás tú?

—Todo va bien —afirma, y sin embargo la preocupación se dibuja en su rostro y respira hondo.

—¿En serio? —pregunto escéptica.

Vuelve a resoplar.

—Bueno, tu hermano...

La forma en que dice eso y me mira ahora me da mala espina.

—¿Nick? —Abro los ojos—. Oh Dios, ¿ha pasado algo?

Papá levanta las manos para tranquilizarme.

—Ya está aquí y está bien, pero... —Vuelve a bajar las manos y parece completamente perdido.

—Pero ¿qué? No me mantengas así en suspenso.

—Lo está haciendo bien, pero... a la vez no lo está haciendo tan bien...

¿Okay? ¡Tengo demasiadas preguntas en mi cabeza!

—¿Le pasa algo a Linda? —quiero saber y voy a la cocina, donde encuentro a mi mamá—.
Hola, mamá.

—¡Oh, hola, cariño! —Me deja darle un beso en la mejilla—. Así que, ¿cuáles son las últimas noticias de la deslumbrante Nueva York? Espero que tu día haya sido mejor que el de tu hermano.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando? —suplico desesperadamente.

—Lo siento —dice papá, mientras mamá tiene que seguir con la comida—. Pero yo tampoco termino de entender el problema.

¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Samantha, trabajas en un bufete de abogados. Tal vez puedas decir algo más sobre eso.

—¿Sobre qué? —pregunto, pero no espero otra respuesta y vuelvo a ponerme en marcha para seguir buscando a mi hermano por la casa.

—¡Nick! —grito y me dirijo al comedor. Por desgracia, él tampoco está aquí.

Mi camino me lleva hacia adelante. Acabo en el salón... y ahí está. Como petrificado. De espaldas a mí. Mirando hacia afuera. Y Linda le acaricia la espalda tranquilizadamente mientras le dice algo en tono suave.

—Hola —digo, casi quedándome sin voz porque el ambiente casi me sofoca. Doy pasos vacilantes hacia ellos dos.

Linda gira la cabeza en mi dirección y, cuando se da cuenta de voy hacia ella, me dedica una sonrisa.

—Oh, hola, Samantha.

—¿Y bien?

Nos saludamos con un abrazo.

Nick, en cambio, sigue sin moverse.

Sonríó insegura, mi mirada gira entre los dos.

—¿Qué pasa?

Linda también suspira y me mira con ojos perplejos.

—La patente.

—¿Eh?

—Algo ha ido mal.

Me pongo al lado de Nick y lo miro con preocupación.

—¿Con la solicitud?

Aprieta los labios y me recorre el escalofrío más desagradable.

—Te... traeré algo de beber, cariño —dice Linda—. ¿Quieres algo también, Samantha?

—Agua sería genial, gracias.

—Está bien.

Unos segundos después, sólo quedamos en la habitación mi hermano y yo. Y el silencio nunca me había parecido tan fuerte. Puede que se deba a que, por mi vida, no recuerdo haber visto nunca a Nick como en ese momento.

—Nick... —Le pongo la mano en el hombro con cuidado—. Háblame.

Con un movimiento lento, gira la cabeza hacia mí y finalmente me devuelve la mirada.

—Por favor —añado suplicante.

¡Oh querido, sus labios están temblando!

—Ha sido él —sisea con rabia.

—¿Quién hizo qué?

—Evan —gruñe.

Tengo que pensar un momento.

Evan...

Hace mucho que no pronuncia este nombre.

Extremadamente mucho tiempo.

—¿Tu antiguo amigo de la universidad? —pregunto recordando.

—Los amigos no te roban —murmura y empieza a pasearse inquieto por la habitación—. ¡Otra vez!

¿Robar? ¿Otra vez? ¿Eh?

Tengo que tragar saliva.

—Nick... al parecer algo malo ha sucedido. Y si no puedes hablar de eso todavía, lo entiendo. Pero entonces no debería hacer que me cuentes todo, eso no sería bueno para ninguno de los dos. Así que, ¿qué tal si disfrutamos de la velada con nuestros padres por ahora y hablamos de ello en otro momento?

—¡Evan me ha robado la patente! —exclama furioso y se vuelve hacia mí de un tirón.

¿Qué?

Las preguntas en mi cabeza se multiplican solas.

—Ahora, espera un minuto —exijo—. Vuelve al principio, ¿quieres? —Me acerco—. Evan. Estudiaste con él por aquel entonces y eran compañeros de habitación.

Su silencio parece consentirlo.

Me toco la sien pensativa.

—Así que... ¿ahora te ha robado la idea?

—¡Todo ese trabajo! ¡Para nada! Oh Dios, ¡no me lo puedo creer!

¡Nick está fuera de sí! Lo único que falta es que se arranque los pelos.

—El componente de bajo coste que inventé para hacer que las impresoras 3D funcionen de forma extra rápida y precisa. De eso se trata. ¿Lo entiendes?

Asiento con la cabeza.

—El invento que querías proteger.

—¡La que quería registrar pasado mañana, exactamente! —Vuelve a gruñir mientras exhala—. Pero no, Evan tiene que ganarme. Tan cerca de la meta. Que hasta se atreve con mi invento. Menudo imbécil.

Intento mantener la calma.

—Espera, ¿cómo se le ocurrió tu idea?

—Tuve mis primeros pensamientos teóricos durante mis estudios.

—Y se dio cuenta —digo empezando a darme cuenta.

Nick resopla de nuevo.

—¡Eso... maldita sea... joder, no se me ocurre una palabra que no siga siendo demasiado buena

para él!

¡Dios, si pudiera recordarlo mejor! ¿Cómo era entre Evan y Nick en ese entonces? Nunca conocí a Evan. No personalmente. Fueron inseparables durante un tiempo. Nick quedaba con su novia de entonces, Clarissa, o con Evan. Fue una fase en la que apenas nos veíamos. Pero eso era normal. Nick se metió de lleno en sus estudios. Quería obtener un buen título y prepararse para la vida laboral de la mejor manera posible. El hecho de que estuviera trabajando directamente en sus propias ideas en ese momento fue otra razón por la que se escondió. Junto con Evan. Y durante bastante tiempo, parecía que los dos se llevaban muy bien y estaban en la misma sintonía. No sólo compartían habitación, sino que también hacían muchos cursos y actividades de ocio. Por lo que me contó Nick, Evan era un buen tipo.

Pero entonces se rompió el contacto. ¿O se pelearon?

No me acuerdo exactamente.

En algún momento, Nick se graduó de la universidad. Y empezó su primer trabajo. Y, por supuesto, se mudó de la residencia de estudiantes.

Con el tiempo, Evan y él se han perdido de vista. Es una pena, pero pasa. Sucede. Ni siquiera yo mantengo mucho el contacto con la gente de mi clase del colegio o lo que sea. Por eso no le di importancia cuando dejé de oír a Nick hablar de Evan en algún momento.

¿Y se supone que este Evan ha robado el invento de mi hermano mayor?

—Espera, ¿qué te hace pensar que él hizo eso? —le pregunto a Nick—. Quiero decir... ¿solicitó él mismo la patente?

—Así es. Y con exactamente el mismo enfoque. Créame. No es casualidad. Me robó en frío.

—Precisamente ahora —murmuro ansiosa.

—Si hubiera terminado antes su realización, me lo habría hecho antes —asegura Nick—. Pero ¿quién sabe? Quizá esté en contacto con la Sra. Banks, por eso se enteró de mi proyecto de solicitud de patente y estaba esperando para destruir el sueño de mi vida en el último segundo. —En sus ojos destella odio puro—. ¡Ese maldito vago!

—¿De verdad lo crees? —pregunto—. ¿Que sería capaz de hacerlo?

—¡Puedes verlo! —Hace un gesto de enfado con las manos—. Echa un vistazo a su solicitud de patente, así lo tendrás en blanco y negro.

—Oh Nick... —digo con tristeza—. ¡Eso es terrible!

¿Cómo se atreve este Evan?

¡Qué idiota!

¿No podría haber ideado algo propio y haber hecho con eso durante los últimos años? ¿Por qué se hizo ingeniero? Al parecer, sólo para enriquecerse y hacerse respetar lo antes posible, ¡cueste lo que cueste!

—Samantha —empieza Nick.

—¿Sí?

En ese momento, Linda entra con las bebidas, seguida de mamá y papá, que empiezan a servir la comida.

—¡Ya está! —dice mamá feliz—. Ahora toca comer, luego el mundo volverá a parecer diferente.

Oh, mamá...

Me temo que eso no será suficiente para que todo vuelva a estar bien esta vez.

Durante la cena, hablamos de otras cosas. De cómo van las cosas en el bufete de abogados donde trabajo. De la clínica veterinaria de Linda, que pronto abrirá una segunda sucursal en Brooklyn. De los planes de papá para su próxima jubilación. Sobre cómo quiere ir a pescar más. Y lo que piensa mamá al respecto. Hay risas. Charlas. Filosofar. Pero no se habla más del incidente con la patente. Nick pasa desapercibido y parece que agradece el cambio de tema para poder serenarse. Precisamente este mediodía ha recibido la mala noticia de que su antiguo amigo de la universidad, Evan, lo ha traicionado. Pero cuando terminamos, se ofrece a fregar los platos y al instante me pide que lo acompañe.

—Esto es un desastre —maldice mientras no nos molestan en la cocina y metemos los platos, vasos y cubiertos en el lavavajillas—. Maldita sea.

—¿Y estás seguro? —sigo—. Bueno, de que era él. Evan.

—Sí.

—¿Y si por casualidad hiciera lo mismo que tú, desgraciadamente a la misma hora, pero por iniciativa propia? ¿Realmente puedes descartarlo?

Luego guarda silencio con semblante serio.

—Necesito saber eso, Nick. ¿No es por eso por lo que querías volver a hablar conmigo a solas ahora, porque trabajo en un bufete de abogados?

—Sí. —Se frota los ojos—. Lo siento, hoy no estoy en mi mejor momento. La noticia me ha afectado mucho.

—Se nota. —Me temo que tengo que darle la razón—. Y es comprensible. Después de todo, estamos hablando del trabajo de tu vida.

—Pero respondiendo a su pregunta: sí, me gustaría recurrir a tu bufete de abogados. Normalmente tengo como abogado al Sr. Stuart, pero está especializado en la redacción de contratos. Tu jefa, la Sra. McMillan, en cambio, está especializada en infracciones de derechos de autor y tiene una excelente reputación.

Asiento con la cabeza.

—Por eso he preguntado. Si Evan trabajó en el proyecto contigo durante un tiempo, la situación legal es difícil. ¿Lo entiendes?

Me mira fijamente.

—Créeme, Samantha. Esta es *mi* idea. Toda mía. Sí, Evan tuvo acceso a mis documentos y hablé con él sobre eso, pero no tuvo nada que ver con su desarrollo y sabía perfectamente que yo quería seguir adelante con ella.

—De acuerdo.

—Y no es la primera vez que me decepciona y demuestra el monstruo que es.

Otra sensación de inquietud se extiende por mi estómago.

—¿Qué quieres decir?

Aparta la mirada, respira hondo y sacude la cabeza. Finalmente, me devuelve la mirada.

—Hay una razón por la que ya no hablo con él. Evan también ha resultado ser un auténtico idiota en otros aspectos. Eso no afecta a mi invento y, por tanto, no es relevante para tu jefe, pero no hace más que confirmarme la clase de persona que es. Un egoísta despiadado que no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere.

Tengo que tragar saliva.

—Vale —repito y me acerco—. Te creo, por supuesto, pero comprendo que necesito saber un poco más si quiero pedirle a mi jefe que acepte el caso con la conciencia tranquila. Después de todo, no es frecuente que mezcle asuntos personales y profesionales, y si voy a hacer una excepción, quiero saber lo que hago y qué puedo esperar.

Aprieta los labios con fuerza y mira más allá de mí.

—Nick —le pregunto con urgencia.

Lo obligo a mirarme de nuevo.

—Cuéntame qué pasó entonces. Aunque no tenga nada que ver con tus diseños técnicos, pero necesito saberlo. ¿Qué clase de persona es Evan? ¿Para qué tenemos que estar preparados? ¿Qué le mueve? ¿Qué pruebas hay de que te ha traicionado? En resumen... —Respiro hondo—. ¿Qué más te ha hecho?

La atracción física puede llevarte a cometer un gran error.

- Lector Nadine Z.

Capítulo 13

~ *Evan*

—Salud —dice Patricia en voz alta, chocando su copa de champán contra mi vaso de whisky. Levanto un poco más mi vaso ancho y plano para corresponder al gesto del brindis y bebo el siguiente sorbo. A medida que el líquido se desliza por mi garganta, siento un ligero ardor revitalizante.

—¿Qué haces aquí? Ni siquiera sabía que te había invitado.

Inmediatamente recibo la habitual mirada de reproche de mi hermanastra.

—¡Vaya, encantador como siempre, Evan! ¿No puedes ser un poco más amable por una vez?

—Si quiero, claro —respondo secamente.

Imposible, está escrito en sus ojos, seguido de un movimiento de cabeza.

—Hola —digo con voz más suave—. Eres mi hermana. Es mi deber burlarme de ti.

Suspira.

—Bueno, hay que admitir que antes era al revés y yo era la que se burlaba de ti.

—Además, mi pregunta está justificada, ¿no crees? —continúo, dejando que mi mirada se pasee por la sala—. Sabías que algunos de mis socios vendrían hoy y, sin embargo, apareciste de repente.

—¡Escucha esto! Estás brindando con tus inversores porque la solicitud de patente salió ayer. Sé cuánto tiempo has estado trabajando para llegar a este momento. No me voy a perder la celebración.

—Una celebración empresarial —repito.

—¿Y qué? —Patricia se encoge de hombros—. De todas formas, solo vas a fiestas que de empresa. No es como si invitaras regularmente a la gente a celebraciones familiares. Ni siquiera en tu cumpleaños. Sí, ni siquiera lo hiciste cuando cumpliste treinta el año pasado.

—Eso te lo dejaré a ti y a papá, hacen fiestas privadas con bastante frecuencia.

—Hablando de eso —dice—. ¿Te ha llamado papá?

—Hace unos días, sí. ¿Por qué?

—¿Por qué crees? —responde ella—. Porque la semana pasada en la reunión familiar en los Hamptons te preguntó, como era de esperar, si serías su padrino, y aún le debes una respuesta.

—Esa es exactamente la cuestión, Patricia. Puede que le deba una respuesta, pero no le debo un sí. No puedo quitarme la sensación de que espera que haga exactamente eso, como si fuera algo natural.

—No te da por sentado —afirma.

—Pero el hecho de que lo acepte sin más cuando se casa por enésima vez parece ser que sí.

Ella respira visiblemente hondo.

—Wao, Evan...

—¿Qué?

—Bueno, el otro día sólo quería tomarte el pelo, lo que desgraciadamente demuestra que a mí también me gusta tomarte el pelo, pero parece que te estás tomando muy en serio lo del matrimonio de papá.

—¿Esperabas algo más? —quiero saber.

—No lo sé. Es sólo que... una relación comprometida no ha sido exactamente lo tuyo hasta ahora.

—Por eso mismo, ¿lo has pensado alguna vez?

La expresión de su cara cambia cuando parece darse cuenta de lo que quiero decir.

—No te comprometes con algo firme hasta que estás absolutamente seguro de que es lo correcto.

—Todo lo contrario a papá.

—Oye —contradice y agita un poco su copa de champán, lo que me hace recordar la gala de hace quince días, antes de que Patricia vuelva a reclamar inmediatamente mi atención—. Cada uno define el amor de forma diferente, ¿sí? Y las relaciones. Y el significado de una boda. Y la mujer perfecta de sus sueños.

Aprieto ligeramente los labios.

—Tal vez.

Ella asiente.

—Contigo es diferente —digo—. Tú con tu cuarteto.

—Jack y yo no hacemos un cuarteto —aclarar—. Quedamos con otras parejas e intercambiamos parejas. En habitaciones diferentes. De mutuo acuerdo.

—Después de un acuerdo a cuatro bandas —la corrijo y sonrío.

—Sí, okay, pero no lo estamos haciendo como un cuarteto. Esa es la diferencia. Tenemos una relación abierta y nos encanta el swing.

—Lo que sea.

—Pero tienes razón, cada uno ama y vive de forma diferente. Cómo es con papá o conmigo es un libro abierto para ti, pero me parece que hasta ahora estoy descubriendo lentamente cómo es contigo, Evan.

—No hay mucho que descubrir. El trabajo es lo primero. Y el resto vendrá después.

Se queda asombrada.

—Pero el hecho de que puedas siquiera imaginar casarte me hace darme cuenta de una faceta tuya totalmente nueva. Eres más romántico de lo que pensaba.

—Un cuarteto está descartado para mí —le digo.

—Para mí también, idiota, ¿cuántas veces quieres que te lo diga?

Nos reímos.

Entonces se nos acerca el Sr. Pine.

—Realmente tiene motivos para reírse, Sr. Dumont. El hecho de que su solicitud de patente haya salido es un hito importante.

Asiento con la cabeza.

—La producción de la próxima generación de impresoras puede empezar pronto, Sr. Pine.

Brindamos y él también ofrece un brindis a Patricia, que se lo devuelve.

—¿Y ya estabas trabajando en este concepto en la universidad? —me pregunta.

—Sí, estas innovaciones técnicas llevan su tiempo, y yo empecé pronto.

—¿Cómo se le ocurrió la primera idea?

Dudo brevemente.

—He estado observando el mercado y he visto una demanda emergente.

—Lo elogio por eso —dice el Sr. Pine con una sonrisa.

—Mi hermano pequeño tuvo el instinto adecuado —coincide Patricia.

El Sr. Pine asiente con satisfacción.

—Y ha conseguido realizar su idea de forma excelente. No sé mucho de todas estas cosas técnicas entre bastidores, pero mis asesores han confirmado que los diseños son excelentes.

—Sin su inversión, mi recién fundada empresa no podría iniciar la producción tan rápidamente, Sr. Pine, pero ahora sólo tengo que esperar la confirmación de la patente y entonces podremos empezar. No puedo agradecerle lo suficiente que me haya dado esta oportunidad.

Y gracias a inversores ricos como él, no es demasiado trágico que no pudiera hablar con la Sra. Banks en persona hace quince días. Hubiera estado bien, pero estaba... ocupado con otra mujer.

El Sr. Pine agita la mano.

—Soy un hombre de negocios, Sr. Dumont, como tal, invierto en buenas ideas de las que espero obtener un buen beneficio. Así que dese usted mismo las gracias.

—Pero se le podría agradecer que reconociera esta buena idea —dice Patricia.

Se da una palmadita en la espalda.

—En efecto, lo he hecho muy bien.

Volvemos a reírnos, los tres esta vez.

Unos minutos después, el Sr. Pine se enzarza en otra conversación con otro inversor. Lo miro sin decir palabra mientras se aleja de mí, con semblante serio. Pero solo me doy cuenta cuando de repente siento la mirada escrutadora de Patricia a mi espalda.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me giro hacia ella.

—Sí, ¿por qué?

—Hoy es tu día, Evan. Un día que es más importante para ti que tu cumpleaños, de eso me he dado cuenta. ¿No deberías estar emocionado?

La miro con escepticismo.

—Sí, de acuerdo, el Sr. Evan Dumont nunca está *fuera de juego* —comenta Patricia.

—No pasa nada. Sólo pensaba en mis días de universidad.

—¿Los primeros pasos de tu invento?

—Exactamente.

—Fue una época emocionante. Aún recuerdo lo poco que te veía la gente por aquel entonces. Estabas totalmente inmerso en tus estudios.

—Porque era importante para mí.

—La única persona que te veía regularmente durante esa etapa era tu compañero de cuarto, ¿verdad? Nick. ¡Oh, sí! ¿Lo volviste a ver en la gala de la otra noche? Todavía no me lo has contado.

—Porque no hay nada que contar —respondo.

—Qué lástima.

Bueno, lo que tú digas.

—¿Así que ni siquiera estaba allí? —pregunta con curiosidad.

—Al menos no que yo viera. —*Y es mejor así. Para ambos. Pero eso no es tema de conversación para este momento.*

—No hay nada que puedas hacer al respecto, pero como dijiste en los Hamptons, igual fue una buena noche para ti en la gala.

—Una velada inolvidable —murmuro, amenazando con perderme en pensamientos y recuerdos.

—¿Cómo puedo entender eso?

Mis ojos se entrecierran.

—Siempre quieres saberlo todo.

Patricia se ríe.

—Las hermanas mayores son así. Aunque sólo tengan un padre en común con su hermano pequeño.

—Nunca hemos hecho distinciones respecto a eso, y me gustaría dejarlo así.

Ella sonríe.

—Ahora que lo pienso, siempre has sido romántico después de todo.

—En serio, Patricia... —suspiro.

Se ríe divertida.

—Ya está bien. Basta de bromas por hoy. —Una vez más, pide un brindis—. Celebremos tu éxito. Ahora empieza un nuevo capítulo para ti.

Sí.

Así es.

Llevo años trabajando para registrar mi propia patente.

¿Es por eso por lo que de repente tengo la sensación de que algo podría salir muy mal?

Aparentemente ya estoy viendo fantasmas.

Por miedo a perder lo que es tan importante para mí.

Esa puede ser la razón.

La atracción física no puede salvar las diferencias reales.

- Lector Sabine R.

Capítulo 14

~ *Samantha*

—Vale —dice Nick, aparentemente decidiendo por fin contarme más sobre lo que pasó entre él y Evan—. Te contaré.

Me siento a la mesa de la cocina con mirada atenta.

—Te escucho.

—Evan era mi mejor amigo. Era la persona a la que más veía durante mis estudios. Y la relación entre nosotros era algo más que una amistad de conveniencia. No éramos sólo compañeros de cuarto. Nos llevábamos muy bien. Me podía hacer el tonto con él o salir, pero también estudiar para los exámenes o hablar del futuro.

—Suená bien —comento con una sonrisa cautelosa, sabiendo perfectamente que la historia no tendrá un final feliz.

—Sí. Durante un tiempo, incluso hablamos de dirigir una empresa juntos en algún momento. Los dos somos ingenieros, pero nuestras personalidades se habrían complementado bien. Evan podría haber sido el estratega. El que negocia con los inversores, gestiona el personal y demás.

—Y tú te habrías centrado por completo en jugar —le digo.

Asiente con la cabeza.

—Evan habría aprobado mis diseños técnicos, por supuesto, con su experiencia de una manera que un director general ordinario nunca podría. Sí, así es como nos lo habíamos imaginado entretanto. Para un día, cuando ambos hubiéramos ganado nuestro primer sueldo.

—Ya veo.

—Da igual —continúa, pero luego se vuelve a sentar y me mira fijamente, ensimismado.

Así que pienso en lo que puedo decir para volver a ponerle en el buen camino.

—El hecho de que tuvieran esos planes en primer lugar demuestra lo unidos que estaban.

Mueve lentamente la cabeza y vuelve a asentir, sin dejar de mirar al espacio.

—Estábamos en la misma sintonía. Teníamos mucho en común. Incluso en nuestra educación universitaria. Y ése era el problema.

—¿Eh?

Nick vuelve a mirarme a los ojos.

—Justo después de graduarnos, no pensábamos crear nuestra propia empresa. Los dos nos endeudamos, como por desgracia es tan habitual cuando estudias y vives en el campus. Y con los primeros diseños técnicos en bruto, de todos modos, ningún inversor nos habría concedido otro préstamo personal de inmediato.

—Por eso los dos empezaron a buscar trabajo para empezar como empleados. Querían reducir

sus deudas, hacerse solventes y reunir un capital inicial.

—Y eso es exactamente lo que nos hizo competidores —responde secamente, apretando los labios.

—¿Eh? —me pregunto—. ¿Era necesario?

Resopla desdeñosamente.

—Tendrás que preguntarle a Evan.

Descanso mi peso en la silla.

—¿Qué pasó?

—¿Recuerdas ese trabajo que realmente quería conseguir después de la universidad?

Sólo tengo que reflexionar un segundo.

—Como ingeniero junior para esa empresa en Silicon Valley. Creo que... diseñaban y fabricaban dispositivos para energías renovables.

—Sobre todo para generar energía a partir de la geotermia —confirma.

—Para ser sincera, me alegré de que no consiguieras el trabajo entonces porque eso significaba que te quedabas en Nueva York. Al fin y al cabo, San Francisco está al otro lado del país, incluso más lejos que Los Ángeles. Pero, por supuesto, también me di cuenta de lo mucho que te habría gustado tener el trabajo.

—Habría sido el comienzo perfecto para mi carrera, Samantha. Y con un objetivo mayor con el que se me identificara. Me hice ingeniero para hacer del mundo un lugar mejor. Las energías renovables hacen del mundo un lugar mejor. Son el futuro.

—Y al mismo tiempo, hoy en día se gana mucho dinero —comento.

—Sí, hay que reconocer que eso también.

Me invade un pensamiento inquietante.

—¡No me digas que no conseguiste este trabajo porque Evan lo consiguió!

—Me lo arrebató.

Miro a Nick interrogante.

—Al principio, el anuncio de trabajo de esta empresa ni siquiera estaba en su radar. Sólo cuando se dio cuenta de que yo quería solicitarlo probó suerte.

—Bueno... —murmuro, encogiéndome de hombros—. Pero eso es bastante obvio y su derecho, ¿no?

—¿De qué lado estás? —me acusa de repente.

Levanto las manos apaciguadoramente.

—¡Sólo digo!

—El caso es que, aunque pasé mucho más tiempo preparando la entrevista, Evan consiguió el trabajo. Se ganó al jefe de personal.

—Hm —digo.

—Si no, podría haber conseguido el trabajo. Porque llegué al segundo puesto. Así que me perdí el trabajo. Gracias a Evan. Eso es lo que parece.

—Pero... perdona que te lo diga, pero desde luego Evan no lo hizo para fastidiarte.

—¿Qué?

—Eso era una competencia. El mercado laboral libre. Y ganó.

—¡Dios mío! Para no haber conocido a Evan, realmente lo defiendes.

—¡Es cierto! —me defiendo—. También tenía que buscar trabajo. Y mientras no sobornara al director de RRHH ni nada, ganó limpiamente.

—No aceptó el trabajo, Samantha.

Me sobresalto.

—¿Perdón?

El enfado de mi hermano vuelve a estar escrito en su cara.

—Evan recibió una oferta aún mejor en Los Ángeles y rechazó el trabajo en Silicon Valley.

—¿De acuerdo? —Intento clasificar esta información inesperada—. ¿Pero no podrías haber ascendido entonces?

—Cuando me enteré, ya había buscado otro trabajo. Para no acabar en la calle.

Entiendo.

—Tu primer trabajo de ingeniería aquí en Nueva York.

—Sí. No me pagaban muy bien, los temas eran bastante aburridos y casi nadie conocía la empresa más allá de los límites de la ciudad. Pero conservé el trabajo. Porque soy leal. En completo contraste con Evan.

—Además, quién sabe si tú habrías conseguido el trabajo en Silicon Valley en su lugar. La empresa podría haber publicado un nuevo anuncio de empleo.

—¿Quién sabe?

—Pero, Nick...

—¿Qué?

Casi me da miedo decirlo, pero es mi opinión.

—Rechazar una oferta de trabajo... ¿no era también un derecho de Evan?

—Jesucristo, Samantha, Evan realmente estás de su lado, ¿verdad?

—¡Oye, sólo intento ayudarte con tu rencor!

—No, lo estás defendiendo. Pero si ni siquiera lo conoces.

—Tú, en cambio, lo conocías bien —contraataco—. ¿Realmente puedes imaginar que tuviera malas intenciones?

Piensa un momento.

—No era malvado. Simplemente no le importaba. Eso es lo malo para mí.

Tengo que tragar.

—¿Lo entiendes? —añade con insistencia—. Puede que no haya hecho nada ilegal. Pero a nivel amistoso, estuvo totalmente fuera de lugar.

Asiento con recato.

—Sabía perfectamente que yo quería este trabajo. Sin embargo, lo solicitó. Y lo consiguió. Y luego no lo aceptó.

—Oh, Nick... —comento con tristeza y pongo mi mano sobre la suya en un gesto de cariño.

Respira hondo, con la mirada aún seria.

—Así que por eso se pelearon —pienso en voz alta—. Porque probablemente no se dio cuenta de por qué te dolía tanto.

Baja la cabeza.

—Pero ahora me doy cuenta.

Me mira de nuevo.

—Eso realmente no estuvo bien por parte de Evan. —*tengo que admitirlo*—. No hacia ti, su mejor amigo en ese momento.

Otro grito ahogado.

—Esperaba que éste fuera al menos el único incidente entre nosotros. Evan se fue a Los Ángeles y yo construí algo aquí en Nueva York. Y ese fue el final para mí.

—Y ahora tienes que descubrir que te ha robado el invento.

Sólo con sus expresiones faciales, Nick está de acuerdo conmigo.

—Por supuesto que van juntos —digo.

—Desgraciadamente, es así. Una vez más, no teme apuñalarme por la espalda para conseguir lo que quiere.

—¿Qué dijiste antes? ¿Tenía acceso a tus archivos entonces?

—En la residencia de estudiantes, sí. Y, como ya he dicho, hablábamos a menudo de mis ideas. Veía mis primeros borradores y me oía hablar de cómo quería realizarlo en la práctica. En otras palabras, qué material debía utilizar y demás.

—Para la más eficiente de todas las impresoras 3D —repito por si acaso.

—Sí. Un producto muy popular en estos tiempos.

Ahora soy yo quien respira hondo.

—De acuerdo. Le pediré a mi jefe que te represente en este asunto.

—¿De verdad? —Nick salta de su silla, corre hacia mí y me rodea con sus brazos, abrazándome a él—. ¡Gracias!

—Claro que sí —le respondo mientras vuelve a soltarme.

—Entonces espero que no sea malo que haya llamado antes a tu jefe.

—¿Perdón? ¡Nick!

—¿Qué? —responde, gesticulando con las manos—. Puedo ocuparme yo mismo de estas cosas,

ya lo sabes. Pero, por supuesto, también quería tu bendición.

—Pero sólo después, por tu conciencia, ¿o cómo debo entender eso?

—Samantha. Tú también sabes algo de derecho de patentes. Entonces deberías saber una cosa, y es que cada segunda cuenta.

—Está bien... —Suspiro—. Sí, está bien. Me parece bien de todos modos. Que así sea. De todas formas, ya le has dado el mandato a la señora McMillan. Me parece bien. Está claro que te han hecho daño. Así que vamos a asegurarnos de que se haga justicia.

—Y ese farsante de Evan Dumont recibirá su merecido —murmura Nick.

—Es una forma de decirlo, claro... ¡Oye, espera! —Se me corta la respiración, el corazón me late como loco—. ¿Qué acabas de decir?

Nick levanta las cejas.

—¿D-Dumont?

La atracción física puede ocultar un carácter corrupto.

- Lector Julia P.

Capítulo 15

~ *Samantha*

Ahora yo también me levanto de la silla, pero sólo para dar unos pasos atrás.

—Nick —digo con urgencia—. ¿Cómo acabas de decir que se apellida Evan?

—Dumont, ¿por qué?

Cada célula de mi cuerpo está agitada.

—Enséñame una foto.

—¿Qué?

—¡De Evan! —suplico con pánico.

—¿Qué está pasando, Samantha?

—¡Hazlo! —ordeno en voz alta.

—Lo puedes buscar en Internet —me dice, saca el móvil del bolsillo del pantalón y escribe algo. Luego me pone el teléfono móvil delante—. Toma.

¡No puede ser!

Esos atractivos ojos marrones.

La sonrisa encantadora.

Lo reconocería inmediatamente en cualquier sitio.

Así aparece también en una foto de prensa en un artículo del blog sobre la fundación de su empresa.

—Evan... —murmuro, jadeando por el pánico.

Nick frunce el ceño y aparta el móvil.

—Lo conoces —se da cuenta asombrado.

Con la respiración agitada, miro al suelo y retrocedo otro paso.

Es... él...

—¿De dónde?

¡Él más que nadie!

—¡De dónde, Samantha!

Abrumada, vuelvo a mirar a Nick, pero sigo sin poder emitir sonido alguno.

—¿Alguna vez te lo presenté? No lo recuerdo en absoluto.

Sacudo la cabeza precipitadamente.

—Pero...

—Estuvo en la gala.

Tiene que pensar un momento.

—¿En *Líderes en Tecnología*?

—Sí.

—¿Hace dos semanas?

—Sí, Nick.

—¿En Los Ángeles?

Suspiro.

—¡Sí!

—¿A la que fuiste conmigo?

—¿Hay otras galas de alta tecnología que se llamen así, o de qué van estas preguntas ahora?

Entonces responde en voz alta.

—¡Sólo estoy tratando de encontrar alguna pista que me diga que no es verdad!

—¿Que qué no es verdad? —pregunto.

—Ese Evan debería ser el que tú... —Nick hace una pausa y entrecierra los ojos—. Con quien tú... —Aprieta el puño—. ¡Mierda, ni siquiera puedo decirlo!

—¡No sabía quién era! —me defiendo.

—¿No tenías ni idea de con quién estabas compartiendo la cama?

—No uses ese lenguaje difuso, Nick. Me acosté con Evan, es lo que es.

Se pasea inquieto por la habitación y esta vez lo hace de verdad, se despeina.

—¡Maldita sea, Samantha!

—¡No lo sabía! —reitero—. Oye, te dije que era una cosa de una sola vez con un extraño. Una aventura. Algo excitante, algo mágico.

—¡Mágico! —repito indignado—. ¡Con él!

Respiro hondo, eso sin duda le vendría bien a mi hermano mayor en estos momentos.

—Nick. Sólo conocía su apellido y realmente no sabía que era tu Evan.

—No es mi Evan —sisea—. Pero obviamente es el tuyo.

—¡Ahora escúchame! —exijo en voz alta y le miro fervientemente a los ojos, que son tan verdes como los míos—. No fue intencionado, ¿sí? Todo no fue más que pura coincidencia.

—La coincidencia más loca de la que he oído hablar.

—Quizá —respondo, y de repente tengo que volver a pensar en una palabra muy concreta.

Destino.

—Pero estas cosas pasan —continúo, con la esperanza de calmar por fin un poco a Nick.

—Maldita sea, ¿cómo puedes estar tan tranquila al respecto?

—¡No estoy tan tranquila! Pero ya no puedo hacer nada. Es algo que aprendí de mi jefe. No puedes reescribir el pasado. Tienes que mirar hacia delante sin vacilar y preguntarte inmediatamente una cosa: ¿qué puedes hacer al respecto?

—¿Qué se supone que debo hacer con el hecho de que te acostaste con mi peor adversario?

—Nada de nada —respondo—. Eso es todo. Deberías olvidarlo. Y yo también lo haré.

Hace una pausa.

—¿Puedes olvidarlo?

—Bueno. —Me encojo de hombros insegura—. Tengo que hacerlo. ¿Verdad?

El escepticismo caracteriza su opinión.

—Escucha, de todas formas, no quería volver a verlo. Los Ángeles está demasiado lejos para mí ¿recuerdas?

—Samantha. Evan vive aquí.

Mi respiración se detiene un instante.

—¿Qué?

—Su nueva empresa. La fundó aquí en Nueva York.

Ensancha los ojos.

—¿Evan es neoyorquino?

—De momento, está en proceso de trasladar su vida aquí, sí. Claro que me llegan noticias así de la industria. ¡Ese imbécil no me deja en paz!

Mil pensamientos pasan por mi cabeza cuando oigo a Nick insultar así.

Así que mi desconocido Sr. Perfecto, con el que pasé la mejor noche de mi vida, es un antiguo amigo de la universidad de Nick.

Sin embargo, ya no vive en Los Ángeles y ahora ha vuelto a Nueva York. Así que no habríamos tenido una relación a distancia. Si él hubiera estado siquiera interesado en involucrarse en algo serio conmigo.

¡Y ahora me entero por mi hermano que Evan es un tipo muy malo!

En la gala y en la habitación del hotel, sin embargo, era cualquier cosa menos un mal tipo.

En cambio, me sentí increíblemente cómoda a su lado. No era más que encantador y divertido. Ingenioso y seguro de sí mismo, sí, cada segundo sentía como si me llevara en sus manos.

Pero fue precisamente este hombre quien robó el primer trabajo de Nick y después su invento sin pestañear...

Mi corazón sigue latiendo desenfrenadamente, pero por desgracia no de la manera hermosa. No puedo creer que me haya equivocado tanto con un hombre.

—¿Fue realmente una coincidencia? —Nick me saca de mis pensamientos.

Tengo que serenarme y parpadear varias veces.

—¿Hm?

—Tu encuentro. Ahora que lo pienso, ¿pareció un planeado?

—No —murmuro y lo miró fijamente, rememorando mis agridulces recuerdos—. Corrí a sus brazos. Literalmente. No puedo imaginar que lo planeara.

—¿Estás segura de eso? —pregunta.

—¿Cómo podría decir eso cien por ciento segura? —Se me humedecen los ojos—. ¡No puedo!

¿Era una mentira entre nosotros porque Evan sabía de quién era hermana?

—¿Te preguntó por mí? —Nick indaga más.

—No...

—¿Ni siquiera una vez?

—¡No! Quería saber mi nombre de pila y no parecía que ya lo supiera en secreto. Y no hablamos de ti. Ni un poco.

—¿No fui mencionado, ni por ti ni por él?

Sacudo la cabeza.

—Tu nombre no salió ni una sola vez. —Un escalofrío me recorre la espalda—. Por lo que...

—¿Qué? —quiere saber Nick tenso.

—Parecía importante que averiguara quién me acompañaba a la gala.

—Aparentemente Evan realmente quería saber algunas cosas sobre ti.

Niego con la cabeza.

—A pesar de que querías mantenerlo sin complicaciones.

—Pero... —Exhalo temblorosamente—. Pensé que era sólo porque estaba genuinamente interesado en mí...

Nick supera los centímetros que nos separan, apoya la frente en la mía y cierra los ojos.

—Puede que realmente fuera así. ¿De acuerdo? Tal vez lo fue.

—Sí...

—Lo siento. Mi disgusto no tiene por qué trasladarse a ti. —Rompe nuestro toque fraternal—. Eso no estaría bien.

—Estoy de tu parte —le aseguro—. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

Pero, al mismo tiempo, ¡podría aullar de lágrimas y decepción!

Evan Dumont.

Mi Sr. Perfecto por una noche, con quien pasé momentos increíblemente maravillosos.

Me dio nuevas esperanzas. Que hay un hombre de Nueva York por ahí que corresponde los latidos de mi corazón. Aparentemente, sin embargo, el Sr. Dumont es un bastardo hasta la médula.

Y encima, incluso los neoyorquinos...

Es demasiado para mi cabeza, ¡y para mi corazón de todos modos!

Como resultado, Nick ya no es el único de nuestra familia que tiene mucho que digerir. Ambos tenemos que dar las gracias a Evan por esta abrumadora circunstancia.

—Probablemente en realidad no se aprovechó de ti para sacarme ventaja —dice finalmente Nick—. Tal vez lo que me ha hecho hasta ahora al menos ha sido suficiente para él.

Todavía estoy al borde de las lágrimas.

—Oh, Nick...

—Pero el hecho es que pasaste la noche con él. Y eso, por supuesto, plantea una pregunta.

—¿Es esto un conflicto de intereses? —dice Kate McMillan, mi jefa y una de las abogadas más reconocidas de Nueva York.

Asiento con la mirada seria.

—Exactamente —confirma Nick.

Suspiro.

—Tengo que admitir que hablar de mi vida sexual con mi hermano y mi supervisora no es precisamente una de mis cosas favoritas... pero sí, esa es la pregunta que nos hicimos.

Se quita las gafas.

—¿Su noche con Evan Dumont fue espontánea y accidental, Sra. Robertson?

—Sí, por mi parte, sí, y creo que es mutuo.

—¿Lo crees o estás convencida? —pregunta.

—Lo último.

Sus ojos se entrecierran.

—¿Y no te preguntó por tu hermano?

—No.

—¿Estás segura?

—Créame, Sra. McMillan. Recuerdo aquella noche. No parecía que el Sr. Dumont supiera con quién estaba relacionada. Todo fue una coincidencia, derivada del hecho de que él y Nick están en la misma línea de trabajo. Es por eso por lo que estamos aquí en primer lugar.

—Pero el Sr. Dumont tiene su apellido —quiere dejar claro.

—Sí.

Levanta ligeramente la cabeza.

—Bueno, Robertson no es un nombre muy raro. Puede que no le haya dado importancia.

—Así es —dice Nick—. No puedo contar con cuántos otros Nick Robertson me han confundido. En Facebook, por ejemplo.

—Quizá deberías hacerte de una vez una foto de verdad como foto de perfil —sugiero.

Lo ignora.

—No.

—Básicamente, es irrelevante si el señor Dumont sabía quién era su hermano en aquel momento, señora Robertson —dice Kate McMillan volviendo al tema—. Lo que importa es una cosa: ¿hay sentimientos de por medio?

De nuevo parpadeo varias veces.

—¿Perdón?

—¿Se volvieron a ver después? —pregunta más específica—. ¿Hay una conexión más profunda entre usted y el Sr. Dumont?

—No...—Al decir esto, siento una puñalada en el corazón—. Por eso aún no sabe que soy pariente de Nick, al menos esa es mi suposición.

La Sra. McMillan, por su parte, sonrío satisfecha y vuelve a ponerse las gafas.

—Bien, entonces no veo ningún problema.

Nick y yo intercambiamos miradas.

—¿Entonces no hay conflicto de intereses y puede representarme en el asunto como estaba previsto? —le pregunta.

—Muy bien. No espero sorpresas desagradables como resultado del incidente.

Incidente.

Mientras tanto, la mejor noche de mi vida ha pasado a ser un incidente.

Pero ella tiene razón, supongo...

Así es como tengo que verlo a partir de ahora.

De lo contrario, me estoy torturando.

—¡Bien! —Nick respira aliviado y estrecha la mano de mi jefa—. Muchas gracias, señora McMillan. Estoy encantado de que acepte el caso.

Inmediatamente accede a estrecharle la mano.

—Con mucho gusto, Sr. Robertson. Después de todo lo que me ha contado y los documentos que me ha mostrado, nuestras posibilidades de ganar son más que buenas. Estos son mis casos favoritos. —Guiña un ojo.

Nick se ríe. Verlo tener esperanza en todo el caos emocional es tranquilizador.

—¿Cree que acabaremos en los tribunales? —le pregunta a continuación.

—Es muy posible que podamos llegar ya a un acuerdo extrajudicial, pero todo depende de la rapidez con que el Sr. Dumont y su abogado entren en razón. Estaría encantada de enviar la demanda hoy mismo. En derecho de patentes, cada segundo cuenta. Presionemos a la otra parte.

Nick me sonrío.

—¿Lo ves? Por eso los quería.

Sonrío insegura.

—Bueno, esto va a ser interesante —dice la Sra. McMillan.

—¿Qué quiere decir? pregunto.

—Usted dijo que el Sr. Dumont no tiene ni idea de quién es usted, Sra. Robertson. Bueno, eso cambiará pronto. A más tardar cuando visite nuestras oficinas en presencia de su abogado. El hecho de que no sólo se le demande, sino que además se haya acostado con una empleada del bufete, que además es la hermana del demandante, debería ser una sorpresa para él.

—¿Pero no es realmente un conflicto de intereses que podría estallarnos en la cara? —pregunto con preocupación.

—Lo sorprenderá, pero no lo despistará —dice.

Eso hace que Nick tenga una pregunta.

—¿Estás diciendo que habría sido aún mejor para nosotros si Evan sintiera algo por mi hermana?

—Posiblemente —responde ella—, pero si de todas formas no hay sentimientos de por medio, por ninguna de las partes, al menos para mí es más predecible. Por eso no me quejo.

Unos minutos más tarde, Nick se ha despedido de ella y lo acompaño hasta la salida. Nos detenemos frente al ascensor.

—¿Todo bien? —pregunta.

Sonrío de nuevo, insegura.

—En realidad debería preguntártelo a ti, que eres el perjudicado.

—Pero estamos aquí en tu lugar de trabajo y... —Toma aire y aparta la mirada un momento—. Acabo de darme cuenta de que debe haber sido un shock para ti descubrir quién es el hombre de la gala.

Intento sonreír de nuevo, pero esta vez no lo consigo.

—Todavía estoy un poco en shock, creo.

—Entonces, ¿estás completamente de acuerdo que le dé la representación del caso a tu bufete de abogados?

Dudo.

—Samantha —dice con urgencia—. ¿Ves esto? —Levanta un montón de papeles—. Este es el contrato. Aún no lo he firmado. Quiero que mi abogado lo revise una última vez. Sólo entonces todo será legalmente vinculante y tu jefa podrá empezar.

Asiento tímidamente.

—¿Entiendes?

—Sí.

—Todavía puedes objetar.

Me río de su comportamiento.

—Sólo se le llama *objeción* en un tribunal, Nick.

—Ya sabes lo que quiero decir. Todavía puedes decirme que no quieres esto y que me vaya a otro bufete.

—No. Estás demandando a Evan de todos modos, porque es justo y necesario. Y la Sra. McMillan es muy buena en lo que hace, de lo contrario no estaría trabajando aquí.

—¿Es eso un sí definitivo, hermanita?

Me obligo a sonreír de nuevo.

—Sí, estoy de acuerdo. Firma el contrato. Que envíen la demanda.

Asiente con una mirada decidida.

—Entonces está decidido.

La atracción física o está ahí desde el principio o nunca llega.

- Lector Christina M.

Capítulo 16

~ *Evan*

—¿Pero sabes qué era lo mejor de Harvard? —me pregunta con una sonrisa sensual y se inclina más hacia delante, acentuando el contorno de sus grandes pechos—. Las fiestas.

Asiento con recato.

—Déjate llevar y a ver qué te depara la noche.

De nuevo me limito a asentir.

—O con quién termines.

—Hm.

—Eso es exactamente lo mío.

—Ya veo.

Reconozco su mirada de acusación, al menos con cierta confusión y decepción. No me extraña.

Sentada frente a mí hay una rubia muy atractiva que luce su figura en un vestido rojo ceñido a la piel. Guapa, fiestera, dispuesta a todo y además estudió matemáticas en Harvard. Una combinación muy seductora. Una científica sexy, por así decirlo, que sin duda se pondría unas gafas de nerd si yo se lo pidiera. Llevamos hora y media sentados en este buen restaurante, mirándonos a los ojos y charlando. Yo la invité a esta cita. Yo. Después de que ella se tropezara conmigo en un club hace unos días.

¿Y qué hago yo?

En realidad, no la escucho y cuando lo hago, apenas reacciono a sus intentos de coquetear conmigo. Pero no hay nada que prefiera hacer. Al menos eso pensaba yo. A pesar de todo. Veo cómo mueve los labios, pero no puedo concentrarme en lo que dice. De alguna manera... me aburro.

—Las fiestas con espuma eran las mejores —continúa con voz sensual. Su dedo índice se desliza sobre su boca tentadoramente roja.

—Me encanta que me enjabonen.

Una bonita imagen mental.

Pero aparto los ojos de ella y los dejo vagar por el restaurante, deseando poder comprobar qué hora es sin parecer descortés.

¿Qué me pasa?

—¿Qué te gustaba hacer en la universidad? —pregunta volviendo a intentarlo.

Por necesidad, vuelvo a mirarla a los ojos e inhalo.

—¿Cuándo no estaba estudiando o de fiesta, quieres decir?

—Claro que lo digo en serio —responde y me pasa el dedo, que acababa de rozar sus labios, por

el antebrazo. Una sonrisa seductora—. Cuéntame algo, Evan.

—Bueno... —De alguna manera no me gusta cuando me llama por mi nombre de pila—. Más que nada iba al pub más cercano.

—¿A un bar?

—Sí.

Aparta las comisuras de los labios y abre los ojos.

—Oh, no tenías tanto dinero en ese momento, ¿verdad?

Inclino ligeramente la cabeza.

—¿Acaso importa?

—Un hombre tiene que ganar más que yo, si no, no me interesa.

—De acuerdo.

—Pero también recibe mucho a cambio.

Oh, vaya. La Sra. Robertson no hablaría tan crudamente. Ni en un millón de años. Y no me lo pondría tan fácil, ni se me ofrecería así.

¡Mierda, deja de pensar en ella!

¿Por qué crees que has invitado a esta rubia aquí?

¿Cómo se llamaba?

Piensa.

Julia.

Exactamente.

Recuérdalo.

Me aclaro la garganta.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

Su cara está llena de incredulidad.

—¿En serio, Evan?

—Lo siento. —Me froto los ojos—. Ha sido un largo día en la oficina.

—Ya veo. —De repente siento su delicado pie en mi pierna—. Seguro que hay algo que puedas hacer al respecto.

La miro a los ojos y bebo un sorbo de mi copa de vino tinto.

—No lo dudo —murmuro, con la esperanza de que desaparecer en mi dormitorio con ella me haga olvidar por fin las cosas.

—¿Voy yo primero? —pregunta y señala con la mirada en dirección al retrete.

—Vamos a mi casa —le digo—. Quiero que te quedes toda la noche.

Me mira con expectación.

Poco después, bajamos del taxi. Julia se engancha a mí y juntos paseamos hasta la entrada del rascacielos donde vivo... por ahora.

—A ver cómo vives —dice con una risita—. El armario en particular revela mucho sobre un hombre.

—Entonces tengo suerte, porque mi armario sigue intacto —le respondo con una sonrisa y la atraigo más hacia mí—. De lo único que no deberías sorprenderte es del resto de las habitaciones, porque pronto me mudaré.

—Oh, ¿te vas de Los Ángeles? —Me pasa burlonamente el dedo índice por los labios—. Así que debería darte una noche inolvidable.

Una noche inolvidable.

Como el otro día con...

—¿Señor Dumont? —Nos intercepta en la entrada un hombre que difícilmente puede tener más de veinte años. Lleva casco de ciclista y guantes acolchados sin dedos.

—¿Sí? —contesto con una desagradable premonición.

Saca del bolsillo un sobre marrón claro y me lo tiende.

—El envío se considera entregado.

Perplejo, cojo el sobre con la mano libre. Cuando vuelvo a mirar al mensajero, ya se está moviendo y simplemente nos deja allí parados.

Joder, se me dispara en la cabeza. ¿Qué haces?

—Uuhh, qué misterioso —dice Julia y se ríe.

Me separo de ella y abro el sobre, saco los papeles y los miro fijamente. Cuando leo el titular, se me corta la respiración. *¡Mierda!* Leo el resto de las líneas. *No puede ser verdad.*

—Tienes que irte ya —Le digo secamente a Julia y saco mi celular.

—¿Qué? —dice confundida y desconcertada—. Pero... ¡Evan! Estabas diciendo...

—¡Vete! —le digo mientras llamo a Bradley.

—¡Imbécil! —contesta enojada Julia mientras se calza los tacones y se marcha enfadada.

—Evan. —Bradley coge mi llamada—. Siempre me alegro cuando me llama mi cliente favorito, pero a estas horas no suele significar nada bueno.

—Me temo que en eso tienes razón —digo seriamente mientras entro en el edificio—. Tenemos que vernos a primera hora de la mañana.

—¿Vas a volver a Nueva York antes de lo previsto?

—No tengo otra opción. Me están demandando.

La atracción física se refleja en miradas anhelantes.

- Lector Maria G.

Capítulo 17

~ *Samantha*

Sé que no debería hacerlo, pero no puedo evitarlo. Me paso toda la hora del almuerzo sentada delante de la computadora, mirando las fotos de Evan en Internet. Todavía me cuesta creer que mi Sr. Perfecto de la gala sea el que le está haciendo la vida imposible a mi hermano.

Una parte de mí quería volver a verlo e incluso saber que estaba más cerca de Nueva York de lo que pensaba en un principio. Tengo estos sentimientos especialmente ahora, cuando veo todas esas fotos perfectas de él en las que parece adorable, pero las circunstancias no podían ser peores. Las posibilidades de que vuelva a verlo pronto son alarmantemente altas. Sin embargo, es porque nuestro bufete de abogados lo está demandando. Así que, a partir de ahora, somos enemigos. Especialmente Nick y él. Y está claro de qué lado estoy. Especialmente después de descubrir quién está equivocado. Evan. Cuanto antes lo acepte, mejor será para mí... y sin duda para mi hermano también. Incluso mi jefe está a favor de ello. *Si no hay sentimientos de por medio, el asunto es más predecible.* Esas fueron sus palabras.

Pero precisamente por eso me permití mirar fotos suyas. Por eso esperaba reconocer su crueldad con sólo mirar de nuevo sus ojos marrones. Su egoísmo. La maldad. La indiferencia. La arrogancia.

Pero no hay nada de eso.

Incluso en las fotos de Internet, su sonrisa encantadora y auténtica me conmueve y amenazo con perderme en mis maravillosos recuerdos de nuestra noche juntos.

Parece ser un muy buen actor...

Hm.

¿Lo llamo?

Como sé su nombre completo, también sé el número de teléfono de su empresa. Eso es porque también lo he buscado en internet.

¡Qué idea tan estúpida, Samantha!

¿Qué le digo?

¿Deja de molestar a mi hermano?

Ya no tenemos doce años.

Menos mal que ya no tengo tiempo para pensar en la gala ni se me ocurre ninguna tontería. Veo que Nick y Linda acaban de entrar en el piso donde se encuentra nuestra oficina. Son más que puntuales. No esperaba menos.

Vienen a propósito a mi lugar de trabajo.

—Hola —digo saludándolos con expresión preocupada y les doy un abrazo a los dos a mi vez.

—Hola —responde Linda en tono amistoso, pero se nota que ella también está tensa, por no hablar de mi hermano.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Se encoge de hombros y se frota los ojos.

—¿Cómo se supone que debo sentirme...?

Linda le coge la mano y lo mira a los ojos.

—Has dado un paso importante. Todo saldrá bien, cariño.

Él le sonríe esperanzado.

—Sí.

Para enfatizar sus palabras, lo abraza y le da un beso en los labios.

—Estoy contigo.

—Y eso significa mucho para mí. —Se gira hacia mí—. Eso va para ti también, por supuesto. Sonrío.

—Me alegro de que estés aquí, Linda.

Lo digo absolutamente en serio y no se refiere sólo a hoy o a la demanda.

Por aquel entonces, cuando Nick fue abandonado por su primer gran amor, Clarissa, tuve mucho miedo de que cayera en un agujero del que no pudiera salir tan fácil. Al fin y al cabo, estaba muy unido a ella y se dice que todo terminó de forma bastante abrupta. Cualquiera que pase por algo así corre el riesgo de desarrollar desconfianza hacia el amor.

Pero entonces conoció a Linda. Encontró una ardilla herida mientras hacía aeróbicos en Central Park, y así fue como acabó en su consulta veterinaria. Su buen corazón, unido a su entusiasmo por la tecnología, parece haberla impresionado. Mientras lo trataban, ella le pidió salir, y no al revés. Nick, por su parte, se mostró escéptico al principio y se negó. Recuerdo cómo me habló de Linda después. Le brillaban los ojos, lo que hacía aún más cuestionable su rechazo. Y por mucho que insistiera en que aún era demasiado pronto para involucrarse en una nueva relación, enseguida tuve la sensación de que ya no podía olvidar a Linda. Si no, ¿por qué tenía que pensar y hablar de ella tan a menudo?

Qué bien que los dos se encontraran después de todo. Como me han contado más de una vez, Linda no se rindió y estuvo pendiente de mi hermano corredor en Central Park una y otra vez. Un día volvieron a encontrarse y Linda volvió a invitarlo a salir. Una vez más, el idiota de mi hermano se negó, aunque esta vez con mucho más duda. Afortunadamente, esa misma mañana se presentó en su consulta para disculparse e invitarla a tomar un café. Al principio Linda no quiso más, porque sus dos rechazos, naturalmente, la decepcionaron. Entonces él le confesó que Clarissa lo había lastimado hace poco. Y cuando una manada de cachorros entró en la sala de tratamiento y se mostró reacia a ser vacunada, Nick ayudó a sujetar a los pequeños juguetones. Era bastante torpe e incluso uno de los cachorros acabó haciéndose pis encima de él. Eso hizo

reír a Linda. Y lo cariñoso que seguía siendo con los perritos no le dejó más remedio que salir con él.

El resto es historia.

Es la historia de amor más bonita que he oído en la vida real. Fueron los altibajos los que hicieron que su unión fuera tan maravillosa. Fue como si alguien les hubiera escrito un emocionante guion cinematográfico lleno de giros sorprendentes. Sí, estoy convencida de que por eso son inseparables desde entonces. Porque ahora saben exactamente lo que tienen en común y lo mucho que significan el uno para el otro.

Soy un poco más joven que Nick y aún no siento la presión del tiempo, pero en secreto espero que algún día me ocurra algo así. Un encuentro mágico con algunas sorpresas y desafíos que el hombre de mis sueños y yo no provoquemos, pero que sin embargo nos sucedan y nos unan para siempre. Piedras que la vida pone en nuestro camino y que superamos juntos.

Por supuesto, deben ser piedras que se puedan superar.

Porque las sorpresas que se han abierto ahora entre Evan y yo probablemente se describirían mejor como monolitos que pesan toneladas.

El Sr. Dumont también ha demostrado una cosa: Por muy inseparables que sean él y otra persona, puede traicionarte en el momento siguiente y dejarte tirado.

No, gracias.

¿Por qué vuelvo a pensar en él?

Sólo por la demanda, claro.

—... ¿verdad, Samantha?

Me sobresalto.

—¿Eh? —Miro a los dos con los ojos muy abiertos y me doy cuenta de que nuestra recepcionista Jenny está junto a ellos.

Linda sonríe insegura.

—¿Entramos?

¿En qué estabas pensando? Leí la cara de Nick.

—La Sra. McMillan está libre ahora —confirma Jenny.

—¡Oh! —digo—. Sí, claro. Vamos. Gracias, Jenny, yo me encargo.

Poco después, entro en el despacho de Kate McMillan, seguida por Nick y su amada.

—¿Señora McMillan? Me he tomado la libertad de traer a mi hermano a su despacho para la cita.

—Gracias, Sra. Robertson. —Se dirige hacia Nick y le estrecha la mano—. Sr. Robertson.

Le devuelve el apretón de manos antes de señalar a Linda.

—Sra. McMillan, ¿puedo presentársela? Ella es Linda Bell.

—Encantada de conocerla, Sra. Bell.

—El placer es mío.

—Buena suerte con la reunión —digo y quiero retirarme con una sonrisa.

—Oh, Sra. Robertson, quédese aquí.

—¿Está segura? —le pregunto a mi jefa. Nunca había asistido a esas reuniones preparatorias entre nuestros abogados. Sin embargo... este no es un caso ordinario para mí como cualquier otro.

—Sí, ¿por qué no? A menos que tengas algo urgente que hacer, no puede hacer daño. Nos hemos reunido para preparar la primera reunión con el señor Dumont y su abogado, Bradley Smith. En lo que a eso se refiere, puede aplicarse a usted lo mismo que a Linda Bell: tal vez nos resulte útil que también la hagamos partícipe de la estrategia. Sobre todo, porque supongo que su hermano se lo contaría todo después de todos modos.

Instintivamente, Nick y yo intercambiamos miradas que le indican lo acertado de su suposición.

—Además, no podemos descartar la posibilidad de que se celebre una vista judicial y que ambos sean llamados al estrado como testigos, la señora Robertson y la señora Bell —añade el abogado—. Por ejemplo, para corroborar con sus descripciones que Nick Robertson ha trabajado intensamente en el invento en los últimos años. También me gustaría prepararlos para ello.

—De acuerdo. —Cierro la puerta y me reúno con los demás en la mesa de reuniones más pequeña del despacho de la Sra. McMillan.

Inmediatamente se pone las gafas y comprueba sus documentos.

—Permítame ir directo al grano, Sr. Robertson.

Nick estira la espalda y agarra la mano de Linda.

—El hecho de que el Sr. Dumont haya presentado primero su solicitud de patente no prueba que sea también el autor de la invención. Al fin y al cabo, en nuestro país no se aplica el *principio del primero en presentar la solicitud, sino el del primero en inventar*. Dado que las innovaciones técnicas son a menudo reacciones a desarrollos sociales, puede ocurrir que dos ingenieros desarrollen el mismo concepto al mismo tiempo. Así que eso en sí no es nada inusual.

Mi hermano asiente en silencio.

—Eso juega a nuestro favor —prosigue—. A través de nuestra demanda, el Sr. Dumont está ahora obligado a demostrar su trabajo intelectual sobre el invento. Porque al final, sólo uno de los dos puede conseguir que se confirme la patente y que quede protegida contra las imitaciones. A la otra parte se le prohibirá entonces sacar al mercado una impresora 3D de este tipo. Pero eso probablemente ya lo sabe, de lo contrario no estaría aquí.

—Así es —confirma.

—Ahora me ha hecho saber que ambos inventos son sorprendentemente idénticos. Además, usted conoce al Sr. Dumont. Esto significa, por una parte, que tuvo acceso a sus documentos y, por otra, que usted le cree capaz de robar tales ideas.

Un escalofrío desagradable me recorre cuando dice este triste hecho con tanta sequedad.

—El Sr. Dumont debe demostrar, por tanto, que fue el primero en concebir la idea y que la desarrolló de forma independiente sin plagiarla —continúa la Sra. McMillan.

Nick respira esperanzado.

—Pero debemos tener cuidado —advierde la Sra. McMillan—. Porque la ley permite al Sr. Dumont hacer la misma acusación contra usted. Así que también tenemos la obligación de demostrar que usted es el inventor, señor Robertson. Esto no requiere una contrademanda, sino que surge automáticamente de nuestra demanda.

Asintiendo, confirma.

—Por eso quería saber si podía probar mi afirmación antes de aceptar el mandato.

—Así es, pero hay algo que aún no sabemos: qué documentos puede presentar el Sr. Dumont.

—Pero está mintiendo —dispara inmediatamente Nick—. No tenía derecho a solicitar la patente. Yo tenía la idea. Por el concepto básico, por los detalles iniciales, por el material...

—Pero el Sr. Dumont no le robó todo el diseño —señala la Sra. McMillan—. En el momento en que ustedes dos estuvieron en contacto, su invento estaba aún en la fase de esbozo básico.

—Sí. Hace unos años las impresoras 3D aún eran territorio desconocido y estaban en pañales. Tardé un tiempo en realizar mi invento con todos los detalles.

—¿Porque este tipo de diseños técnicos deben probarse con un prototipo? —pregunta.

—Esa es una de las razones, sí. Lleva algún tiempo convencer a los inversores y conseguir el dinero para el prototipo.

—En ese caso, el señor Dumont, o más bien su abogado, podría argumentar que se ocupó de los detalles finales, la ejecución y la financiación por su cuenta, sin su participación, señor Robertson.

—¿Supone eso alguna diferencia? —Se encoge de hombros.

La Sra. McMillan me mira.

—¿Qué diría a eso, Sra. Robertson?

—Bueno, no estudié Derecho, pero cuando pienso en nuestros casos anteriores... —Me aclaro la garganta y pienso un momento—. Si la otra parte... —Deliberadamente no menciono su nombre porque me resulta demasiado difícil—. Se da cuenta de que no conseguirá que se aplique la patente, al menos podría haber una disputa sobre patentes parciales.

—Correcto —comenta de acuerdo la Sra. McMillan.

La mirada de Nick oscila entre nosotros.

—¿Significa eso que tengo que preocuparme de que me revoquen el derecho a usar al menos parte de mi invento?

—Ése es el reto del *principio de ser el primero en inventar*, Sr. Robertson —dice, quitándose de nuevo las gafas—. Cualquiera de ustedes dos que proporcione la documentación más

convinciente y los argumentos más convincentes prevalecerá.

Suspirando, tengo que darle la razón.

—Aquí hemos sido testigos de muchas disputas legales sobre una patente, que finalmente ganó el solicitante financieramente más fuerte con el bufete de abogados más experimentado. Si fue siempre el que hizo primero la invención sigue siendo una cuestión abierta.

—¿Y de qué lado está? —quiere saber Nick de ella—. ¿Del lado del ganador? ¿Del mentiroso? ¿De los dos a la vez?

—Depende, Sr. Robertson —dice con una sonrisa confiada.

—¿De qué? —pregunta Linda.

—Del cliente respectivo y, por supuesto, a su oponente.

Nick tiene que tragar.

—Como he dicho, acepté su caso porque ha documentado bien su invento y las perspectivas de una victoria, sea en los tribunales o no, son buenas —aclara una vez más.

Asiente con la cabeza.

—Pero debe ser consciente de una cosa —continúa—. Aún no sabemos qué contrapruebas aportará el señor Dumont.

—Sí, lo sé. Me lo dijo antes de firmar el contrato, pero, de todos modos, no tengo más remedio que afrontar la disputa legal con Evan. Solicitó su patente antes que yo, aunque nunca debería haberlo hecho. —Suelta la mano de Linda, se levanta y se tambalea hacia la ventana—. ¡Cómo se atreve siquiera a molestar con las impresoras 3D!

¿Pero no es ese también el derecho de Evan?, pienso de nuevo, automáticamente.

Jesús, ¿por qué estoy defendiéndolo mentalmente otra vez?

¡Nick lo interpretaría como que lo he vuelto a apuñalar por la espalda!

Realmente no tengo remedio.

Por fin tengo que despedirme de la imagen que tenía de Evan Dumont como mi Sr. Perfecto.

De una vez por todas.

—Revisaremos sus documentos tranquilamente —dice la Sra. McMillan, mirando a Nick.

Sigue deambulando molesto por la oficina.

—Qué bruto...

—Sr. Robertson —dice intentando tranquilizarlo.

Yo también lo miro preocupada.

—Nick...

—¡Cómo se atreve! —ruge furioso.

Linda se levanta de un salto, corre hacia él y lo coge en brazos.

—Oye. —Le acaricia la cabeza con ternura—. Podemos hacerlo, ¿verdad? Vamos a ganar. La justicia y la verdad prevalecerán. Lo lograremos.

—Está bien —murmura en su blusa.

Es increíble lo bien que lo trata. Una vez más me doy cuenta de la bendición que es Linda para Nick. No podría haberle pasado nada mejor.

Una vez más, siento el anhelo de encontrar algún día a alguien así para mí.

—Bien —dice la Sra. McMillan y, con la expresión de su cara, pide a Nick que vuelva a sentarse—. Entonces muéstreme sus documentos, Sr. Robertson. Cualquier cosa que demuestre que lleva muchos años trabajando en el invento.

Instintivamente, Nick me mira.

No tengo más remedio que sonreír con seguridad y no dejar que se note mi caos emocional. Mi hermano ya tiene bastante con sus propios sentimientos.

—Como dijo Linda, sigamos adelante.

Pero en secreto, una amarga constatación sigue dominando mis pensamientos: Sr. Evan Dumont...

¿Cómo pude equivocarme tanto con él?

La atracción física no es lo único que importa.

- Lector Frauke B.

Capítulo 18

~ *Evan*

Unas horas más tarde, un taxi me lleva del aeropuerto a mi condominio de Nueva York. Como no tengo tiempo que perder, cojo mi celular en cuanto me siento en el taxi amarillo brillante. Tengo que discutir nuestra táctica con Bradley, mi abogado, pero antes de hacerlo, llamo a otra persona. Porque mi esperanza de que todo esto no sea más que una broma de mal gusto aún no ha muerto del todo.

Alguien contesta.

—¿Sí?

—Nick —digo.

Silencio.

—Veo que has reconocido mi voz enseguida.

—Y me doy cuenta de que realmente tienes la audacia de llamarme, Evan.

—Aparentemente necesito darte una pequeña lección de lo que significa audacia. Porque tu ridícula queja difícilmente puede ser superada en impertinencia.

—Mejor dejar que nuestros abogados lo resuelvan.

—¡Maldita sea, Nick!

Respira hondo.

—¿Qué quieres, Evan?

Abro la boca para replicar, pero Nick vuelve a hablar.

—¡Después de todo este tiempo, maldita sea, y después de esta acción de mierda! ¿Qué más quieres de mí?

—Quería oírlo directamente de ti —respondo con voz insistente—. Así que me estás acusando en serio.

—Has leído la declaración de la demanda, ¿no?

—Nick. No tiene por qué ser así.

—¡No me vengas con esas! —replica enfadado.

Ahora soy yo quien respira hondo y mira por la ventana, negando con la cabeza.

—Me gustaría solucionarlo de otra manera, pero no así.

Se ríe sarcásticamente.

—¡Como si me hubieras dado a elegir! ¿O es que has venido a mí para arreglar las cosas *de otra manera*? No, no viniste.

—Pero...

—¡No, Evan! —me interrumpe enfadado—. La demanda ha sido presentada. Tenía que hacerlo.

Así que, por favor. Deja que nuestros abogados lo resuelvan.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le pregunto.

—Deberías haberte preguntado eso a ti mismo.

Entonces guardo silencio.

—La justicia prevalecerá, Evan.

Frunzo el ceño.

—¿Qué se supone que significa esa mierda ahora?

—¿Lo ves? Sabía que no podías con la justicia. Eso es triste.

Inhala. Exhala.

—Te veré con nuestros abogados, Nick.

—Sí, así será. —Cuelga.

Sí.

Obviamente, así será.

La atracción física puede arruinarse con palabras o acciones equivocadas.

- Lector Berit H.

Capítulo 19

~ *Samantha*

Un manojo de nervios. Esa es la mejor manera de describir mi estado. Soy un manojo de nervios desde que me he levantado esta mañana. Incluso ahora que estoy sentada en la mesa de mi oficina, ¡siento que me voy a caer de la silla inconsciente de la emoción en cualquier momento! El corazón me late como loco contra el pecho, me tiemblan los dedos, no puedo concentrarme en nada y no dejo de mirar nerviosa hacia el ascensor, que al menos puedo ver un poco desde la oficina traslúcida.

Cada segundo.

Pasa por la puerta del ascensor cada segundo.

Junto con su abogado.

Evan y este Bradley Smith están a punto de reunirse con la Sra. McMillan y Nick en la sala de conferencias. Para la primera reunión. Para negociar. Para amenazar. Para explorar sus opciones y límites. Para escalar. ¡Dios, sí, por desgracia sé que está a punto de ponerse intenso! Y el hecho de tener que lidiar con mirar a Evan a los ojos debería ser el menor de mis problemas.

En realidad.

Nick y mi jefa ya están en su despacho, consultando por última vez para... ¡oh, mi hermano viene hacia mí ahora mismo!

Aprieto los labios.

—Es casi la hora, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo estás?

Sonríe con recato, al menos por un breve instante.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo, por eso estoy aquí.

—No tienes que preocuparte por mí —le digo, recogéndome el pelo detrás de la oreja—. Como dije, lo mío con Evan fue una coincidencia sin sentido y muy desafortunada. Concéntrate en ti y en la situación.

—Gracias por dejarme usar a tu jefa. Siento que estoy en buenas manos con ella.

—Esa es la mitad de la batalla —respondo y también me obligo a sonreír.

—Esperemos que sí. Bueno, iré a verla otra vez.

—Buena suerte con tu cita.

Asiente con la cabeza.

—Hasta luego.

En cuanto desaparece de mi vista, intento concentrarme de nuevo en mi trabajo. ¡En vano!

Así que me levanto y decido ir a la pequeña cocina. La cafeína es lo último que debería consumir ahora mismo, pero un breve paseo por el pasillo evitará, con suerte, evitará que me vuelva completamente loca.

Sin embargo, cuando me acerco al ascensor, suena su señal y la puerta se abre de golpe. Inmediatamente me invade una sensación de inquietud.

¡Oh Dios, está aquí! ¡Y estoy justo delante de él mientras sale del ascensor!

Pero resulta que mi pánico fue una falsa alarma. Jenny es la que entra en el piso y vuelve a su asiento. Al parecer ha estado un piso más abajo con otros compañeros de nuestra empresa.

Tensa, le sonrío y continúo mi camino hacia la cocina.

Una vez allí, agarro un vaso del armario de la pared y lo lleno de agua del grifo. El hecho de que tenga agua mineral en mi mesa y de que haya un dispensador de agua en el pasillo es irrelevante. Mi objetivo era estirar las piernas. El ejercicio y el cambio de aires ayudan mucho. Ya me siento un poco mejor y bebo con alegría.

Bien, pienso. ¿Qué tal si para variar hago aquello por lo que me pagan, es decir, trabajar?

Con esto en mente, vuelvo a mi mesa y avanzo por el pasillo. Cuando vuelvo a pasar por delante de la recepción, sonrío de nuevo a Jenny. Abro la boca y estoy a punto de decirle algo informal, cuando no solo la llaman, sino que la puerta del ascensor vuelve a abrirse de golpe.

Instintivamente giro la cabeza en la dirección desde la que se oyó el ruido de señalización.

¡Y tanto! ¡Nada menos que Evan y su abogado entran en el piso!

En cuanto me doy cuenta, ya están delante de mí. Durante el primer segundo, Evan sigue mirando a su compañero y hablando con él. Sólo entonces me mira. Me quedo perpleja, como una zarigüeya sorprendida que ha olvidado cómo hacerse la muerte de miedo. Y la expresión abrumada de Evan también se dibuja en su rostro perfectamente dibujado. Y... Pura sorpresa.

—Sra. Robertson —murmura.

No te olvides de respirar, me digo.

—Señor Dumont —confirmo, reconociéndolo inmediatamente. *¿Qué otra cosa podía haber hecho?*

—Estás aquí —afirma.

Poco a poco, parece que por fin consigo serenarme.

—Y tú también.

Un segundo. Eso es lo que tarda en reconocer la conexión.

—Así que estás relacionada con Nick después de todo. —El pánico se dibuja en su rostro—. ¿Son ustedes dos...?

—Soy su hermana —lo interrumpo sintiendo la necesidad de aclarar por alguna razón—. Y trabajo aquí.

—¿Qué...? —dice desconcertado.

Bueno, el sentimiento es mutuo, Sr. Dumont.

—¿Hay algún problema? —quiere saber el abogado.

Evan sigue mirándome.

—No —le digo y me dirijo a su abogado—. El único problema es que su cliente le robó la idea a mi hermano.

—Así que usted es la Sra. Robertson —responde y me ofrece la mano—. Bradley Smith.

Al principio no quiero darle la mano, pero luego me doy cuenta de que el abogado no es el malo, sino su compinche.

—Hola —le digo con naturalidad y le doy la mano—. Robertson. Como usted dijo. —Hago un gesto en dirección a Jenny, aunque sigue al teléfono—. Puede firmar ahí. —Los dos caballeros lo saben, por supuesto, pero quiero dejar claro que no voy a hacer el registro por ellos.

El Sr. Smith asiente y se dirige al mostrador.

—¿Y tu nombre de pila? —pregunta Evan y me tiende también la mano.

¿En serio?, le preguntan mis ojos. ¿Sigue siendo importante ahora?

Aunque... si ahora sabe que soy la hermana de Nick y que solían ser cercanos puede que en algún momento Nick me haya mencionado...

—Samantha —se responde y vuelve a apartar la mano. Levanta ligeramente la cabeza—. Al menos ahora por fin sé tu nombre y dónde puedo encontrarte.

Arrugo la frente.

—Eso casi suena como una amenaza.

—No seas tonta —replica secamente y deja que su mano desaparezca en el bolsillo del pantalón de su traje—. Se trataba de nosotros... —Se sienta pensativo.

—Una desafortunada coincidencia.

Exhala audiblemente cuando me oye decir eso. Al momento siguiente se acerca un paso y me deja oler su loción, que desgraciadamente me recuerda a nuestra noche juntos. Me vienen imágenes a la cabeza. Imágenes de él, sudoroso, encima de mí.

—¿De verdad lo ves así? —quiere saber con voz casi sensual—. ¿Eso es todo lo que había entre nosotros?

Sacudo la cabeza e intento ocultar lo mucho que me está molestando.

—¿De qué otra forma podría pensar en eso? Tú sabes mejor que nadie lo que le has hecho a mi hermano.

Evan aprieta los labios, pero no me responde nada.

—Ya veo —digo decepcionada—. Sigues sin ser consciente de ninguna culpa. Ni siquiera la demanda ha cambiado eso. Es una pena, habría pensado que tenías más decencia.

—Perdona, pero ¿quién dejó tirado a quién?

¿Perdón? ¿Está hablando de nosotros ahora?

—Si te refieres a *mí*... sabías desde el principio a lo que nos llevaría esto —me definiendo.

—Quizá, pero ¿cuánta decencia hay en irse sin despedirse?

—Lo dejé sin complicaciones ¡y estabas de acuerdo!

Parece serio y se toma uno o dos segundos.

—No tienes ni idea, ¿sí? —Y eso parece devolverlo al otro tema. Esta vez niega con la cabeza—. No sabes de qué va esto.

—¡Oh, sí, lo sé! ¡Nick me lo contó todo!

—¿Todo? —repite con insistencia.

—Todo lo que necesito saber.

Desvía la mirada con rabia y vuelve a exhalar, y lo odio por lo sensual que suena cuando lo hace. Luego vuelve a mirarme.

—No tengo nada que reprocharme.

—No te arrepientes —le corrijo en tono cortante—. Hay una diferencia.

—No, en ese caso realmente se reduce a lo mismo, Samantha.

Por favor. No digas mi nombre. No lo soporto.

—Pero de todas formas puedo decir lo que quiera, ¿no? —añade, clavándome la mirada—. Ya me has juzgado.

Intento con todas mis fuerzas que no se note lo mucho que me molesta su presencia y todo lo que es.

—Así es.

—¿Evan? —lo llama su abogado—. Podemos entrar en la reunión ahora.

—Bien —responde Evan secamente, sin dejar de mirarme a los ojos—. De todas formas, no hay nada más que hablar aquí.

Con estas palabras, me deja allí de pie. Él y su abogado siguen a Jenny a la sala de conferencias, donde la Sra. McMillan y Nick ya la están esperando.

¿Y yo?

Permanezco de pie en el pasillo, con las piernas temblorosas, la respiración acelerada, al borde de las lágrimas.

¿Qué... demonios... fue eso?

No queda nada del hombre al que me entregué.

¡Peor aún!

Parece como si nunca hubiera existido.

La atracción física te hace traicionar a los que amas.

- Lector Antje K.

Capítulo 20

~ *Samantha*

—¿Estás bien? —me pregunta Jenny.

—¿Por qué?

—Es la tercera vez que vas a la cocina en una hora. No es que no te esté permitido, pero nunca te había visto hacerlo.

Me pilla desprevenida y hago una mueca.

—Hoy no estoy del todo concentrada y necesito estirar las piernas.

—¿Puedo ayudarte con lo que te preocupa? —ofrece.

—Me temo que no.

—¿Qué pasa, Samantha?

Suspiro.

—Esto... es complicado...

—Oye, estarás bien —dice intentando tranquilizarme—. Todos tenemos días así.

¿Tan loco como mi día de hoy? No creo que todo el mundo haya experimentado el tipo de locura por la que estoy pasando ahora mismo, pero por supuesto es dulce de su parte decirlo.

Jenny se lo piensa.

—¿Qué tal si vamos a tomar algo juntas esta noche?

—Oh, no sé si estoy de humor para eso....

—Precisamente por eso lo sugiero. Tal vez te haría bien salir con una amiga. Así te pondrás de buen humor.

Sigo dudando.

—Insisto. —Sonríe.

—De acuerdo. Sí, ¿sabes qué? Tienes razón. Me encantaría.

—¡Muy bien! —responde satisfecha—. ¿Dónde iremos después?

Respiro y estoy a punto de responder cuando la puerta de la sala de conferencias se abre de golpe y mi hermano sale enfadado, caminando hacia mí con expresión furiosa.

Oh-oh...

Respira rápido, su pulso parece elevado y su cara tiene más color que antes.

—Sinceramente... —refunfuña mientras camina hacia mí—. La forma en que estuviste con ese tipo... —Pero entonces se detiene y se da cuenta de que no estoy sola.

¡Afortunadamente!

Jenny es un amor, pero no necesito que Nick suelte que me acosté con el acusado de la otra parte. Respira hondo, pero eso no amortigua su ira.

—¡No puedo creer lo que se permite hacer!

—Al parecer no fue bien —comento.

—Decirlo así sería el eufemismo del día —refunfuña.

Tengo una mala idea de lo que significa, pero quiero estar segura.

—¿Qué significa?

—Bueno, ¿me pregunto qué? No habrá acuerdo extrajudicial. Evan ni siquiera piensa ceder.

—Entonces su disputa irá a los tribunales.

—No me deja otra opción.

—Eso no suena bien —dice Jenny.

Nick se vuelve hacia ella y le dice algo.

Pero no puedo prestar más atención a eso, porque en ese momento Evan sale de la sala de conferencias con su abogado. Otro escalofrío recorre mi espalda, que es cualquier cosa menos agradable. Atraviesa el pasillo con rostro severo. Primero mira a Nick, pero de pronto su fría mirada se posa en mí y me estremezco ligeramente. Mantiene el contacto visual, pero sigue dirigiéndose al ascensor. Finalmente, me quita los ojos de encima, pulsa el botón e intercambia unas palabras de aspecto serio con Bradley Smith. La puerta del ascensor se abre, ambos entran y se dan la vuelta. Evan y yo nos miramos a los ojos por última vez. Sin palabras. Serios. Decididos. Decepcionados.

¿Qué derecho tendría a dar a los decepcionados? ¡Increíble!

Con los labios ligeramente comprimidos, baja un poco la cabeza, luego la puerta vuelve a cerrarse y desaparece de mi vista.

Sí, ahora me he dado cuenta.

Así que esta es su verdadera cara.

No quiero olvidarla nunca más.

—Está muy bien —dice Jenny cuando le cuento más cosas sobre la demanda, todo lo que una persona ajena a la empresa puede saber.

Apenada, asiento con la cabeza y miro fijamente mi bebida. Como si fuera una protesta silenciosa, pido un vodka tonic, la bebida que no tomé en la gala por culpa de Evan, que tuvo la desfachatez de enseñarme una bebida mucho mejor. El Gimlet. Al diablo con él y su sentido del gusto.

—¿Así que el tal Evan sigue insistiendo en que inventó él solo esta impresora 3D mejorada?

—Sí, eso me dijo mi hermano antes, después de la conferencia.

Jenny suspira y da un sorbo a su Martini.

—Y eso plantea una pregunta en particular —digo.

—¿Cuál?

—Lo que tiene a su favor.

Ella asiente.

—Evan no se confiaría tanto y provocaría una vista judicial si no estuviera seguro de poder probar su demanda.

—Su mentira —aclaro—, pero sí, esa es exactamente la pregunta. ¿Cuál de sus supuestos documentos pretende admitir como prueba?

—¿Crees que falsificó su documentación?

Me encojo de hombros.

—Ni idea. Steve está intentando averiguar más.

—Bueno, por eso lo tenemos como investigador.

—Pero es dudoso que Steve llegue muy lejos con sus averiguaciones —le respondo—. Evan debe estar bien preparado. Seguro que sus documentos están bien encriptados o sellados, según el medio.

—¿Lo conoces?

Parpadeo nerviosa y me doy cuenta de que me está dando calor.

—¿Qué? ¿Por qué... lo dices?

—Bueno, porque era muy amigo de tu hermano.

—Ya veo —digo aliviada, porque temía que Jenny se diera cuenta de que me había acostado con Evan. Estoy barajando la idea de contárselo en algún momento, pero de momento lo más importante es que nadie, absolutamente nadie, se dé cuenta de mi caos emocional. Después de todo, puede que pronto tenga que declarar ante un juez para contarles que Nick lleva años trabajando en sus diseños. Es increíblemente importante que parezca creíble y ...

¡Dios mío!

Sobresaltada, me tapo la boca con la mano.

Se me acaba de ocurrir una idea aterradora.

¿Y si Evan le contó a su abogado lo que pasó entre nosotros?

¡Entonces este Bradley Smith podría destrozarme en el estrado! Podría hacerme preguntas específicas que me llevarían a querer vengarme de Evan. Porque supuestamente había esperado algo más que una noche con él y ahora estaba amargada.

¡No, por favor!

Aunque tal acusación sería mentira y, de todos modos, mi declaración no es la prueba más importante de todo el caso, sin duda sería desagradable.

—Em, Samantha...

—¡Sí! —exclamo, sobresaltada—. Lo siento, me he perdido en mis pensamientos. No quería

ofenderte. Podemos hablar de otra cosa si quieres.

—N-no, eso no es lo que quería decir, pero... —Ella señala hacia la entrada—. ¿No es ese el Evan del que estábamos hablando?

Abro los ojos.

—¿Qué? —Mis cejas se mueven hacia arriba—. ¿Está aquí?

—Sí, estoy bastante segura. Aunque ahora lleve otra cosa. Es el tipo que estaba antes en nuestra oficina y estaba peleando con tu hermano.

¡Vaya! ¡Otra desafortunada coincidencia que realmente no necesito en este momento!

Una parte de mí quiere darse la vuelta y mirar, pero en el último segundo me prohíbo ceder a ese instinto. Así que miro fijamente a Jenny.

—¿Y qué está haciendo?

—Él... —Traga saliva, luego levanta una comisura de los labios—. Él viene hacia acá.

—¿Hacia nosotras? —pregunto asustada.

¡Imposible, no! Seguro que sigue de largo.

Pero para mí alarma, Jenny levanta la cabeza y ya parece estar mirando a alguien.

—Perdona —dice con su profunda voz justo a mi lado, haciéndome estremecer—. ¿No te he visto antes?

Jenny aprieta un poco los labios.

—Hoy a la hora de almuerzo, para ser exactos.

—Así es —dice pensativo, pero creo oír también una risa reprimida en su tono.

—Ya me reconocías, ¿verdad? —Jenny también ve a través de él.

—Para ser sincero, sí. Sólo quería empezar la conversación. ¿Cómo podría olvidar una cara tan encantadora?

Por favor, pienso y pongo los ojos en blanco, por suerte él no lo ve.

Jenny, por su parte, sonríe.

—Soy Jenny. —Le estrecha la mano.

A mi lado, veo que la agarra y le da un beso en la mano a mi colega.

—Evan.

—Sí, lo sé —responde y vuelve a apartar la mano—. Eres nuestro nuevo enemigo.

—¿Enemigo? —repite—. Eso suena desagradable.

—Y sin embargo es verdad. Lo sé de buena fuente. —Su mirada gira hacia mí, luego de nuevo a él.

—¿Así que eso es lo que Samantha te dijo?

Lo comprendo. Hace tiempo que ha reconocido a quién tiene al lado.

—No lo dijo directamente con esas palabras, pero me habló mucho de ti, Evan.

—Entonces no parece que piense mucho en mí.

—Por cierto, te oigo —digo, pero mantengo la mirada fija únicamente en Jenny.

Da unos pasos hacia delante y entra en mi vista.

—Hola Samantha.

Lo miro nerviosa. A Evan, que está a un metro de mí y no parece tener problemas para mirarme a los ojos. Jenny tenía razón, ya no lleva un traje oscuro, sino una camiseta gris y jeans. Se le ha olvidado mencionar que la ropa informal le queda igual de bien y que podría tirarme a su cuello ahora mismo.

—Evan —le digo con naturalidad.

—La forma en que dices mi nombre... me pone la piel de gallina.

¿Qué significa eso?

Luego, su atención se centra en mi bebida. Un vodka tonic. O, en otras palabras: no un gimlet. Luego vuelve a levantar los ojos hacia los míos.

—¿Hay algo más que podamos hacer para ayudarte? —pregunto impaciente, no, molesta.

Sus ojos se entrecierran.

—En realidad, sí.

Resoplo con ironía.

—¿En serio te atreves a exigir algo?

—No he exigido nada.

—Si quieres hablar hipócritamente de una petición, apenas hay diferencia.

—Tú preguntaste —replica.

—Para pedirte educadamente que te vayas.

Me doy cuenta de que Jenny nos mira por turnos y sigue nuestro intercambio de palabras como hechizada.

—Así que en cuanto me hagas una petición, no pasa nada, pero si es al revés, ¿no?

—Después de todo lo que has hecho, no estás en condiciones de hacer una petición —siseo.

—¿Sí? —La mirada de sus ojos marrones vuelve a cautivarme—. ¿Qué he hecho?

Miro a Jenny y sacudo la cabeza. *¡Imposible, este tipo!*

—Ejem... —dice ella—. Samantha, ¿te gustaría acompañarme al baño?

Con mucho gusto, responderé rápidamente y me levantaré.

—O puedes irte sin ella. —Evan se me adelanta y la mira enérgicamente a los ojos—. Y déjame hablar con ella a solas un momento.

—¿Qué? —digo indignada.

—Por favor —me dice con fervor, primero a mí y luego a Jenny.

—¡No! —casi siseo. Luego la miro.

Se encoge de hombros impotente.

¿Qué intentas decirme?, le pregunto con la mirada.

—Quizá... no sea mala idea —murmura.

—¿Eh? —sale de mis labios—. Pero... ¡Jenny!

—Samantha. Aparentemente hay algo que resolver entre ustedes.

Abro la boca y quiero contestar algo.

—Algo que no tiene nada que ver con la demanda, ¿puede ser?

Oh, mierda. Se ha dado cuenta.

¿Cómo me traicioné a mí misma?

¿O Evan?

¿Él y yo?

La miro, perpleja.

Eso parece ser suficiente aprobación para ella, porque al instante siguiente se levanta y se va. Sin embargo, inmediatamente amonesta a Evan con una expresión severa y moviendo el dedo índice.

—Pórtate bien con ella, o habrá problemas.

Levanta las manos a la defensiva.

—Me quedaré cerca —añade con naturalidad mientras se marcha.

—Pero... —me limito a decir y la miro.

Acláralo, si no te arrepentirás, leo en su expresión, luego desaparece al doblar la esquina.

Cuando me vuelvo hacia Evan, me doy cuenta de que ya está sentado en la silla frente a la que estaba Jenny.

Lo miro con desconfianza.

—¿Qué estás haciendo aquí de todos modos? —pregunto.

—Celebrar.

—¿Solo?

—Bradley también está aquí. —Hace un gesto despreocupado hacia la barra—. El pobre todavía está en la fila para nuestras primeras bebidas.

—¿Y qué tienes que celebrar con tu abogado? —pregunto, seguido inmediatamente de un mal presentimiento: podría tener algo que ver con la demanda.

—Por la expresión de tu cara, creo que tú misma ya has respondido a esa pregunta: Hemos dado un gran paso adelante en nuestra búsqueda de pruebas.

Mierda, ¿Evan puede ver mi inseguridad? ¡Pero no quiero eso!

—Lo que sea.

—En realidad, tu siguiente pregunta debería ser: ¿A qué gran paso te refieres?

—¿Para eso has venido a la mesa? —quiero saber en su lugar—. ¿Para restregarme algo?

—No —responde con sobriedad y se echa hacia atrás—. ¿Por qué iba a hacerlo? Después de todo, no eres mi... ¿Cómo me acabas de llamar? enemigo.

Yo no dije eso, Jenny lo hizo, yo podría devolver el fuego ahora. Pero, en primer lugar, estaría apuñalándola por la espalda y en segundo lugar, ella sólo estaba tratando de protegerme. De él.

—Lo sé —continúa—. No fuiste tú quien usó esa mala palabra, sino tu colega.

Por el amor de Dios, ¿puede leer mi mente ahora?

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunto—. ¿A quién te acercaste, a Jenny o a mí?

Inclina ligeramente la cabeza.

—¿Qué te parece?

—No lo sé. —Intento con todas mis fuerzas aparentar calma—. Sólo la halagaste mucho.

Una sonrisa seductora aparece en sus labios.

—¿Celosa?

Me río en señal de negación.

—Desde luego que no.

—Lástima.

¿Cómo?

De repente vuelve a ponerse serio.

—No te ofendas, pero Jenny no me interesa.

—Entonces, ¿en de qué iba todo eso?

Realmente estás celosa, podría significar su sonrisa.

—Tenía que entablar conversación contigo de alguna manera si íbamos a encontrarnos en el mismo bar.

De repente no sé qué decir a eso.

Capto por un momento los ojos de Evan en mi boca.

—Casi se diría... —continúa—. Que estamos destinados a encontrarnos una y otra vez.

Destino...

¿Cómo?

No.

¡No!

Él es el Enemigo.

No lo olvides, Samantha. ¡Ni por un segundo!

—Te lo voy a preguntar por última vez —le amonesto—. ¿Qué quieres?

—Enseñarte algo.

Dudo.

—¿Qué?

—No puedo revelártelo aquí. Tendrías que salir conmigo para eso.

—Sí, claro —digo con incredulidad—. ¡Vamos, por favor! Nunca he oído una frase para ligar más estúpida.

Ahora vuelve a sentarse erguido.

—Pero ahora tu imaginación se está escapando contigo.

Lo miro, perplejo.

—Se trata de un vídeo.

¿Hm?

La atracción física también se produce en la mente.

- Lector Maiké A.

Capítulo 21

~ *Samantha*

¿Se trata de un vídeo? ¿De qué se trata?

Evan se mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca el celular y lo coloca sobre la mesa.

—Pero aquí hay demasiado ruido para escucharlo.

Sigo guardando silencio y no sé qué pensar de eso.

Una sonrisa sensual vuelve a jugar alrededor de su boca perfecta.

—¿Qué pasa ahora? En cualquier momento nos van a interrumpir Jenny o Bradley. Así que, ¿quieres verlo o no?

¡Oh Dios, creo que va muy en serio!

—¿De qué trata el vídeo?

—No, Samantha.

—¿Qué?

—Échale un vistazo. Afuera. Luego hablaremos más.

Cruzo los brazos como si quisiera crear un escudo protector para alejarme de él y de sus inquietantes palabras.

—Y te aconsejo encarecidamente que lo hagas.

¿Para qué?

—Para que lo veas. —Parece que vuelve a leerme el pensamiento—. Por el bien de tu hermano.

¡Oh, Dios mío! Eso es malo.

¿Cómo puedo decir que no a eso?

Ahora quiero saber.

Tengo que hacerlo.

Sin mediar palabra, me levanto y me dirijo a la salida. Confío en que Evan también se levante inmediatamente y me siga. Me abro paso entre la multitud y salgo del lugar. El aire fresco del atardecer me golpea y respiro aliviada, al igual que el ruido que se desvanece.

Antes de que la puerta pueda cerrarse tras de mí, Evan vuelve a empujarla para abrirla. Sin tener que hablarlo antes, damos unos pasos uno al lado del otro para que haya un poco más de silencio a nuestro alrededor.

—¿Y? —pregunto. Al momento, me balanceo ligeramente hacia delante y hacia atrás, frotándome los brazos. Hace bastante frío aquí fuera.

—¿Tienes frío?

—No traje una chaqueta conmigo.

Vuelve a sonreír divertido.

—Yo tampoco, pero no soy tan friolento como pareces ser tú.

—No esperaba quedarme fuera con cara de tonta, ¿sí?

—Si tuviera una chaqueta conmigo, te la daría ahora mismo —afirma con una voz sorprendentemente suave.

Por un segundo, se me ocurre que podría ser el Sr. Perfecto después de todo, pero entonces recapacito y recuerdo quién es en realidad.

—Enséñame el estúpido vídeo —le exijo, molesta.

Sonríe de manera sexy.

—Ah, sí. —Desbloquea su celular—. Sin duda te parecerá estúpido.

¿Perdón?

¿Podría tener razón?

Jesús, ¿qué clase de vídeo es ese?

Sin decir nada más, se acerca a mí. El olor masculino de su loción me llega de inmediato a la nariz y amenaza con distraerme, pero a pesar de lo tenso que me parece de repente Evan, me obligo a concentrarme. Gira el celular un poco más hacia mí. Veo un archivo de video en la pantalla. Pulsa el botón de reproducción.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que estoy viendo.

—Ese es Nick —murmuro—. Vaya, todavía se veía joven.

—Eso fue hace unos siete años, en nuestra habitación compartida de la residencia universitaria —confirma.

Asiento con la cabeza.

—Y estás filmando. Reconozco tu voz. —*La reconocería en cualquier parte desde nuestro primer encuentro en Los Ángeles.*

Emocionada, sigo viendo la grabación. Nick y Evan mantienen una animada conversación, tonteando entre medias, pero enseguida me doy cuenta de que en realidad debería tratarse de un tema serio.

—¿Por qué estás grabando? —pregunta Nick, de 24 años, en el vídeo.

—Grabar para la eternidad lo que acabamos de decidir. —Se oye responder a un Evan que graba.

—¡Para la eternidad! —grita Nick en la grabación, seguido de carcajadas.

Levanto las cejas.

—Mi hermano parece borracho.

—Fácil, sí, pero aun así sabía lo que hacía y decía.

—Pero ¿a dónde quieres llegar exactamente con esta grabación? —pregunto.

Evan asiente y mira la pantalla.

—Sigue mirándola.

—Entonces —dice Evan, que también tenía 24 años entonces—. Nick.

Se ríe en el vídeo.

—¡Nick! —repite Evan con más fuerza—. Concéntrate, por favor. ¿Qué acabamos de acordar? Tú y yo.

—Que estamos a punto de ir al pub a celebrar los resultados de nuestros exámenes.

Evan se ríe en la película.

—Lo otro.

—¡Caramba, Evan, buen hombre! Pronto dejaremos atrás la vida estudiantil y viviremos en ciudades diferentes.

—Esa es otra razón por la que quiero aferrarme a lo que acordamos. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

Nick sonríe.

—Que gane el mejor.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Ya lo sabes —murmura Nick.

—Oye —lo amonesta Evan—. Por favor, amigo. Tenemos que aferrarnos a esto. Esto es importante, para los dos.

—¿Sí? —pregunta Nick.

—Sí. Dependiendo de cómo salgan las cosas, uno de nosotros puede necesitar algún día este vídeo como prueba de nuestro trato. Ese alguien podrías ser tú, Nick.

—Está bien... —dice Nick y suspira—. ¿De qué se trata?

—Sobre nuestro acuerdo. —Evan intenta retomar el hilo.

—Ah, sí. —Ahora mi hermano parece recordar—. Nuestra competencia. —Sonríe.

—¿Y en qué consiste nuestra competencia? —pregunta Evan en el video.

—De impresoras 3D.

—De una nueva generación de impresoras 3D —explica Evan.

Nick señala con su dedo índice al cámara, es decir, a Evan.

—¡Así es! A los dos se nos ocurrió la misma idea independientemente el uno del otro.

¿Qué?

—Y hemos decidido ver quién termina antes sus diseños —continúa, mirando directamente al objetivo.

¡Un momento!

¿Cómo?

¿De verdad mi hermano acaba de decir eso?

Así que... ¡hace siete años!

¡Delante de la cámara!

Sacudiendo la cabeza, expulso el aire.

—¿Quieres ver más? —me pregunta Evan.

Sin siquiera pensarlo, le pongo el dedo índice en los labios porque quiero que se calle. ¡Tengo que oír todas y cada una de las palabras!

—Quien primero termine su prototipo y consiga suficientes inversores a bordo registra su patente —dice Evan en el vídeo.

Para mi decepción, y absoluta confusión, veo que mi hermano mayor asiente como respuesta.

¡Esto no puede ser verdad! ¿Qué está pasando aquí?

Mientras tanto, siento el aliento de Evan en mi dedo.

—¿Ya has tenido bastante? —murmura contra mi dedo índice.

Sobresaltada, suelto el dedo de su boca y lo dejo caer. Evan detiene el vídeo.

—Pero... qué... —Intento organizar mis pensamientos.

—Tu hermano y yo tuvimos la misma idea al mismo tiempo —resume con naturalidad y deja que su celular vuelva a desaparecer en el bolsillo de sus pantalones.

—Y acordamos que quien fuera el primero en registrar la patente podría utilizarla.

—Sí, yo... escuché... —murmuro, abrumada, con la mirada perdida—. Pero... —Aumento la distancia con Evan y le miro—. ¿Cómo puede ser? Nick nunca dijo nada de eso. Se empeña en decir que lo engañaste con su invento. Eso sólo puede significar que uno de los dos está mintiendo. O mi hermano está engañando a todo el mundo o este vídeo es una falsificación descarada.

—No es falso, Samantha —responde mirándome a los ojos. En realidad, parece notablemente tranquilo cuando lo dice—. Pero Nick tampoco es un mentiroso.

—¿Eh?

—Simplemente no puede recordarlo.

Arrugo la frente.

—¿Su acuerdo?

—Y que yo tenía la misma idea que él.

El escepticismo caracteriza la expresión de mi rostro.

—Estamos hablando del trabajo de su vida. ¿Cómo pudo olvidar algo tan importante?

—Bueno. Por un lado, fui al pub con Nick poco después de la grabación y se emborrachó mucho. No tenía tan mala resaca a la mañana siguiente. Pero tal vez subestimé lo que el alcohol había hecho a su memoria a largo plazo.

—Eso podría explicar por qué no sabe nada más sobre este vídeo —digo.

—Sí. En cualquier caso, no había razón para que se lo recordara de nuevo. Pensé que aún lo sabía. Incluso subí el archivo de la película a nuestra nube compartida. Y después de eso, había terminado.

—Pero eso no explica cómo Nick pudo olvidar que estabas trabajando en el mismo invento en primer lugar.

—Sí, lo sé —admite—. Yo mismo me sorprendí mucho, concretamente cuando me entregaron la demanda. Justo el otro día. Siete años después.

Lo miro expectante. ¿Está diciendo la verdad? ¿Ahora, en este momento?

Evan se rasca la nuca pensativo.

—Quiero decir... ha pasado mucho tiempo desde entonces. Tiempo en el que no tuvimos contacto. Tiempo en el que Nick me mantuvo fuera de su vida y me sacó de su mente.

—¿Pero por qué? ¿Por qué fue así?

—Tiene que ver con Clarissa —dice.

—¿Que tuvieron una pelea? —*Oh no, eso fue por el trabajo que arrebataste en Silicon Valley, ¿verdad?*

—Que ni siquiera recuerda mis ideas para la impresora 3D —aclarar Evan.

Me planteo brevemente si esto pudiera ser cierto.

—Seguro que recuerdas el estado en que quedó tu hermano tras romper con Clarissa.

Asiento tímidamente.

—Ella fue su primer gran amor. La ruptura fue repentina. Lo dejó muy mal. Aunque se recuperó bastante rápido, si no recuerdo mal.

—Creo que Nick ha reprimido algunas de las cosas que sucedieron en el pasado. Y se ha alejado de ciertas personas, principalmente de mí. Como una especie de mecanismo de protección.

—¿En serio? —pregunto. *¿Así que el hecho de que se separaran no tiene nada que ver con el trabajo?*

Evan se encoge de hombros.

—Cada uno afronta la pérdida de forma diferente, pero es la única forma en que puedo explicar la demanda. Porque nuestro acuerdo, tal como lo filmé, nunca ha cambiado para mí.

Oh, Dios, Evan podría tener razón ...

—Nick es una de las personas más honestas que conozco —continúa—. Como he dicho, no creo que mienta deliberadamente, pero recuerda completamente mal lo que pasó entonces. Y este vídeo lo demuestra.

¡Ayuda!

De alguna manera...

Todo suena aterradoramente posible.

¡Pero eso es terrible! Porque eso significaría que Nick ha acusado falsamente a Evan. Como resultado, mi hermano perderá la disputa legal. Y con ella su oportunidad de una patente. Toda su esperanza. ¡El trabajo de su vida!

—Lo siento —dice Evan en voz baja cuando nota mi mirada y parece darse cuenta de mi caos

emocional.

—Evan —sale de mis labios—. ¿Por qué me enseñas el vídeo?

—Sencillo. Nick no hablará conmigo sin nuestros abogados. He estado intentando ponerme en contacto con él desde que encontré el vídeo en mi viejo disco duro. Sin ninguna posibilidad, pero tú, Samantha... puedes hablar con él.

—Y enseñarle el vídeo —comento empezando a entender lo que realmente quiere conseguir.

—¿Entiendes ahora por qué ha sido una afortunada coincidencia que nos hayamos reencontrado en el pub?

Lo miro interrogante.

—Ahora tienes la oportunidad de convencer a tu hermano de que retire la demanda.

—Podrías contactar con él a través de la Sra. McMillan —sugiero—. ¿Para qué me necesitas?

—Sí, podría —dice—. Pero no hasta el lunes como muy pronto y entonces por cauces oficiales, a través de mi abogado Bradley.

—¿Qué significa?

Evan me mira seriamente.

—Que sus inversores también podrían enterarse. Seguro que prefieren enterarse de esta noticia tan delicada por él personalmente, si es necesario.

—Pero...

—No voy a retroceder, Samantha. Nick perdió la competencia. Yo presenté mi patente primero.

—Sólo unos días antes de lo que quería hacerlo —respondo desesperada.

—No hay ninguna diferencia. Una victoria es una victoria. Lucharé por lo que es mío por derecho.

—Si Nick se atiene a su denuncia, el asunto irá a los tribunales como era de esperar —digo continuando su pensamiento.

—Sí. Y si todo el asunto sale a la luz...

—... incluso podría recibir una contrademanda por difamación —digo terminando su frase.

—No de mí —aclara—. Sino de mis inversores. O de los suyos, que podrían demandar por daños y perjuicios. Hay varias posibilidades, ninguna de las cuales es probable que le guste.

Lo miro con los ojos muy abiertos. *Nick te ha acusado, Evan. Y erróneamente, como ahora resulta. ¿Por qué sigues queriendo ayudarlo lo mejor que puedes en esta situación?*

Me devuelve la mirada.

—Me encantaría saber qué estás pensando ahora mismo.

Durante una fracción de segundo, mi atención se centra de nuevo en sus labios antes de volver a mirarlo a los ojos marrones.

—Yo... —*Dios mío, no pensé que diría esto*—. Estoy de acuerdo contigo en todo.

—¿Qué significa eso? —pregunta con voz suave.

—Le enseñaré el vídeo a mi hermano para que retire los cargos.

—Bien, pero tendrías que romper con tus principios y darme tu número de celular.

—Eres un tonto —le reprocho.

Se ríe con recato.

Menos de un minuto después, hemos intercambiado nuestros datos de contacto y tengo el vídeo en mi celular.

—¿Puedes darme un minuto? —le pregunto.

—Adelante, pero mantente a la vista. Quiero saber en todo momento que nadie te molesta.

—Querrás decir... nadie más que tú. —Intento disimular mi vergüenza ante sus amables palabras.

Esta vez se ríe con más ganas.

—Exactamente.

Dios, esa risa...

Me alejo unos pasos del bar y llamo a mi hermano.

Suena el timbre.

—¿Sí? —responde a mi llamada—. Samantha. ¿Está todo bien?

Aprieto los labios con fuerza.

—No.

—¿Qué pasa?

Y entonces se lo digo. Todo lo que parece haber reprimido. Al principio no puede entenderlo. Luego, cuando lo entiende, no quiere creerlo. Así que le paso el vídeo. Lo ve varias veces. Se queda atónito. Y muy decepcionado.

—Diablos —dice en respuesta.

—¿Nick? —pregunto insegura.

—Estoy... empezando a recordar.

Escucho atentamente.

—¿En serio?

—No me lo puedo creer. Realmente tenía la misma idea que yo. De alguna manera... debo haberlo suprimido. Cuando rompí el contacto con él.

O cuando pasó lo de Clarissa, pienso, pero eso ya no viene al caso.

Duda.

—¡Maldita sea!

—Lo siento mucho —le digo.

Respira hondo.

—Bueno. ¿Qué puedo decir a eso ahora? Debo haber tenido mala suerte.

—Nick...

—No, está bien. Es lo que es. Tengo que aceptarlo en lugar de seguir reprimiéndolo. Cuanto antes lo haga, mejor para mí.

—Así es.

—Sí...

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —le digo, queriendo decir, por supuesto, que tiene que retirar la denuncia.

—Sí, ya lo sé. Llamaré a la Sra. McMillan ahora mismo.

—De acuerdo. Sí, está bien.

—¿Y Evan se encontró contigo por casualidad? —quiere saber.

Aunque él no puede verlo, asiento con la cabeza.

—Aparentemente es lo nuestro. —Casi me dan ganas de sonreír.

—Ya está, ya tienes *lo tuyo*.

En realidad, ya tenemos varias cosas, creo, y recuerdo que Evan y yo nos pedimos copas mutuamente en la gala.

—Bueno, entonces... —Nick comienza la despedida.

—¿Quieres que le dé algún mensaje? —le ofrezco.

—No.

—Entiendo. Sigues sin querer tener contacto.

—Y eso no va a cambiar —recalca mi hermano.

Ahora me doy cuenta de lo vergonzoso que me parece.

—¿Pero de verdad estás bien? —pregunto—. Bueno, según las circunstancias.

—La vida debe continuar —responde.

—Sí. —Es todo lo que puedo decir—. Por supuesto.

Pienso brevemente en la idea de sugerirle que venga, pero luego me doy cuenta de que él preferiría pasarlo con Linda.

—Entonces —continúa serio—. Te veré en la oficina el lunes, ¿sí?

—Sí. Está bien.

—Y Samantha...

—¿Sí?

—Gracias por avisarme.

—Por supuesto. Buenas noches, Nick.

—Buenas noches. Llega bien a casa.

—No te preocupes. Iré con Jenny.

—De acuerdo. —Son las últimas palabras que me dirige Nick en esta llamada telefónica.

Cuelgo el teléfono. Luego miro fijamente la pared frente a la que estoy y respiro hondo.

—¿Estás bien? —pregunta Evan, acercándose.

Me giro hacia él y me obligo a sonreír.

—Sí. Ya se lo dije.

—¿Cómo se lo tomó?

—Está empezando a recordar.

—Eso no responde a mi pregunta —dice.

—Él... iniciará todas las gestiones necesarias.

—¿Cómo está, Samantha?

Miro esperanzada a los ojos oscuros de Evan.

—¿De verdad te importa? Después de todo lo que ha pasado entre ustedes.

—Sí —responde en tono amable—. Así es.

Cuando tengo la sensación de que me está diciendo la verdad, bajo la cabeza. Respiro otra vez.

Luego vuelvo a levantar los ojos hacia los suyos—. Es todo un desastre para él.

Evan echa ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Pero sobrevivirá. —*Al igual que hizo la ruptura con Clarissa*—. Estoy convencida de eso.

La calidez caracteriza sus expresiones faciales.

—Es un luchador. Siempre lo ha sido.

Sonrío con recato.

Sí, por supuesto.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos sin decir una sola palabra.

—Gracias de nuevo —digo entonces—. Por no esperar hasta la reunión judicial para mostrar el vídeo.

—Créeme, yo también lo prefiero así. No soy un monstruo.

Sí, cada vez me doy más cuenta.

—Bueno, volveré dentro. —Le hago saber.

Frunce el ceño.

—Jenny probablemente ya está esperando, al igual que tu abogado. —Evan abre la boca, pero entonces contiene audiblemente la respiración y sonrío sorprendido—. ¿Hablas en serio?

—¿Perdón?

—¿Vas a dejarme así? —Se acerca.

El corazón me da un vuelco.

—¿Me estás pidiendo algo a cambio del vídeo? Demasiado para la afirmación de que no eres un monstruo.

Se ríe como si no pudiera creerse mi reproche.

—Tu vívida imaginación nunca deja de sorprenderme —se burla de mí con hilaridad. Luego me agarra las manos y se las pone alrededor del cuello como si me estuviera insinuando.

—Que...

—Olvida el vídeo. —Me mira profundamente a los ojos y sigue acortando la distancia entre nosotros—. Mientras tanto, por supuesto, estoy hablando de otra cosa.

Lo miro expectante. Todo dentro de mí hormiguea.

—Así que te acabas de dar cuenta de que, después de todo, no soy el enemigo —continúa—. La disputa legal ha terminado. Y, además, ahora sabes... —Me mira los labios durante un tiempo llamativamente largo—. Que estoy en casa, en la misma ciudad que tú.

Casi se me sale el corazón del pecho de la emoción.

—Por eso te lo pregunto, Samantha Robertson —susurra seductoramente—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Hmm...

Tiene razón... ¡Dios mío, tiene razón!

Todo lo que tenía en contra de volver a verlo se ha desvanecido en el aire.

¡Y acaba de hacerme ver que siente lo mismo que yo!

Entonces realmente sólo quiero ir al bar a despedirme de Jenny por hoy.

—Evan... —Mis dedos juegan contra sus labios.

—Te escucho.

—¿A qué distancia está?

La atracción física hace que el mundo sea más excitante y bello.

- Lector Anja N.

Capítulo 22

~ *Evan*

Cada metro hasta el piso de mi apartamento parece un kilómetro y medio, pero al final lo conseguimos y abro la puerta de mi ático.

—Aquí no hay caos que valga —afirma ella entre dos besos apasionados mientras yo la atraigo más hacia mi reino.

—Este piso es mío desde hace tiempo, sólo le faltan algunas cositas. Si no, ¿te habría traído aquí?

—Contigo nunca se sabe. —Lo dice con una sonrisa traviesa, pero sé que hay mucha verdad detrás de sus palabras para ella también. Debe haber estado yendo y viniendo entre emociones cuando pensó que yo le había robado la idea a Nick.

Afortunadamente, hemos aclarado ese punto. Ella está aquí. Aquí conmigo. Con el mismo brillo en sus ojos verdes que siento en mi corazón.

Me acerco a ella y le cojo la cara con las manos. Mi boca busca la suya. Su mirada anhelante me aprieta los pantalones.

Sólo hay unos milímetros entre nuestros labios. Ya puedo sentir la respiración de Samantha sobre mí. Una respiración que se ha vuelto más rápida, si no me equivoco.

—Bésame por fin —exige en un susurro.

Tuerzo brevemente la boca en una mueca, pero al instante siguiente la aprieto contra sus labios. Samantha me saluda con un suave suspiro. Desafía apasionadamente la punta de mi lengua. Nos saboreamos, nos provocamos y casi nos dejamos sin aliento, nuestras bocas están tan fundidas. Me despego de ella a regañadientes y jadeo en busca de aire, igual que ella.

El brillo de sus ojos se ha convertido en resplandor.

¡Maldita sea, esta mujer me está volviendo loco otra vez! ¿Cómo se supone que vamos a llegar al dormitorio?

Sin más dilación, tiro al suelo dos pequeñas cajas de mudanza que están sobre la cómoda que aún no he desempacado y, frente al espejo del armario. El impacto hace ruido, pero no me importa.

Vuelvo a caer sobre Samantha mientras nos pasamos las manos por el cuerpo. Nos desnudamos mutuamente con impaciencia, y algún que otro botón es arrancado.

Por fin estamos desnudos, hemos tardado demasiado.

Sujeto a Samantha por la cintura y la siento sobre la cómoda. Su espalda toca el espejo y, como en Los Ángeles, se estremece al sentir el frío del cristal sobre su piel desnuda.

Sé demasiado bien lo diferente que se siente el calor que recorre nuestros cuerpos. Y está a

punto de hacer aún más calor.

Samantha abre voluntariamente las piernas para que pueda acercarme a ella. La altura a la que se sienta es perfecta.

Mis manos exploran su perfecto cuerpo, igual que sus dedos lo hacen en mi piel.

Oh, Samantha...

Cada centímetro es exactamente como lo recuerdo. Simplemente... perfecto.

Cuando le froto ligeramente los pezones con las uñas de los pulgares, gime excitada. Echa la cabeza hacia atrás y me mira.

El brillo de sus ojos se ha convertido en fuego. No puedo pensar en otra cosa: quiero quemarme con ella.

La penetro con un movimiento fluido. Es como volver a casa, su calor envuelve mi virilidad.

No tiene ni idea de cuánto lo he deseado en los últimos días.

Las piernas de Samantha rodean mis caderas y se entrelazan detrás de mi trasero, apretándose más contra ella. Empiezo a moverme. El roce inicial se convierte rápidamente en firmes empujones. Nos empuja más alto y más lejos en el camino del placer.

De su boca sale otro gemido que suena como música para mis oídos. Samantha levanta los brazos, los aferra al marco texturizado del espejo y recibe cada una de mis embestidas con placer.

—Vente para mí —le susurro cuando estoy a punto de hacerlo.

Me mira a los ojos. En ellos arde la pasión. Entonces sus labios se curvan en un grito, pronunciando mi nombre en voz alta. Nunca había sonado tan bien. Mi cuerpo empieza a temblar.

Sus músculos contraídos me arrastran a un remolino que no parece tener fin. Me vengo dentro de ella y gruño de excitación. Luego permanezco rígido mientras las contracciones parecen bombear la última gota de placer de mi miembro.

¡Vaya, qué increíble se siente!

Cuando Samantha se relaja, me rodea el cuello con los brazos. Sus piernas también me sujetan con fuerza para que no pueda escapar ni un centímetro. De igual forma, no quiero hacerlo.

Aún respiramos con dificultad, pero somos capaces de sonreír de nuevo.

—¿Cuándo vas a enseñarme tu cama? —me pregunta de repente.

Es directa y sabe lo que quiere. Eso es exactamente lo que me gusta de ella. Junto con muchas otras cosas.

—No sólo la cama —respondo en voz baja mientras deposito incontables besos en su delicado cuello—, pero podemos continuar ahí.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —pregunta.

—¿Acurrucarme contigo? Siempre. —Sonrío.

Después de asearnos en el baño uno tras otro, nos tumbamos en la cama.

—Samantha —murmuro mientras la estrecho entre mis brazos y la aprieto contra mí como si no pudiera dejarla marchar nunca más.

—¿Hm? —sale de su boca sensualmente y oigo su respiración; me encanta ese sonido tranquilizador.

—¿Me atrevo a dormir?

Se lo piensa un momento y luego se ríe con cautela, pero dulcemente.

—Seguiré aquí por la mañana.

—Promételo.

—¿Adónde podría huir? —continúa con voz suave—. A estas alturas ya sabes mi nombre completo y dónde puedes encontrarme.

Inhalo para responder.

—Pero esa no es la única razón por la que me quedo aquí, por supuesto. —Me acaricia el pecho con ternura—. Me gustaría mucho quedarme.

—Sólo prométemelo.

—¿No puedes dormirte antes? —se burla de mí.

—Tuve una experiencia traumática hace tres semanas —contesto.

Levanta la mirada hacia mí y me sonríe.

—No me digas.

—Sí. —La miro a los ojos brillantes—. Ha sido intenso. Crees que vas a despertar junto a la mujer de tus sueños, y de repente ya no está.

—Eso debe haber sido terrible.

—*Terrible* no es ni cerca a lo que fue. Fue un infierno.

Se ríe de nuevo y me da una especie de descarga eléctrica.

—Ahora estás exagerando.

—No, Samantha. —La miro con urgencia.

Ella sonríe enamorada.

—Lo prometo.

—Bien —susurro y vuelvo a abrazarla con más fuerza.

Mi respiración se adapta automáticamente a la suya. Mis ojos se cierran con una sonrisa de felicidad.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, busco inmediatamente a Samantha. Ella no está ahí ¡Esta vez tampoco está acostada a mi lado!

—Maldita sea... —murmuro y salto de la cama.

¡Lo prometió!

Doy vueltas por mi apartamento como un loco buscándola.

Habrá cambiado de opinión y...

Es entonces cuando veo a Samantha en la sala. Reduzco la velocidad, contengo la respiración un momento y me acerco a ella sin prisa. Su aspecto no puede ser más encantador: lleva puesta mi camiseta gris de ayer, que le queda un poco grande y suelta, abrazando sus contornos aquí y allá. Sus bragas asoman un poco por debajo, seguidas de sus piernas impecables, lo que hace aún más atractiva. Se ha acomodado en el sillón de cuero frente a mi estantería marrón oscuro, sobre los anchos reposabrazos. Ensimismada, se mete una y otra vez el labio inferior en la boca con el dedo índice mientras lee uno de mis libros más antiguos. Veo que ha elegido *El conde de Montecristo*.

—¿Leyendo tan temprano? —Son las primeras palabras que le dirijo en esta maravillosa mañana de sábado. Con una sonrisa de alivio, me inclino hacia ella, cojo su cara entre mis manos, levanto su mirada hacia la mía y le robo un beso.

Ella se lo devuelve con una sonrisa.

—Buenos días.

—Me acabas de dar un buen susto, ¿te das cuenta? En realidad, debería azotarte por eso.

—Eso no sería un castigo —dice con seguridad—, pero tampoco lo hice con mala intención. Es sólo que, bueno, estabas durmiendo tan plácidamente.

Sí, y gracias a ti.

—No quería despertarte —continúa.

Me acerco al sillón y aprovecho para jugar con uno de sus mechones castaños que le llegan hasta los hombros.

—¿Te has aburrido tanto en mi apartamento que tienes que recurrir a los libros viejos?

—Es cualquier cosa menos aburrido. Aún no me he dado una vuelta por tu casa. Quería ponerme al día.

—¿Has estado en mi armario entonces?

—No, ¿por qué? —Con la mano libre, tira suavemente del cuello de la camiseta, que aún huele a mí—. Como puedes ver, estoy tranquila leyendo.

Riendo, bajo brevemente la cabeza.

—El otro día me dijeron que la mejor manera de conocer a una persona es escudriñar su armario.

—Tonterías —responde con firmeza—. La ropa es sólo lo que se ve en la superficie. También se trata del carácter, pero los libros que lee un hombre, si tiene material de lectura en casa, dicen mucho de él. Eso dice mucho de él.

Fascinado por sus opiniones, me froto la barba recortada.

—¿Y qué has averiguado de mí hasta ahora?

—Bueno. —Su atención vuelve al viejo libro abierto—. *El Conde de Montecristo* trata sobre todo de una cosa: lo insatisfactorio y destructivo que puede ser el deseo de venganza.

—¿Y eso qué significa? —quiero saber—. Aparte del hecho de que también parece haber leído el libro.

—Lo hice, sí. Es una de mis historias favoritas y me encantó descubrirlo en tu biblioteca, junto a todos los demás tesoros que tienes. Tienes varias primeras ediciones de principios del siglo XIX, es impresionante. Yo sólo conozco los ejemplares modernos de Dumas y de todos los demás escritores del mundo.

—¿Te da esperanzas el asunto de que no esté planeando una *vendetta* contra tu hermano para vengarme de su demanda? —pregunto ladeando un poco la cabeza.

—Ya sé que no tienes intención de hacer eso. Si no, lo habrías dejado libre de culpa en el juicio utilizando el vídeo, pero el hecho de que haya encontrado esta novela en tu colección confirma una vez más mi suposición. —Cierra el libro, se levanta y me lo pone en la mano—. Pero también dice mucho de ti en general.

Cojo el libro y lo vuelvo a poner en la estantería.

—Sólo cosas buenas, espero.

—Es posible. —Ella resiste fácilmente mi intensa mirada.

Con su confianza en sí misma, me arranca otra sonrisa. Ahora soy yo quien agarra el cuello de su camiseta y la acerca a mí para darle otro beso en los labios—. ¿Qué tal si te metes en la ducha y mientras tanto nos preparo el desayuno?

—¿Así que tú también puedes hacer el desayuno? —Sonríe y me devuelve el beso.

Estoy muy feliz de dejar que me hagan eso. Que me besen. Que me sonrían.

Si es ella la que lo hace.

—Vete al baño —le ordeno en tono amable y le doy una palmada en el trasero mientras se aleja, que ella acepta riendo.

Cuando el desayuno está listo, apago la placa de inducción y no dudo ni un segundo en acercarme de nuevo a Samantha. Al acercarme al baño, oigo el chapoteo del agua en la ducha. Está relajada bajo la ducha y parece disfrutar de las innumerables gotas de agua que cae sobre su

cuerpo.

Me permito el placer de liberarme de mis calzoncillos y unirme a ella. La ataco por detrás y la tomo como prisionera. Asustada, pero también feliz, grita mientras la rodeo con mis brazos y me aprieto contra ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunta riendo y gira la cabeza en mi dirección, acurrucándose contra mi pecho.

—Viendo dónde estabas.

—Oye, soy una mujer y es fin de semana. Puedo tardar un rato en el baño.

—¿Es así? —pregunto, divertido.

—Será mejor que me digas si el desayuno está listo.

—Así es. —Le muerdo la oreja con ternura.

—¿Qué es?

—Tortitas.

Se vuelve hacia mí.

—¿Puedes hacer tortitas? Entonces debo apresurarme.

—Así es como te sacan de la ducha —me burlo de ella.

—Por supuesto. Siempre puedes tentarme con comida. Bueno, no siempre, pero a menudo.

—Es bueno saberlo. —Le guiño un ojo.

—Mmh... —dice sensualmente y me fulmina con la mirada, luego su mirada se pasea por mi cuerpo—. Ya que estás aquí, podríamos limpiarte. —Coge la esponja del estante, la enjabona y la pasa por mi cuerpo.

—Tienes razón —digo y mi respiración se acelera—. El desayuno puede esperar.

Se ríe a carcajadas:

—¡No, espera un momento! Nunca he dicho eso.

Maldita sea, su risa es contagiosa.

Después de limpiarnos y secarnos, nos vestimos y nos dirigimos a la cocina. Afortunadamente, las tortitas también se pueden comer frías, sobre todo rociadas con sirope.

—Sabe bien —comenta sobre mi cocina.

—Eso se debe a mi ingrediente secreto —bromeo.

—¿Amor?

Sonrío.

—En realidad, me refería al agua mineral, hace la masa más esponjosa, pero tu respuesta es aún mejor.

—Los dos están buenos —sugiere, brindando conmigo con su jugo de naranja.
Le devuelvo el gesto con gusto y bebo un sorbo de mi vaso.

—En jerga jurídica, eso es lo que se llama un acuerdo.
La expresión de su rostro cambia bruscamente. Asiente, aunque vacilante.

—Lo siento, ¿te recordé un mal tema? —*Debe estar pensando en tu hermano.*

—No es culpa tuya, ahora lo sé. Sólo me preguntaba cómo estará Nick hoy. Ha tenido una noche para digerir las malas noticias, pero no está claro cuáles serán sus planes para el futuro.

—¿Quieres llamarlo?
Se lo piensa un momento y, de hecho, coge su celular, que estaba sobre la mesa.

—No sé si ya esté despierto. Le enviaré un mensaje y le preguntaré cómo está.

—De acuerdo.

En cuanto se concentra en su celular, vibra el mío. Lo compruebo y me doy cuenta de que he recibido un mensaje. De mi padre.

[Hola Evan] me escribe, [¿qué harás hoy?]
Como Samantha sigue ocupada, le respondo.

[¿Por qué?]
Su respuesta no se hace esperar. *[¿Por qué no vienes a cenar? Estamos de vuelta en los Hamptons. Georgia y yo estaremos encantados.]*

Así que la prometida número cuatro, si no he perdido la cuenta, estaría encantada.

[No puedo] escribo.
[Por qué no] me pongo a leer en respuesta. [¿Por qué no le das un descanso al trabajo y pasas tiempo con tu familia?
[Eso es lo que hago] tecleo, sin siquiera pensarlo.

[¿Qué quieres decir?] pregunta.
[Tengo visita] es mi respuesta. *[De una mujer.*
[¿De quién?] quiere saber. *[¿De Patricia? ¿O de tu madre?*
[No.
[¿Una mujer además de Patricia o tu mamá, que es parte de la familia para ti? ¡Eso es maravilloso, hijo! Tráela, ¿sí?

Arrugo la frente.

—¡Gracias a Dios! —Samantha exclama aliviada y guarda su celular.
Levanto la vista.

—¿Pudiste localizar a Nick?

—Sí, nos estábamos escribiendo. Dice que le va bien. Y ya sabe lo que quiere hacer ahora. En otras palabras, lo que quiere hacer a continuación.

—De acuerdo. Suena bien. —*No le deseo otra cosa.*

Sonríe con confianza:

—Sí, gracias a Dios. Y la Sra. McMillan se encargará ahora de todo lo necesario.

Asiento con la cabeza.

—Bradley ha sido informado. —*Sobre que Nick finalmente retiró la demanda.*

—Tu abogado también conoce el vídeo —quiere volver a dejar claro Samantha.

—Sí, pero le di instrucciones para acordar la retirada de la demanda inmediatamente. A expensas de Nick, que no se puede evitar.

—Comprensible.

Vuelvo a mirar la pantalla.

Tráela, ¿sí? es la frase que inmediatamente me vuelve a llamar la atención.

—Dime... —murmuro y vuelvo a levantar los ojos hacia los suyos—. ¿Qué más vas a hacer este fin de semana?

La atracción física puede surgir a través de las prohibiciones.

- Lector Sina B.

Capítulo 23

~ *Evan*

Giro en la siguiente calle, que nos lleva de camino a casa de mi padre. Una y otra vez, mi mirada se desvía brevemente hacia Samantha... hasta que por fin me atrapa.

—¿Qué es? —pregunta con curiosidad.

—Nada... —Sonríe en mi nerviosismo—. Es sólo una situación rara para mí.

—¿Que alguien te acompañe a ver tu padre?

—Que estoy viajando voluntariamente a verlo, tan pronto después de la última reunión familiar. Sonríe insegura.

—¿No te gusta pasar tiempo con tu padre?

—¿A ti sí? —respondo con otra pregunta.

—Bueno... —Ella piensa por un momento—. Sólo tienes una familia, ¿no?

—La familia significa algo más que compartir sangre.

—Claro —dice ella—. Se trata de afecto, interés y apoyo. ¿No recibes eso de tu padre?

—Sí, pero...

—¿Y alguna vez te trató mal? —quiere saber.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Él... —Respiro hondo—. Tiene sus propias peculiaridades. —Casarse con una mujer distinta cada pocos años y a veces dejarla embarazada, por ejemplo.

—¿Una peculiaridad tan mala?

Hm.

Buena pregunta.

Cuando llegamos y tocamos el timbre, no tarda mucho en abrirnos la puerta. Es...

—Patricia. —Me doy cuenta. Podría haber adivinado que ella también estaría aquí.

—¡Hermano querido! —Ella me toma en sus brazos exuberantemente.

—Hola.

Su compañero Jack se une a ella.

—Evan, hola.

—Buenas noches, Jack.

Nos damos la mano.

—¿Puedo presentarte? Esta es Samantha.

Levanta la mano despreocupadamente.

—Hola.

—¡Bienvenida a la familia! —Patricia ya la está abrazando.

—Oh —dice Samantha sorprendida, seguida de una carcajada—. Gracias... Patricia...

—Más despacio —le pido a Patricia.

Se separa de mala gana de Samantha y me lanza una mirada de incompreensión.

—¿Por qué iba a hacerlo? Papá me lo ha contado todo.

—¿Qué exactamente?

—Pasa primero —dice Patricia y me empuja hacia el pasillo.

Mientras tanto, Samantha y Jack se dan la mano e intercambian unas palabras.

Mi padre sale de la cocina y extiende los brazos al verme.

—¡Evan, ahí estás! Qué alegría verte.

—Hola, papá. —Dejo que me abraze.

—Bueno, ¿cómo estás?

—Papá, esta es Samantha.

—¡Samantha! —repite feliz y también la abraza cariñosamente.

—Buenas noches, Sr... —Hace una pausa—. Disculpe, ¿puedo llamarle Matthew directamente si usted me llama por mi nombre de pila?

—Por supuesto, insisto.

—Gracias. Es que no me gusta tanto llamarlo Sr. Dumont. —Mientras dice esto, me mira.

Ya lo entendí. *Sr. Dumont*, está reservado para mí. No muy a menudo ahora, pero todavía de vez en cuando. Y, sobre todo, esa forma de dirigirse probablemente seguirá siendo algo entre nosotros para siempre.

—Para ti, sólo soy Matthew —continúa papá—. Bienvenida a la familia.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Te pusiste de acuerdo con Patricia?

—¿Por qué? —pregunta inocentemente.

Por último, Georgia se une a nosotros y también nos da una calurosa bienvenida. Inmediatamente después, Samantha se inclina hacia mí.

—Tu familia es simpática, incluso tu padre. Estoy impaciente por saber de qué rareza desagradable hablas —me susurra.

Sonrío con cautela en respuesta.

—¿Cuántas veces crees que mi padre quiere casarse?

Me mira interrogante.

—¿Es eso de lo que estás hablando?

—¿Por qué estamos todos aquí parados así? —dice Georgia en voz alta antes de que Samantha pueda responderme—. ¡Por favor! Vengan a la sala y siéntense. Estamos a punto de comer. Evan, hice tu comida favorita: lasaña.

Me obligo a sonreír agradecido.

—Está intentando quedar bien conmigo —murmuro.

—Tonterías —susurra Samantha—. Ella no necesita eso, ¿verdad?

No sé qué decir a eso.

—Sólo está siendo amable y demostrándote que eres importante para ella —continúa en voz baja—. ¿Qué hay de malo en eso?

Me encojo de hombros.

—Mi madre nunca haría algo así.

—Oh, así que esa es la cuestión —sisea Samantha, me lanza una mirada de reproche y me deja allí de pie—. Georgia, ¿puedo ayudarte a servirlo?

Sin decir palabra, sigo a las dos a la cocina para ayudarles también.

Mierda.

Creo que Samantha tiene razón.

En las últimas semanas y meses, he estado tan obsesionado con estar decepcionado con mi padre que me he quedado completamente absorto en eso. Pero nunca le di una oportunidad a Georgia.

—¿Y? —pregunta Patricia durante la cena, mirándonos a Samantha y a mí—. ¿Cómo se conocieron?

Inmediatamente intercambiamos miradas.

—Fue hace poco menos de un mes —empieza Samantha—. Me topé con Evan en una gala en Los Ángeles... literalmente.

—¿Como en *Líderes en Tecnología*? —pregunta Patricia.

Samantha asiente.

—Sí.

—No me lo digas. —Mi hermanastra me sonríe con picardía—. Bueno, entonces realmente fue una noche que valió la pena para ti, Evan. Tal como dijiste.

—Oh, ¿es eso lo que querías decir? —Samantha también sonríe divertida.

Me hago el sufrido.

—Todo lo que necesito es que ustedes dos conspiren contra mí.

Samantha suspira.

—Sólo te estamos molestando.

—¡Por supuesto! Hacemos esto porque te queremos. Y porque nos llevamos bien. ¿Verdad, Samantha?

—Exactamente.

—Me doy cuenta —comento divertido y bebo el siguiente sorbo de vino tinto—. Vaya, este vino está bueno. ¿De dónde viene?

—Es italiano, para acompañar la lasaña —dice papá—. Un *Brunello*, para ser exactos. Me lo recomendó mi vinatero de confianza.

—¿Todavía le compras tus bebidas a Frank? —pregunto.

—¡Por supuesto! Frank siempre ha sido bueno conmigo. ¿Por qué debería serle infiel?

Asiento con una carcajada.

—Es verdad.

Hm.

Si lo pienso bien, mi padre nunca provocó que me comprometiera tan a menudo. Siempre que una de sus relaciones se rompía, no era por su culpa. Las mujeres lo engañaban o lo dejaban. Incluida mi madre. Y, sin embargo, nunca dejó de soñar y de creer en el amor verdadero. Quién sabe, tal vez Georgia es la elegida. Si no se atreve a ir hasta el final con ella, nunca lo sabrá. Claro, no tienen por qué casarse. Pero ¿y si quieren hacerlo y eso les hace felices? ¿Quién soy yo para criticarlos por eso? Es como dice Patricia: Papá es un romántico empedernido. Y en eso no parecemos ser tan diferentes.

—Gracias, Georgia —digo cuando por fin todos han terminado de comer y me he limpiado la boca con una servilleta—. Tu lasaña estaba deliciosa.

—¿Ah, sí? —pregunta ella, aparentemente incapaz de creérselo al principio.

Esto me hace darme cuenta una vez más de que probablemente no le he dicho nada amable en el pasado.

Asiento con la cabeza.

—La salsa bechamel, en particular, estuvo muy buena.

Se emociona.

—¡Qué dulce eres al decir eso, Evan! Significa mucho para mí.

—Para mí también significó mucho esta comida —respondo y miro brevemente a Samantha antes de volver a centrar mi atención en Georgia—. Fue muy amable de tu parte cocinar mi comida favorita.

Ella se ríe alegremente, al igual que papá. Los dos se enfrascan inmediatamente en una

conversación, a la que se une Patricia.

Mientras tanto, Samantha me pone la mano en el brazo.

—¿Y bien? —pregunta en voz baja—. ¿Fue tan difícil?

Sonrío.

—No.

—Y hasta lo decías en serio —dice satisfecha—. Me alegro.

Separo más las comisuras de los labios.

—Gracias. Parece que estoy aprendiendo.

—Entonces aún no se ha perdido toda esperanza para ti. —Tras estas descaradas palabras, me da un beso en los labios. Delante de mi familia. Y un beso nunca ha sabido mejor. No es de extrañar que no pueda evitar pedirle otro beso enseguida.

—Dime... —dice Samantha soñadoramente mientras nos acostamos en la cama de invitados—. Si la idea de las impresoras 3D más eficientes no te la dio Nick, ¿cómo se te ocurrió ese tema en su lugar?

—Órganos —digo—. Algún día podremos imprimir y trasplantar órganos intactos.

—Vaya, ¿en serio? Piensa a cuánta gente podría ayudar eso.

—Eso es exactamente lo que me fascinó de esta área. Y nunca me soltó.

—Entonces eres tan altruista como mi hermano.

Me río.

—¿Quieres decir porque quiere imprimir comida sana? Sí, eso es igual de genial, tengo que admitirlo.

—Hablaron de eso entonces, ¿no? En su concurso. Que se trataba de órganos para ti y comida para él.

—Sí —respondo—. Hemos llegado a la conclusión de que sería útil para todos que uno solo de nosotros consiguiera hacer avanzar la tecnología de las impresoras.

—Y ahora lo han conseguido los dos —dice—. Casi al mismo tiempo.

—Parece que sí, pero sí, tienes razón. Nick es una persona muy altruista.

Me mira, hipnotizada.

—Que le sigas llamando así, aunque te haya demandado...

—Esa demanda pronto quedará en el pasado.

Sonríe dulcemente.

—Afortunadamente.

Le doy un beso en los labios.

—¿Y? —quiere saber entonces con curiosidad—. Entonces, ¿cuál es la terrible peculiaridad de tu padre?

Me detengo un momento y respiro hondo, entonces se forma en mis labios una sonrisa, que le debo a ella.

—No hay ninguna.

—¿Sí? —pregunta ella—. Escucha, no quiero mandar en cómo te relacionas con tu padre. No soy ese tipo de mujer y nunca quiero serlo.

—Lo sé, pero tenías razón.

—¿Sí?

Le pongo la mano en la mejilla y me aprieto contra ella.

—No puedo creer que me conozcas mejor de lo que me conozco a mí mismo después de sólo unas semanas.

Me mira con los ojos muy abiertos. Quiere sonreír alegremente, pero luego opta por una expresión más seria.

—Y, ¿qué pasa con tu madre? ¿Estás en contacto con ella?

Bueno, mi madre no se ha vuelto a casar, pero...

—Apenas se interesa por mí. Es muy raro que hable con ella y nunca se pone en contacto por iniciativa propia. De a mucho para contarme otra vez lo estupenda y emocionante que es su vida en España.

—¿Se fue a España?

—Poco después de dejar a mi padre, sí. O más bien, fue algo de poco a poco. Se enamoró de su profesor de español. Ya no está con él, pero le sigue gustando pasar tiempo en la costa española.

—Vaya. Entonces hace siglos que no la ves, ¿no?

—No, y tampoco quiero hacerlo. Como dije, la familia significa algo más que compartir sangre. Asiente en silencio y juega con mi pelo.

—Me complace aún más que mi padre esté realmente interesado en mí.

Eso es exactamente de lo que me estoy dando cuenta cada vez más.

Y tengo que agradecerse a Samantha. Patricia también ha intentado que me diera cuenta, pero de alguna manera Samantha tiene mejor acceso a mí... aunque parece esforzarse menos que mi hermana. Samantha y yo no somos iguales en todo, no, eso no. Precisamente por eso nos complementamos a la perfección. No quiero olvidarlo nunca más.

A la mañana siguiente, he vuelto a dormir como un tronco y esta vez soy el primero en despertarme. Me doy cuenta con alivio de que Samantha está acostada a mi lado y sigue

durmiendo plácidamente. Es una vista maravillosa a la que podría acostumbrarme fácilmente. Parece que también ha pasado una buena noche, porque tiene una sonrisa de felicidad en los labios. Al menos, así es como me gustaría interpretar su expresión facial. Me pregunto qué estará soñando.

Me levanto con cuidado de no despertarla. Me gustaría ser lo primero que viera al despertarse, pero ya no puedo quedarme quieto en la cama, tengo demasiada energía para eso... por ella. Además, estamos en casa de mi padre. Debería darse cuenta de que no me voy a ir sin ella.

Así que me pongo una camiseta y unos calzoncillos nuevos, voy al baño de arriba y finalmente bajo las escaleras. Dado el silencio que reina en la casa, los demás parecen seguir durmiendo, pero luego oigo que ya hay alguien en la cocina. Entro y veo a mi padre preparando café.

—Buenos días.

Se gira hacia mí y me lanza una mirada cariñosa.

—Hola, Evan. ¿Dormiste bien?

—Como un bebé. —Le guiño un ojo.

—¿Por qué lo dicen así? Patricia y tú apenas dormían más de tres horas cuando eran bebés.

—Pero tres horas particularmente profundas y relajadas, ¿puede ser?

Se ríe.

—Sí, al menos eso es lo que parecía. ¿Quieres una también? —Coge una segunda taza del armario azul claro de la pared.

—Con mucho gusto.

—¿Negro y fuerte?

Sonrío.

—Ya me conoces.

Asintiendo con la cabeza, se gira hacia la cafetera y me prepara también una taza.

Me rasco la nariz nerviosamente y me acerco.

—Papá...

—¿Sí?

Respira hondo.

—Todavía te debo una respuesta.

Se lo piensa un momento, pero luego entiende lo que quiero decir y me hace un gesto para que me vaya.

—No quiero presionarte, hijo. Es cierto que ayer tenía ganas de preguntarte, pero...

—La respuesta es sí.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué?

—Me encantaría ser tu padrino, papá. Suponiendo que aún me quieras para eso.

—¡Oh, Evan! —Me abraza con fuerza—. ¡Claro que sí! No sabes cuánto significa esto para mí. Volvemos a mirarnos.

—Sí, papá. Quiero decir... eso es más o menos lo que pienso. Y eso, a su vez, significa mucho para mí.

—Wao... dijiste que sí... —Se seca una lágrima de alegría—. Cuando se lo diga a Georgia... ¡Me encantaría despertarla enseguida y decírselo!

Me río.

—Será mejor que la dejes dormir, no quiero que la casa se venga abajo antes de que te cases.

Mi padre también se ríe y me da mi café.

—Oh Dios mío, Evan... —Se toca la frente—. Para ser sincero, temía que esta vez dijeras que no.

Aprieto ligeramente los labios.

—Y debo decir honestamente que pensé en negarme, pero... —Miro soñadoramente por la ventana y tengo que sonreír antes de volver a mirar a mi padre a los ojos—. Digamos que lo acepté.

Levanta ligeramente la cabeza.

—Si me preguntas, deberías aferrarte a ella para siempre.

Levanto las cejas.

—Sabes exactamente de quién estoy hablando —responde a mi gesto.

—Podría ser, papá. Podría ser. Y te aconsejo que hagas lo mismo. Aférrate a Georgia. Es una mujer muy especial.

—Lo sé, hijo. —Sonríe—, pero me alegra que tú también lo veas así.

Bueno, ahora sí. No es que haya pensado nunca nada malo de Georgia, pero hasta hace poco no era consciente de lo enamorada que está de mi padre. He estado demasiado ocupado resintiendo sus rupturas para darme cuenta. Por supuesto, nadie puede decir cuánto durarán los dos, pero sólo hay una manera de averiguarlo. Y tengo suerte de que mi padre esté abierto a intentarlo.

No se permitió amargarse. A pesar de los contratiempos, las decepciones y las penas. Sólo así puede seguir encontrando el amor verdadero, aunque no haya funcionado de inmediato. Porque no ha perdido la fe en el amor verdadero.

Y eso es lo que quiero.

Sólo se puede desear eso para todos.

Que nunca pierde la fe en el amor.

Básicamente, siempre he pensado así. Sólo con mi padre no conseguí verlo así en el pasado.

Tengo que agradecer a una mujer en específico que las cosas sean diferentes ahora. No porque ella me lo dijera, eso probablemente no funcionaría, sino porque me dijo cosas que yo veo igual que ella.

A veces sólo necesitas un empujón externo que te ayude a centrarte en lo esencial.
Creo que cualquiera que tenga un impulso así en su vida puede considerarse afortunado... ¿no?

Un rato después, cuando el desayuno está listo, vuelvo a subir a la habitación de invitados para ver cómo está Samantha. Me acerco con cuidado a la cama. Sigue durmiendo plácidamente; verla es realmente un cuadro para los dioses.

Me siento en el borde de la cama y me inclino hacia ella. Le acaricio suavemente el pelo.

—Hola —murmuro.

Respira hondo, se estira y me mira. Cuando me reconoce, me dedica su encantadora sonrisa.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien? —Mi boca se posa en la suya y le robo un tierno beso.

—Y cómo no.

—El desayuno está listo.

—Oh, las palabras mágicas. —Ella guiña un ojo.

Me hace reír.

En ese momento, como muy tarde, me doy cuenta de algo: Samantha no se parece a ninguna mujer que haya conocido, y hay algo especial entre nosotros.

Pero...

¿Qué debemos hacer ahora?

Porque no debo olvidar una cosa: La disputa legal puede haber terminado, pero eso de ninguna manera mejora la relación entre Nick y yo, por el contrario. De hecho, probablemente la ha empeorado aún más. Y mientras Nick siga sin estar en buenos términos conmigo, Samantha seguirá siendo un fruto prohibido para mí.

No es porque piense que no debo acercarme demasiado a ella por lo que me siento tan mágicamente atraído por ella. Al fin y al cabo, en Los Ángeles no sabía que era su hermana y, sin embargo, ya entonces me daba vueltas en la cabeza. Así que no es lo prohibido en sí lo que me atrae de ella y me vuelve loco. Pero el hecho es que Samantha y Nick son cercanos. Hasta un ciego podría darse cuenta.

Si ella y yo nos involucramos en algo serio ahora, las cosas podrían complicarse de nuevo. Complicado e impredecible.

Aunque sólo fuera porque Nick seguramente nunca me permitiría acompañar a Samantha a una celebración familiar de los Robertson.

Y así, la dulce constatación de que ella no es como ninguna otra mujer me invade con un sabor amargo.

¿Hay un futuro para nosotros?

La atracción física no se puede forzar.

- Lector Hanna J.

Capítulo 24

~ *Samantha*

No me sorprende entrar en la oficina este lunes por la mañana con una sonrisa permanente en la cara. El fin de semana con Evan ha sido precioso. El domingo fuimos juntos de excursión a los Hamptons y disfrutamos del paisaje. Patricia, que también nos acompañó con su pareja Jack, me prestó ropa. Más tarde, Evan y su padre se fueron a pescar, mientras Georgia, Patricia, Jack y yo jugábamos al billar en un bar en equipos de dos. Fue divertido, me llevo muy bien con ellos. Y también fue emocionante estar lejos de Evan durante unas horas. Me di cuenta de lo mucho que lo echaba de menos y mi expectación por nuestro reencuentro creció desmesuradamente. Cuando llegó el momento, me acercó a él y me dio un beso que me debilitó las rodillas. El domingo por la noche me despedí de él con el corazón encogido cuando me dejó en la puerta de mi apartamento para que hoy no tuviera que ir de tan lejos al trabajo. Ni siquiera llegamos a hablar de cómo deberíamos llamarlo oficialmente entre nosotros, pero eso no me importa tanto. Lo que me importa es cómo me mira y me trata, y cómo me siento a su lado. Y son precisamente esos sentimientos los que despierta en mí y los que me hacen sonreír ampliamente al entrar a la oficina.

—Buenos días —digo alegremente.

Jenny levanta la vista y sus ojos se abren de par en par.

—¡Hola!

—Hoy llegaste temprano —me doy cuenta.

—No me divertí tanto como tú el fin de semana. —Sonríe.

Me río.

—¿Qué crees que estábamos haciendo?

Se inclina hacia delante.

—Dímelo tú.

Sacudo la cabeza.

—Eres imposible.

—De todos modos, me alegro de que las cosas entre Nick y Evan se resolvieran rápidamente el viernes. Si no, no te habría dejado irte con él. Así que realmente espero que me hayas dicho la verdad.

—Por supuesto.

—Bien —responde aliviada—. Ya estaba inquieta cuando tu hermano irrumpió aquí hace un momento.

Se me corta la respiración.

—¿Nick está aquí?

Jenny asiente.

—Está en la oficina de la Sra. McMillan. Tan temprano un lunes por la mañana es inusual, ¿no? Miro tenso en dirección al despacho.

—Así es...

Me planteo brevemente si puedo interrumpirlos. Con cualquier otro cliente, sólo me lo permitiría en caso de emergencia absoluta, pero Nick no es un cliente cualquiera. Así que decido dirigirme directamente al despacho de mi jefa. Toco a la puerta, la abro y entro.

Un Nick alterado y una Kate McMillan de aspecto igualmente serio me miran.

—Disculpa —digo—. He oído que estabas aquí, Nick. ¿Está todo bien?

La Sra. McMillan se quita las gafas.

—Cómo tomarlo...

Preocupada, cierro la puerta y me acerco.

—¿Qué ocurre?

Se vuelve hacia mi hermano.

—Sr. Robertson...

—No —la interrumpe—. Con el debido respeto, señora McMillan, pero soy su cliente, y como mi abogado, debe cumplir mis peticiones.

—Pero la petición que me haces no tiene ningún sentido, y también forma parte de mi deber protegerte de decisiones que puedan causarte daño.

¿Eh?

—¡Pero tiene que haber una manera! —suplica desesperadamente.

Mi mirada se desplaza apresuradamente entre los dos.

—Es... sobre... —*¿Estoy apuñalando a Nick por la espalda?*

—¿El vídeo? —termina mi frase—. Lo vi, sí.

—Okay, bien —digo—. Entonces está claro, ¿no?

—Como he visto ese vídeo, sólo puedo aconsejar encarecidamente que retire la denuncia —prosigue.

Asiento con la cabeza.

—Pero tu hermano se niega a aceptar.

—¿Qué? —Lo miro—. Pero...

—Samantha, lo siento, pero esta es y siempre será mi decisión.

—¡Nick! —intento persuadirlo—. La grabación lo muestra claramente: los dos tuvieron la misma idea y aceptaron el concurso. Es más, Evan está dispuesto a aceptar retirar la demanda.

—Estamos hablando del trabajo de mi vida aquí, ¿de acuerdo? ¡No puedo admitir la derrota, así como así!

¡No puedo creerlo! ¿Todavía quiere ir a juicio y tratar de salirse con la suya contra Evan?

—Si llega a juicio, el señor Dumont citará el vídeo como prueba —le amonesta también la señora McMillan.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —replica—. ¡Tenemos que pensar en algo para acabar con él!

¿Quiere derribar a Evan?

¿Así que a eso se refería al decir que sabía lo que tenía que hacer y que su abogado debía iniciar todo lo necesario?

¡Entonces malinterpreté completamente su primera reacción al vídeo!

Mi jefa se vuelve a poner las gafas y levanta las manos en tono apaciguador.

—Sr. Robertson...

—¿Tengo que buscar otro bufete que tenga las agallas necesarias? —vuelve a interrumpirla.

¡Nick! ¿qué te pasa?

—De acuerdo —responde ella a su amenaza—. Déjeme intentar algo, ¿quiere? —Coge el teléfono—. Espere un momento.

Nick resopla.

Y siento que estoy en la película equivocada.

La Sra. McMillan toma el teléfono. Entonces alguien parece contestar.

—Buenos días, Sr. Smith. Soy Kate McMillan de *McMillan y Asociados*. —Pausa—. Bien, llamo por el caso Robertson contra Dumont. —Pausa—. Escuche, Sr. Smith, vi el video y... —Pausa—. Sí, soy consciente de ello. La grabación prueba el compromiso verbal de mi cliente con el partido. Y, sin embargo, podría negociarse en el tribunal que al Sr. Dumont se le desautoricen partes de su invento. —Pausa—. Por supuesto, creo que hay muchas posibilidades de que eso ocurra, de lo contrario retiraríamos la demanda, pero no lo vamos a hacer. La documentación del Sr. Robertson sobre su invención es excelente y... —Pausa—. Por favor, hable con su cliente al respecto y hágamelo saber. —Pausa—. Bien, tendré noticias tuyas. —Cuelga.

La miro atentamente.

—¿Qué dijo Bradley Smith?

—Ya me llamará —dice.

—¡Pero eso no me basta! —refunfuña Nick.

Vuelve a levantar las manos en señal de apaciguamiento.

—¡Que se le atribuyan partes del invento es lo mejor que podemos esperar, Sr. Robertson! Pero le advierto: si esto va a juicio, el resultado podría ser peor para usted que si retirara la demanda ahora. ¿Sabe lo que significa calumnia y difamación?

Suspira.

—Podrían acusarlo de esto. En el peor de los casos, podría enfrentarse a una contrademanda en respuesta a su ataque, ya sea del Sr. Dumont o de sus inversores —prosigue su advertencia sin

inmutarse.

Creo que se trata más bien de los inversores, pero desgraciadamente no me reconforta mucho esa idea en estos momentos.

—Estoy dispuesto a hacerlo —dice Nick.

—¿Estás seguro? —quiero saber.

La Sra. McMillan asiente.

—Eso es lo que estaba a punto de preguntar.

Nick respira para decir algo cuando suena el teléfono.

La Sra. McMillan contesta inmediatamente.

—¿Sí? —Pausa—. Ah, Sr. Smith, eso fue rápido. ¿Ha podido consultar ya con su cliente? —

Pausa—. Bien... —Pausa—. ¿De verdad? —Pausa—. Muchas gracias. Lo hablaré y lo llamaré.

—Termina la llamada.

—¿Qué dijo? —pregunta Nick impaciente.

—La otra parte le ofrece un acuerdo.

—¿Así que un acuerdo extrajudicial después de todo? —pregunta.

—Sí, el Sr. Dumont propone que ambos sean registrados como propietarios de la patente definitiva a partes iguales.

—Vaya —digo—. ¿Evan está listo para eso?

Nick, sin embargo, parece menos satisfecho.

—Basándonos en las pruebas, es una oferta generosa —comenta la Sra. McMillan—. Le aconsejo encarecidamente que la acepte.

Pero mi hermano baja la cabeza y la sacude.

—Tanto usted como el Sr. Dumont podrían entonces comenzar la producción, Sr. Robertson.

—No —murmura.

¿Perdón?

Vuelve a levantar la vista.

—¡No!

Perpleja, devuelve la mirada.

—Pero Nick... —me atrevo a decir.

—¡No! —ruge enfadado—. ¡Eso! ¡Ya basta! ¡No!

No cabe duda de que tanto mi jefa como yo estamos atónitas.

—¡Quiero los derechos de producción en exclusiva! ¡Tenemos que destruirlo, cueste lo que cueste!

¿Cómo?

—¡No dejaré que me quite esto! ¡No esto también!

Oh, ¿está hablando ahora de la oferta de trabajo que Evan le arrebató entonces?

—Pero Sr. Robertson...

Se pone rojo de rabia.

—¡No, maldita sea! O se te ocurre algo o me buscaré otro abogado.

—Entonces hágalo, porque no puedo ayudarlo así.

—Un momento —les pido a ambos, luego me dirijo a mi jefa—. Sra. McMillan, ¿puedo hablar con mi hermano a solas un momento?

—Me encantaría. Tengo cosas mejores que hacer que recibir gritos, pero, por favor, salgan de mi despacho para tu conversación.

—Me disculpo por él.

—Está bien, Sra. Robertson, no tiene que hacerlo. Soy abogada., estoy acostumbrada a estas reacciones. Sólo quiero que abandone el despacho para que yo pueda seguir trabajando mientras tanto. —Entonces sus ojos se vuelven hacia mi hermano—. Sr. Robertson, estaré encantada de seguir representándole... siempre que sus objetivos sigan estando claros para mí. Así que piénselo detenidamente.

Sale del despacho sin decir palabra y yo le sigo.

—¿Vamos a tu oficina? —pregunta sobriamente.

—No, vamos afuera.

Dicho y hecho. Unos minutos más tarde, estamos de pie frente al rascacielos.

—Entonces —empiezo y me cruzo de brazos—. Ahora dime qué está pasando realmente.

—¿De qué estás hablando?

—¡No me tomes por tonta, Nick! Estás listo para provocar una contrademanda.

—¡Tantos años de duro trabajo se han invertido en los diseños! ¿Crees que voy a rendirme ahora?

—¡Pero Evan ha ganado por derecho! ¡Hiciste una apuesta!

—¿Estás de su lado ahora o qué?

—¡Quiero que entres en razón! ¡Ya no estás en tus cabales!

Nick enseña los dientes.

—¿Qué?

—Hablas de acabar con Evan y no dejar que te quite nada más.

Hace un gesto con las manos.

—¡Ya sabes cómo es!

—Sí, en efecto. Llegué a conocer sus verdaderos colores. Y no es el bruto que dices que es.

—¿Tú... estuviste con él?

—Me dio el vídeo, ¿recuerdas? —contraataco.

—¿Y eso fue todo?

—La cuestión es... —digo enérgicamente—. Sólo parece estar cegado por tu rabia.

Me mira con urgencia.

—¡Me quitó el trabajo!

—¡Oh, tonterías!

Me mira indignado.

—Eres feliz aquí en Nueva York con el equipo que has formado mientras tanto. Tu empresa de ingeniería se ha desarrollado muy bien, y sólo porque te quedaste aquí conociste a Linda y puedes vernos a papá y a mamá y a mí seguido.

Nick baja la cabeza.

—No es por la oferta de trabajo. Entonces, ¿vas a decirme por fin de qué vas todo esto realmente?

Vacila.

—¿O el asunto va a acabar con nosotros también?

Sobresaltado, vuelve a levantar los ojos hacia los míos.

—¿Hablas en serio?

—No quiero llegar a eso. —Mis ojos se humedecen—. Todo en mí tiene miedo de eso, pero... —Recupero mi determinación—. Estoy cansada de esto, Nick. Estoy cansada de tener que sacarte todo a la fuerza. Y no quiero tener que elegir entre tú y él.

Cuando parece darse cuenta de lo sería que estoy y de que ha pasado algo más entre Evan y yo, la expresión de sus ojos cambia.

—Samantha... —Visiblemente traga saliva—. Evan me arrebató mucho más que la oferta de trabajo. Como resultó entonces, se ha apasionado por arrebatarme todo lo que aprecio. Por eso rompí el contacto y decidí que él ya no existía para mí.

—¿Qué quieres decir?

La ira relampaguea en sus ojos. Ira, amargura, odio.

—Clarissa.

Me da un vuelco el corazón.

—Me la quitó.

La atracción física te hace olvidar lo que es realmente importante.

- Lector Anke M.

Capítulo 25

~ *Samantha*

—Fue en Central Park —dice Nick—. El mismo lugar donde recogí la ardilla herida unas semanas después y la llevé a la consulta de Linda. Antes de que eso ocurriera, vi algo espantoso en el parque: Vi a Evan con Clarissa.

—¿Cuándo aún estabas con ella? —pregunto.

—Unas horas antes de que rompiera conmigo.

Se me pone la carne de gallina.

—Estaban sentados en una banca, uno al lado del otro, hablando.

—De acuerdo, pero eso no es un crimen, ¿verdad?

—No hay necesidad de defenderlo de nuevo ahora —responde—. Evan y Clarissa nunca han sido realmente amigos. Por mucho que se vieran por mi culpa, nunca llegaron a congeniar. Durante un tiempo pensé que simplemente no se llevaban bien y me aguanté. No tenía ni idea de que la distancia entre ellos era sólo una actuación para que yo no sospechara.

Mi corazón late más rápido, pero el detonante es cualquier cosa menos agradable.

—¿Tuvieron una aventura?

—Simplemente no me di cuenta. Hasta que los vi en el parque.

—Ellos... —Me cuesta decirlo—. ¿Se besaron?

—Eso no, pero Evan cogió la mano de Clarissa y la miró profundamente a los ojos. Y luego se abrazaron.

Tengo que respirar hondo.

—Me encantaría volver a decir que no hizo nada ilegal, pero... sería mentira.

—Teniendo en cuenta que siempre actuaron como si no se cayeran bien, su comportamiento en el parque estuvo absolutamente fuera de lugar. Y, sobre todo, no debes olvidar una cosa: Clarissa rompió conmigo el mismo día. Por mensaje de texto.

—Que nunca justificó, ¿verdad?

—Ya no tenía que hacerlo. Supe enseguida que me había dejado para estar con Evan. —Resopla—. Como él me había arrebatado el trabajo poco antes, por desgracia no me sorprendió en absoluto. Y esa fue la gota que colmó el vaso. Podría haber pasado por alto lo del trabajo; en eso estoy de acuerdo contigo, pero el hecho de que tuviera la desfachatez de robarme a Clarissa fue demasiado. Alguien así no es un amigo, es un imbécil.

—¿Pero no podías al menos enfrentarte a él?

Me mira con urgencia.

—Lo hice. Y no lo negó.

Abro la boca.

—¿Qué?

¿Evan confesó todo?

—Después de eso, nunca volví a hablar con él.

—Hasta que robó tu invento, supuestamente.

—Sí, sobre eso, parece que recordé mal. —Nick se encoge de hombros—. No sé cómo me ha podido pasar algo así. En realidad, mi memoria funciona bien.

—Sufriste por la ruptura con Clarissa —especulo—. Por la forma en que todo se vino abajo. Y por haber sido defraudado por tu mejor amigo. Una experiencia traumática como esa realmente puede estropear tu memoria.

Aprieta ligeramente los labios.

—Ahora ya conoces toda la historia. Lamento que me difícil hablar de eso, pero aún hoy abre heridas profundas.

—Ya lo entiendo. Sí, ahora lo entiendo.

—Entonces quizá entiendas que debes tener cuidado sólo con hablar con Evan —me amonesta—. Ese imbécil parece obsesionado con quitarme todo lo que es importante para mí. Y tú también eres importante para mí, hermanita. Lo sabes... y él también a estas alturas.

Dios mío... ¿Se supone que esta es la razón por la que Evan ha sido tan maravilloso conmigo? Fue todo un espectáculo para demostrar a Nick aún más quién es el mejor...

—No sé si Clarissa y él siguen en contacto —continúa Nick—. Quizá ya hayan terminado. Tal vez él sólo estaba interesado en golpearme desde el principio. No lo sé.

La típica comparación entre hombres. Incluso entre mejores amigos. Después de la oferta de trabajo y la competición arreglada por la patente, Evan podría haber probado la sangre. Eso es burdo, pero algunos hombres son así. Hombres con problemas de ego.

—Hm —digo y asiento con cautela.

—Samantha...

—¿Sí?

—Pareces sorprendentemente serena. ¿Está todo bien?

—No pasa nada —respondo honesta y directamente—, pero ahora sé exactamente lo que tengo que hacer.

Entro en la planta donde tiene sus oficinas la empresa de ingeniería de Evan. Curiosamente, este rascacielos no está muy lejos del que alquila Nick para su local comercial.

—Hola —me saluda un joven sentado detrás del mostrador.

—Hola, vengo a ver a Evan Dumont.

—¿De qué se trata?

—Yo... soy de *McMillan & Asociados*.

—¿Tiene una cita?

—No.

Su boca se tuerce ligeramente.

—Lo siento, el Sr. Dumont no atiende a nadie sin cita previa, pero podemos concertar una directamente.

—Dile que Samantha está aquí.

Frunce el ceño.

—¿Sólo Samantha?

—Y es urgente.

Vacila.

Mis cejas se mueven hacia arriba para animarlo a intentarlo.

Sin dejar de mirarme, coge el teléfono y llama a alguien por marcación rápida.

—¿Sí, Sr. Dumont? Disculpe, pero hay una Samantha buscándolo. —Echa un poco la cabeza hacia atrás—. De acuerdo. —Cuelga—. Por favor, sígame... Samantha.

—Gracias —respondo, y si no estuviera tan tensa, estaría sonriendo ahora mismo.

El hombre, que difícilmente puede tener más de veinte años, me guía a través de dos salas de conferencias y algunos despachos más. El mobiliario es moderno y fresco, el ambiente está dominado por tonos grises. Se me ocurre que en la empresa de Nick es parecida. Nos dirigimos a un despacho más grande.

—Por favor —dice, deteniéndose ante la puerta de cristal abierta y señalando hacia el interior de la habitación.

Reconozco a Evan en el mostrador, está hablando por teléfono con alguien, pero hace tiempo que me está mirando.

—Gracias —vuelvo a decir y me despido del joven con una inclinación de cabeza, que inmediatamente se dirige de nuevo al mostrador de la recepción. Entro, camino hacia Evan y me planteo si quiero tomar asiento o quedarme de pie.

—No —dice Evan sobriamente al teléfono, con los ojos todavía clavados en mí—. Necesitamos la entrega esta semana, ¿entiendes? —Pausa—. Entonces haz que ocurra. De lo contrario, puedes dar por hecho que trabajaré con otro fabricante en el futuro. Y créeme, no quieres eso con las cantidades que vamos a necesitar pronto.

Parece que se trata de la producción de impresoras...

Por supuesto.

Con este tipo de innovaciones técnicas no hay tiempo que perder, ni siquiera con una patente.

Otro equipo de ingenieros podría idear algo mejor en cualquier momento.

—Bien, entonces nos entendemos. —Evan termina la conversación—. Estaré en contacto. —Cuelga—. Samantha...

—Hola Evan.

—No esperaba verte aquí. —Se levanta, se abrocha la chaqueta gris oscuro y rodea la mesa.

—Lo sé. Ninguna conversación entre estas cuatro paredes ocurre sin una cita.

—Tú no necesitas cita —aclara y se acerca a mí para darme un beso.

Toda mi postura entra inmediatamente en modo de defensa y él se detiene asombrado.

—¿Todo bien? —pregunta.

Vuelvo a mirar a mi alrededor.

—¿Ahora eres más director general o ingeniero?

—A largo plazo, es más probable que sea lo primero, pero me sigue gustando quedarme un piso más abajo en nuestras salas de investigación.

Asiento con recato.

¿Por qué estás aquí? leo en sus ojos oscuros.

—¿Quieres sentarte? —dice en su lugar.

—No, gracias.

—¿Me traes algo?

Sacudo la cabeza.

—Evan... —Respiro hondo—. Tú y Clarissa...

De repente se pone más serio.

—Estamos hablando de Clarissa Pearson, supongo.

—¿Por qué has hecho eso?

Tarda unos segundos en recuperar la compostura.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que lo sabes muy bien.

Me lo confirma acercándose a la puerta de cristal y cerrándola.

—Así que hablaste con tu hermano sobre ella.

La atracción física te hace infiel.

- Lector Erika M.

Capítulo 26

~ *Samantha*

—Sí —respondo—. Nick me contó mucho sobre lo que pasó entre Clarissa y tú.

—Según me ha dicho mi abogado esta mañana, a Nick todavía no ha retirado la demanda —dice queriendo cambiar de tema.

—Y no lo hará pronto —aclaro—. Para él, el asunto no es sólo de negocios, también es personal. Te culpa de que Clarissa lo dejara.

—Casi se diría que le gusta la batalla legal. —Evan se acerca y asiente alentador—. ¿Y a ti? ¿Qué te parece?

Intento obstinadamente ignorar el efecto seductor que me produce cuando se acerca a mí y me mira así, y lo bien que vuelve a oler hoy.

—Creo que tiene razón. Clarissa rompió con él por tu culpa.

—Ella lo engañó —responde secamente—. No conmigo, sino con lo que parece cualquier otro chico de todo el campus.

Tengo que tragar saliva.

—Sí. Estaba pensando algo así.

—Nick está convencido de que le robé a Clarissa. —Inclina ligeramente la cabeza—. ¿No compartes esa opinión? ¿No es por eso por lo que estás aquí?

—No. Sé que nunca harías algo así.

—Okay —murmura.

—¿Cómo te enteraste? —quiero saber—. Que Clarissa lo estaba engañando.

—Yo estaba en una fiesta en nuestra residencia de estudiantes en ese momento. Nick no estaba allí, estaba visitando a tus padres. Fui a una habitación donde decían que podías tomar cola fría. Desafortunadamente, confundí los números de habitación y terminé en una habitación en la que no debería haber terminado.

—¿Por qué?

—Clarissa —dice con naturalidad—. Con un tipo que no conocía, pero estaban en la cama y tuvieron sexo.

—Oh no, ¿en serio?

—Peor aún, cuando el tipo me vio, se enfadó y le dijo a Clarissa que no quería volver a compartirla con otro hombre en un trío. En otras palabras, no era la primera vez que se acostaba con este tipo. Y no fue el único con el que lo hizo.

Respiro entrecortadamente.

—¡Estaba tan enfadado con ella! —Evan aprieta el puño—. Siempre me dio mala espina y

nunca me cayó bien, pero nunca pensé que fuera tan mentirosa. Nick estaba loco por ella, la idolatraba. Y ella no tenía nada mejor que hacer que acostarse con todo el campus a sus espaldas. Lo miro con tristeza.

—Me suplicó que no se lo dijera —continúa—. Me dijo que quería decírselo ella misma. Así que me recompuse.

—¿Y después?

—La tarde siguiente, acababa de volver de correr cuando vi a Clarissa besando a otro chico.

—¿Otra vez otro hombre?

—Sí.

Atónita, vuelvo a sacudir la cabeza.

—Dios mío... —susurro, conmovida.

—Me di cuenta de que nunca cambiaría y que no merecía a Nick.

Una sensación de inquietud se apodera de mí.

—Entonces, ¿qué has hecho? No... —Me tapo la boca con la mano—. ¿Te acostaste con ella también, para presumir?

—No. Ese no es mi nivel, pero fui a dar un paseo con ella. Traté de exudar tanto calma como determinación. Quería dejarle algo claro. A cambio, le prometí que no denunciaría el robo.

—¿Qué robo?

—Una vez intentó robarme unos cientos de dólares de la cartera. También la pillé después de correr cuando estaba sola en nuestra habitación. Tan sorprendida como estaba cuando la encontré haciéndolo, me devolvió el dinero inmediatamente. Por el bien de Nick, olvidé el incidente.

—Pero cuando descubrió que ella también le era infiel, tuvo que volver a pensar en el intento de robo.

—Le dije que sólo seguiría sin denunciarla si accedía a dar un paseo conmigo y podíamos arreglar las cosas. Supongo que esa es la única razón por la que accedió a tener una conversación sensata conmigo en primer lugar.

Asiento con la cabeza.

—Ahí fue que los vio en el paseo por Central Park.

Evan aprieta los labios.

—Nick nos vio, eso es lo que quieres decir, ¿no?

—¿Así que se enfrentó a ti después?

—Más tarde en el dormitorio, sí. Volvió de casa de tus padres, no se encontró conmigo ni con Clarissa, así que se fue a correr. Te lo digo, si sales a correr, verás a una Clarissa que preferirías no conocer.

—Espera un momento —pregunto—. Una cosa a la vez. ¿De qué hablaste con Clarissa en el parque?

Sus ojos se entrecierran.

—Sobre cómo debería alejarse de Nick porque no es buena para él. Y cuánto estaba dispuesto a denunciarla si se negaba a dejarlo en paz.

—Tú... —Tengo que tragar saliva otra vez—. ¿La amenazaste?

—Hice lo que tenía que hacer. —Mira brevemente a mi lado—. Al menos eso es lo que pensé en ese momento.

—Por eso la mirada intensa en sus ojos. El contacto físico. El abrazo.

—Fue un abrazo de despedida.

—¡Pero Nick te vio y lo malinterpretó!

—Sí. Rompió nuestra amistad esa misma noche y me echó de nuestra habitación.

—¿Dejaste que eso pasara? —*Podría arrancarme el cabello*—. Evan... ¿Podrías habérselo dicho! ¡Acerca de lo que hizo Clarissa!

—Deberías haber visto a tu hermano en ese momento. Lo reconocí en sus ojos. Estaba completamente devastado porque Clarissa había roto con él. Todavía era más capaz de hacer frente a un amigo traicionándolo que...

—Aceptar que el amor de su vida lo engaña con tipos cualquiera y le roba —termino la frase y empiezo a entender.

—El robo en particular le habría hecho mucho daño —dice de acuerdo—. Lo sé.

—¿Así que preferiste dejarle creer que tú eras el malo en vez de desenmascarar a Clarissa como la verdadera culpable?

Evan me mira con urgencia.

—Mi teoría era ésta: Todavía puede soportar mejor a una Clarissa que se deja seducir por mí que la verdad, que habría hecho tambalear su fe en el amor, quizá para siempre. Después de todo, éramos mucho más jóvenes que ahora.

—¡Pero eso te convirtió en un villano, aunque no lo fueras!

—Samantha, sé que conoces bien a Nick, pero yo también. Y mi instinto me dijo esto, si Clarissa hubiera salido muy mal parada en su percepción, su corazón habría tenido que morderla para siempre. Nick también es un romántico. Quién sabe cuánto tiempo le habría llevado recuperarse de la verdadera traición a la confianza de Clarissa.

—Linda... —murmuro.

—¿Perdón?

—¡Linda! Su novia. La conoció unas semanas después. Ha sido absolutamente feliz con ella desde entonces. —Asiento con recato—. Quién sabe si le habría dado otra oportunidad al amor tan rápido en otras circunstancias.

—Pienso exactamente lo mismo —dice Evan—. Prefiere pensar mal de mí que de su primer amor.

—Por otro lado, le mentiste —le digo—. Deberías haberle dicho la verdad. Por mucho que duela. La verdad más amarga sigue siendo mejor que cualquier mentira. A la larga, siempre es el camino correcto.

—Lo que sea. Nick insistió en romper el contacto conmigo. Y yo lo acepté. No hemos hablado desde entonces.

—Pero ahora estás de nuevo en contacto.

—Debido a una demanda —dice Evan—. ¿De verdad crees que es el momento adecuado para contarle la verdad sobre Clarissa?

—¡Claro que sí! Tiene derecho a saberlo, ¡no importa cuánto tiempo hace y qué más hay en la agenda!

—No me creería. Pensaría que intento despistarlo o hacerle pasar un mal rato. Lo sé por la forma en que me mira. He terminado con él.

—Evan. Nick y Linda llevan años juntos y su fe en el amor se ha salvado. Clarissa, en cambio, es historia para él. ¡Tienes que iluminarle! Esa es la única manera de que su amistad tenga una oportunidad.

Evan baja los ojos.

—He visto en *Facebook* que Nick está felizmente ocupado, pero... me he dado cuenta de algo más. —Me mira de nuevo—. De todas formas, ya no merezco su amistad.

—¿Por qué? ¿Porque solicitaste el mismo trabajo en Silicon Valley que él?

—No —responde con seguridad—. Uno de cada dos futuros ingenieros solicita un trabajo en Silicon Valley. Además, no habría sido el trabajo soñado para ninguno de los dos, sino un trampolín, nada más. Estaba en mi derecho de solicitarlo, tener éxito y luego decidirme por otro trabajo, concretamente en Los Ángeles.

—Estoy de acuerdo —admito.

—Nick también piensa eso. Sólo está insistiendo en eso ahora porque encaja en su imagen general de mí como un egoísta.

—Entonces, ¿de qué estás hablando? —pregunto—. ¿Por qué ya no mereces su amistad?

Parece melancólico, y en esta situación tengo que ignorar lo guapo que está, incluso cuando está triste.

—Que le ocultara la amarga verdad para proteger su corazón, aunque nos costara nuestra amistad, es una cosa, pero es absolutamente imperdonable que me involucrara en primer lugar.

—¿En la relación, quieres decir?

—Sí. Piénsalo. Realmente presioné a Clarissa para que dejara a Nick. Los obligué a ambos a separarse. Nick podría haber preferido un camino diferente si hubiera tenido la opción, pero le quité esa opción. Clarissa dejó claro en su mensaje de texto que la separación era definitiva. Debido a mi amenaza de denunciarla. Tomé esa decisión y no les di la oportunidad de tomar su

propia decisión. No esperaba que Nick rompiera el contacto conmigo en ese momento, pero... de cualquier manera, estuvo mal de mi parte. Me entrometí en su vida amorosa. Un verdadero amigo no hace eso. Nunca lo hace. Ahora me he dado cuenta. Y nunca me lo he perdonado.

—¡Eso es exactamente lo que tienes que decirle! —Insisto—. ¡Para que pueda perdonarte!

—Samantha...

—¡No, Evan! ¡Así son las cosas! Gracias a ti, encontró la felicidad con Linda. Y te arrepientes de haber interferido, ¿verdad? ¡Entonces díselo! Tenías buenas intenciones, aunque no fuera la mejor manera de hacerlo. Habla con él. Lo entenderá.

—No es tan fácil. Ni para él ni para mí. Especialmente en la situación actual con la patente.

—¡Tonterías! Sí, ¡eso es una tontería! Ahora es el momento adecuado. Tienes miedo de su reacción. Podría ser más positiva de lo que te imaginas con todos tus autorreproches.

Aprieta ligeramente los labios.

—¿Estás tratando de decirme qué hacer ahora? ¿Igual que le dije erróneamente a Clarissa que rompiera con él en ese entonces?

De repente no sé qué responder y se hace un silencio que amenaza con abrumarme.

¿Tiene razón?

Anteayer mismo le dije a Evan que nunca querría ser el tipo de mujer que le dice a su novio cómo tiene que tratar a los demás.

Siempre he desconfiado de las mujeres que ordenan a su pareja que se ponga en contacto con alguien.

¿Y ahora? ¿Acabo de mutar en una mujer así, delante de Evan?

—Deberías irte ya. —Son sus siguientes palabras.

Mi corazón recibe una fuerte puñalada.

—Pero...

Son palabras geniales. Palabras decididas.

—Todavía tengo trabajo que hacer.

Decepcionada, le devuelvo la mirada.

Y entonces lo hago.

Me voy.

Aparentemente...

Todo se ha dicho entre nosotros.

La atracción física también puede desarrollarse sólo en una segunda mirada.

- Lector Bettina D.

Capítulo 27

~ *Samantha*

Cojo un taxi de vuelta a la oficina. Cuando salgo del ascensor, Jenny y yo intercambiamos miradas automáticamente.

—Hola, ahí estás otra vez —me saluda con voz amable—. Tu hermano parecía molesto cuando saliste con él antes.

—Podría decirse que sí —respondo a regañadientes—. ¿Ha preguntado la Sra. McMillan por mí?

—Sí, hace media hora, pero parecía más preocupada que otra cosa.

—Okay, gracias. —Voy al despacho de mi jefe y llamo.

—Adelante.

Abro la puerta y entro en la habitación.

—Sra. McMillan...

Se quita las gafas.

—Has vuelto, bien.

—Siento haber estado fuera tanto tiempo. No volverá a ocurrir.

—No te preocupes por eso. Se trata de tu hermano y de su estado de ánimo. Me doy cuenta de que fue una situación excepcional, y necesaria.

Aliviada, asiento con la cabeza.

—Gracias por su comprensión.

—¿Pudiste calmarlo?

Tengo que respirar hondo.

—No, pero pude averiguar qué había realmente detrás de su comportamiento. Nick está resentido con Evan por un incidente que ocurrió hace años y le resulta difícil enfrentarse a perder contra él de entre todas las personas.

—¿Es un incidente privado?

—Se trata de una mujer, pero de una forma diferente a la que podrías pensar.

—Okay, eso es todo lo que necesito saber —dice y se vuelve a poner las gafas para echar un rápido vistazo a su computadora—. Sólo sería relevante si el incidente pudiera ayudar a tu hermano en su disputa legal, pero no parece ser el caso.

—No. Y estoy de acuerdo contigo en que mi hermano debería retirar la demanda mientras pueda.

—Tenemos nuestra primera vista judicial la semana que viene —acepta ansiosa.

—¿Quiere retirarse del caso, Sra. McMillan?

—Para ser honesta, esperaba que la pregunta no volviera a surgir, pero eso depende de lo que tu hermano decida ahora.

Asiento con simpatía.

—Si no se pone en contacto conmigo esta tarde, le pediré que cambie de bufete y tomaré todas las medidas necesarias.

—Entiendo.

—¿Se ha enviado la carta de advertencia a la lavandería que copió el logotipo de la tintorería vecina, señora Robertson?

—Sí, eso ya está hecho.

—Maravilloso. Entonces, ¿por qué no te tomas el resto del día libre? La reacción de tu hermano nos ha sorprendido a los dos, pero también te afecta a nivel personal o familiar. Mañana quizá puedas concentrarte mejor que hoy.

—Es muy amable de tu parte, pero tal vez el trabajo me ayude a distraerme. Yo... no estoy segura.

—Como quieras.

Me despido de ella por el momento y salgo de su despacho.

El día tuvo un comienzo de locos. Primero tuve una conversación inquietante con Nick, y luego una conversación con Evan que fue igual de inquietante. No sé qué hacer a continuación. No parece haber una solución inminente a la vista que satisfaga a todos y no implique una multa horrenda para nadie. Y, desde luego, no parece que los dos vayan a volver a hablarse sin sus abogados. Es una doble carga para mí. Porque no es sólo Nick quien significa mucho para mí. No, no es sólo él. Es exasperante.

Aunque hoy he empezado a trabajar mucho más tarde de lo habitual, el resto del día apenas ha querido pasar, pero me quedé. En la oficina. En mi mesa. Intenté concentrarme en mi trabajo lo mejor que pude. Porque quizás habría sido mucho peor para mí si me hubiera quedado en casa sin hacer nada. ¿Y qué podría haber hecho? Nick y Evan trabajaban solos.

Pero ahora por fin es de noche y salgo de la oficina. En cuanto lo hago, llamo a mi hermano.

—¿Sí? —responde a la llamada.

—¿Dónde estás?

—Todavía en la oficina.

Levanto la mano y llamo con la mano el taxi más cercano.

—Okay, iré a verte. Tenemos que volver a hablar.

Duda.

—¿Puedo hacerlo más tarde en casa?
—¿Por qué, tienes otro cliente importante aquí?
—No...
—Entonces hablemos. Por favor.
—De acuerdo. Sí... tengo tiempo hasta que llegues.
—Bien, te veo en un minuto. —Cuelgo.

El corazón me late con fuerza cuando me acerco al despacho de Nick. Tengo mucho que decirle, pero no sé cómo reaccionará. Si las cosas se ponen mal, podría interponerse entre nosotros en el futuro, pero tengo que arriesgarme. Tengo que hacerlo. Al darme cuenta, entro en su despacho y hago que me mire desde su mesa.

—Samantha.

—Escucha —empiezo inmediatamente en tono insistente—. Probablemente no quieras oír esto, pero tengo que decírtelo.

—¿Qué?

—Estoy harta de tener que sacarles todo a la fuerza. —Esta afirmación le preocupa sobre todo a él—. Y yo estoy harta de que tengan que complicarlo todo innecesariamente en lugar de hablar abiertamente de sus sentimientos. —Esta afirmación lo digo especialmente a Evan—. ¡Esto no puede seguir así, Nick! Tú lo estás sufriendo ¡y Evan también! ¡Hablen entre ustedes y soluciónenlo! ¡A la mierda el falso orgullo, el miedo al rechazo o como quieras llamarlo! ¡Porque no puedo soportarlo más!

Levanta la mano en señal de aplacamiento.

—Samantha...

—¡No, hablo en serio! ¡Arréglalo! ¡Me estoy hartando de ustedes!

—Es una pena —suenan de repente una voz familiar detrás de mí.

Me doy la vuelta asombrada.

—¡Evan!

Pasa a mi lado y deja el vaso de agua mineral que, al parecer, acaba de coger.

—¿Has terminado? —me pregunta sobriamente.

¡Uy, ha oído todo lo que acabo de decir!

Todas las acusaciones. Las denuncias. Los reglamentos.

—Con tu regaño —añade bruscamente.

Tengo que tragar saliva y lucho por recuperar una postura segura.

—Lo siento, pero es sólo mi sincera opinión. Para mí, es una cuestión de respeto que la

comparta contigo. Y si no puedes soportarlo, no puedo obligarte, por supuesto, pero entonces...

—¿Ya terminaste? —me interrumpe Evan enérgicamente y se acerca.

Lo miro, perplejo.

—Bien, porque como dije, sería una pena que perdieras la fe en nosotros los hombres sólo porque tu hermano y yo fuéramos tan idiotas.

¿Qué?

—Ya hemos hablado —dice Nick, y me doy cuenta de lo relajado y cálido que suena.

Mi mirada vacila.

—¿Por eso estás aquí? —le pregunto finalmente a Evan—. ¿Por eso tenías algo urgente que hacer y querías que me fuera?

—Sí. Tenías razón. Con todo lo que dijiste.

—Entonces... —murmuro y me vuelvo hacia Nick.

Aprieta ligeramente los labios.

—Evan vino y finalmente me dijo lo que realmente le pasó a Clarissa. Ahora sé... —Se interrumpe.

Qué te ha hecho, pienso.

—Que Evan quería protegerme —prefiere decir en su lugar.

Nick aprieta los labios con más fuerza. No cabe duda de que, incluso ahora, sigue luchando contra la amarga verdad sobre su primer gran amor. ¿Cómo se habría sentido si lo hubiera descubierto entonces?

—Si eso estuvo mal o bien ya no importa. El hecho es que Evan no se acostó con ella y tenía las mejores intenciones.

—Lo siento —oigo responder a Evan—. No debería haber decidido por ti que lo de ustedes se había acabado.

Nick se levanta y se remanga la camisa.

—Oye, acabamos de hablar de todo esto. —Camina a hacia Evan—. Ahora te entiendo y te perdono. Y tú me perdonas por quejarme. Al menos así te he entendido yo ahora. —Levanta una comisura de los labios esperanzado.

Evan le estrecha la mano.

—Un punto de honor.

Nick baja la mirada hacia la mano que Evan le tiende, pero luego lo abraza y le da unas palmaditas en la espalda.

—Es una sensación agradable tener de vuelta a un amigo que creías haber perdido.

—Sí —responde Evan aliviado y le devuelve el abrazo y la palmada en la espalda.

¡Qué locura!

¿Realmente está ocurriendo?

—¿De verdad hablaron de todo? —pregunto esperanzada y me doy cuenta de que ya estoy sonriendo de alegría—. ¿Así de fácil?

—¿Qué quieres decir con eso? —Es la contra pregunta de Evan cuando ambos se liberan de su abrazo—. Nos diste el empujón que necesitábamos.

—Además, nuestra conversación ha durado ya muchas horas —añade Nick.

¡Estoy asombrada!

—¿Han estado hablando de esto desde que me fui de la oficina de Evan ?

—Por así decirlo, sí —dice Evan—. Tuve que pensarlo un momento, pero luego me puse en marcha.

—Vaya —murmuro feliz—. Y... ¿qué pasa con la patente?

—Ambos estaremos registrados como propietarios —dice mi hermano, rodeando amistosamente con el brazo a su nuevo compañero de patente. —Aunque Evan ganó nuestro concurso, por un margen muy estrecho, debo añadir, va a permitir que me añada a su patente ya registrada.

—Pero no nos agruparemos—continúa Evan, fingiendo dar un ligero puñetazo en el estómago a Nick—. Sólo mi empresa producirá la impresora mejorada y se especializará en ella por completo.

—¿Y tú compañía, Nick?

—Recibo una parte de los beneficios por cada impresora 3D que venda Evan, pero aparte de eso, me concentraré en mi próxima innovación.

Asiento con la cabeza.

—Entonces Evan, te concentrarás más en dirigir tu empresa, y en vender un producto totalmente desarrollado. Y tú, Nick, quieres seguir siendo principalmente ingeniero y trabajar en nuevas ideas.

—Exacto —dice mi hermano—. Y...

—Ya hemos hablado bastante —le interrumpe Evan y viene hacia mí, acercándose mucho. Pone sus manos tiernamente en mi cintura, su boca busca la mía—. Por fin quiero besar a mi chica.

Al momento siguiente me besa con sus labios seductores, no sólo me invade un destello de excitación, sino que también siento un inmenso alivio.

—¿Entonces no estás enfadado conmigo? —le pregunto.

—¿Por qué lo estaría?

—Porque intenté decirte lo que tenías que hacer. Al final, no me sorprendió que quisieras que me fuera.

Su nariz roza suavemente la mía.

—Por eso quería que te fueras, porque quería demostrarte con hechos que entendía.

Lo miro feliz.

—Siempre me has entendido. Desde el primer segundo. No me refiero a lo que digo, sino simplemente... a mí. Tú me entiendes.

—Y tú me completas —se atreve a decir algo aún más hermoso que yo. Evan cierra los ojos y me roba un beso que acelera mi respiración.

—Te quiero —susurro contra sus labios.

—Y yo a ti —susurra y me abraza a él.

¡Dios! ¡Nunca me he sentido tan feliz como en este momento!

—Ustedes son muy lindos, pero... —Nick nos recuerda que todavía está aquí—. ¡Búsquense un cuarto!

Evan sigue abrazándome y nos reímos de Nick. Uno al lado del otro.

Mi hermano mayor tendrá que acostumbrarse a esta vista.

Por el cual... A juzgar por su sonrisa ...

Lo hizo desde hace mucho tiempo.

La atracción física permite permanecer con la misma persona durante décadas.

- Lector Myriam S.

Epílogo

~ *Evan*

Campanas de iglesia. Palomas blancas. Mil globos en forma de corazón. Diez veces más burbujas. Un impresionante coche de caballos con dos caballos blancos delante. Las bodas se celebran a lo grande para los Dumont, y esta vez no es una excepción.

—¡Saluden a los novios! —Se oye aquí y allá cuando termina la ceremonia y el cortejo nupcial abandona la iglesia.

Al rato, todos los invitados han llegado al jardín de mi padre en los Hamptons y están celebrando a los recién casados. Agarro la mano de Samantha todo el tiempo. Es mi tesoro máspreciado, al que nunca volveré a renunciar. Y a nadie debería sorprenderle que hoy, en este día tan especial, esté especialmente pegajoso.

—¡Samantha! —Patricia se acerca corriendo y la abraza cariñosamente, casi arrebatándomela—. Tengo que decirte otra vez lo guapa que estás con ese vestido.

Samantha se ríe.

—Tú también, así que sólo puedo devolverte el cumplido.

—Eh, ¿y yo qué? —me quejo, atrayendo la atención de ambas mujeres hacia mí—. ¿Cuándo alguien va a decir algo lindo sobre mi esmoquin? —bromeo.

—Oh, te veo en traje todo el tiempo —se burla mi hermana y me hace un gesto para que me vaya.

Nick se une a nosotros, junto con Linda.

—Pero ese traje que lleva Evan no es normal, es un esmoquin. Mira, compáralo con mi traje. Así verás la diferencia.

—Sé lo que es un esmoquin —responde Patricia con una sonrisa—, pero no te imaginas lo divertido que es molestar a Evan.

—¿Incluso hoy? —pregunta Nick y me pone la mano en el hombro, para volver a mirar a Patricia al momento siguiente—. ¿En su gran día?

—¿De qué estás hablando? —dice ella—. Sólo es el padrino. —Vuelve a reír burlonamente. Suspiro.

—¿Dónde está Jack de todos modos? No quiero que el próximo cuarteto empiece sin ti.

—¡Oh, eres un tonto! —refunfuña.

—¿Cuarteto? —quiere saber Linda.

—No preguntes —le digo—. Eso es entre Patricia y sus tres amantes. —Le devuelvo la sonrisa con descaro.

Respira hondo.

—Muy bien, probablemente me he ganado este contraataque.

De hecho, le doy la razón, alzo mi copa a la altura de la nariz antes de llevármela a la boca y beberme el Negroni que Samantha ha pedido para mí en la barra. Ella, en cambio, sostiene un gimlet.

—Pero tienes razón —dice Patricia—. Debería ir a buscar a Jack. —Con estas palabras, se aleja de nosotros.

Nick está a punto de decirme algo cuando su celular vibra y lo revisa.

—Oh, es la Sra. Banks.

—El principal inversor para tu próximo invento —comento con satisfacción, recordando que ahora muchos ingenieros prefieren presentarse en nuestras dos empresas antes que en Silicon Valley.

—Sí. Lo siento, debería contestar. ¿Me disculpan un momento?

—Por supuesto —decimos Samantha y yo al unísono, y nos reímos el uno del otro.

Nick coge la llamada y se retira, con la mano libre entrelazada con la de Linda.

Hay algo más en lo que tengo que pensar: por culpa de la señora Banks, Nick y yo no nos vimos en la gala, a pesar de que los dos estábamos allí. Me pregunto cómo habría resultado todo si él hubiera sido el que se topara conmigo en lugar de su encantadora hermana. Estoy cien por ciento seguro de que el destino nunca me ha deparado nada mejor que aquella noche.

—¿En qué estás pensando? —susurra Samantha sensualmente y me acerca más a ella.

Eso me hace sonreír.

—En el destino.

—¿Sí?

—Sí.

Ella también está radiante.

—Por cierto, para que alguien lo diga por fin: el esmoquin te queda genial.

—Gracias, Sra. Robertson. Muy considerada. —Me río.

—De nada, Sr. Dumont. Y para que lo sepa, sé la diferencia entre un traje y un esmoquin. Aunque sólo sea porque usted llevaba un esmoquin cuando nos conocimos.

Con una sonrisa feliz, coloco el pulgar y el índice en su barbilla y la acaricio suavemente.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Entonces veo a la orquesta preparándose a unos metros de distancia.

—Ven conmigo —le pido y tiro de mi amada.

—Oh, ¿ya te toca?

—Sí, eso parece.

La suelto de mala gana y me dirijo a la orquesta, cogiendo el micrófono en la mano. Mi padre y Georgia me acompañan. Intercambiamos miradas de felicidad. Luego me vuelvo hacia el

público. Ya he pronunciado mi discurso nada más llegar al jardín, pero ahora hay otro punto en el programa que papá me ha pedido que anuncie.

—Queridos invitados —digo—. Los novios bailarán ahora el vals de apertura.

Cada vez más gente se reúne en semicírculo alrededor de la orquesta y de una pequeña pista de baile en medio del césped. Mi padre y su novia se miran enamorados, caminan cogidos de la mano hacia el centro y se alinean. Los músicos se ponen en marcha, empieza su canción y los novios nos regalan un vals perfecto. Al cabo de unos segundos, devuelvo el micrófono y regreso junto a la mujer por la que siempre siento una atracción mágica.

—¿Me concede el siguiente baile, Sra. Robertson? —le pregunto, apretando mis labios tiernamente contra los suyos.

—El siguiente y todos los demás, Sr. Dumont.

Dios, ¡me encanta esta mujer y me encanta nuestra forma de llamarnos!

Probablemente nos sigamos llamando así incluso cuando por fin tengamos el mismo apellido.

FIN